

D

3206



020

LA
CUÑADA DE UN PAPA.

LA

2
3206

CUÑADA DE UN PAPA

VIDA DE DOÑA OLIMPIA

SEGUN UN MANUSCRITO DEL SIGLO XVII

POR

ARMAND DUBARRY

TRADUCCION DE

J. ORTEGA Y GARCÍA.



Ateneo de Madrid

LEGADO M. DE LA FUENTE

MADRID

IMPRESA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.

1878

El señor D. Miguel Guijarro
ha adquirido del autor y editor
el derecho exclusivo de publi-
car en castellano la traducción
de esta obra.

PRÓLOGO.

En casa del duque Caetani.—Un antiguo manuscrito.—El abate Gualdi y Gregorio Leti.—Dos ediciones *princeps*.—Mr. Michaud.—Una carta de Bayle.—Una palabra sobre Gregorio Leti.—Inocencio X.—Su pontificado.—La infalibilidad.—Algunos papas famosos.—Santidad.—El paraíso, propiedad papal.—La muerte de un papa.—Oracion fúnebre de Inocencio X.

Un dia, en 1870, cuatro meses ántes de la guerra franco-alemana, conversando en Roma con un príncipe amigo mio, con el duque Caëtani, hombre de vasta instruccion y de preclaro talento, la conversacion, que versaba sobre el papado y la infalibilidad, recayó incidentalmente sobre Inocencio X y sobre su cuñada Doña Olimpia.

«Si lo desea usted, me dijo el prínci-

pe, viendo que el asunto me interesaba, le facilitaré un documento que le ayudará á conocer á estos dos personajes: es un manuscrito de la época, incorrecto en la forma, pero de grande exactitud en el fondo, el cual manuscrito contiene casi dia por dia los hechos de Doña Olimpia, habiendo servido de fuente, á mi entender, para escribir las primeras biografías de esta mujer célebre.»

Ofrecimiento que acepté con diligencia.

Pero no podia pensar en traducir literalmente este manuscrito, que, plagado de amplificaciones, de repeticiones y de reflexiones insulsas, no admitia la traduccion literal; mas era conveniente, por otra parte, si se queria conservar su carácter y valor histórico, respetar en un todo su contenido.

Resolví, pues, desbrozarle, eliminar de él los escombros de que estaba plagado, sin tocar á las ramas vivas, purificarlo y aclararlo con frecuentes notas.

Es para mí evidente que el Dangeau, monseñor sin duda, que lo ha redactado, ha visto ú oído lo que cuenta, de cuya opinion participa tambien el duque Caë-tani, muy competente en este linaje de asuntos.

Una nota anónima puesta al márgen de la página de entrada, dice que esta vida de Doña Olimpia es obra del abate Gualdi.

La mayor parte de los biógrafos pretenden que el abate Gualdi y Gregorio Leti son una misma persona, y siguiendo esta asercion, habríamos de admitir que el autor del manuscrito era Leti; empero séanos lícito sustentar en este punto diferente opinion que la de los biógrafos.

Hemos tenido en nuestro poder ejemplares de las dos ediciones *princeps* de la *Vida de Doña Olimpia*, y diremos nuestra opinion sobre ellas, que llevan el nombre de Gualdi, y que han sido sacadas en parte del texto primitivo que poseemos.

La primera edicion es del año 1666, y

se supone impresa en Ginebra. Hé aquí su título:

Vita di Donna Olimpia Maldacchini, che governò la Chiesa durante il Ponteficato d'Innocentio X, cioè, doppo l'anno 1644, sino all'anno 1655. Scritta d'all'abbate Gualdi. Cosmopoli. Appresso Eugenio Migani. M.DC.LXVI.

Forma un pequeño volúmen en 12° de 280 páginas, y dos más, no numeradas, con esta advertencia:

EL IMPRESOR AL LECTOR.

Siempre he deseado agradarte imprimiendo alguna obra curiosa, tan modesta en la composición como grande por el asunto. La vida del hombre, que de día en día se acorta, no permite al espíritu engolfarse en la lectura de libros extensos, habiendo historias que concluyen con la paciencia del lector ántes que éste haya

podido terminarlas; por lo cual en todo tiempo he sido partidario de las obras breves, aunque interesantes. Esto supuesto, creo no haber encontrado hasta ahora una mejor ocasion de servirte, que la que recientemente se me ha presentado, y yo te ofrezco, con la publicacion de la *Vida de Doña Olimpia*, historia verdaderamente digna de este siglo. Quien haya conocido al autor, puede juzgar su obra sin verla: era por extremo amante de la verdad, y habria vestido la púrpura si, como era costumbre en la corte de Roma, hubiera sabido adular la impostura.

No fué su intencion hacer imprimir esta *Vida*, que escribió con el solo objeto de darla á conocer á sus amigos; mas apenas murió, esforzaronse éstos en adquirir el manuscrito para inmortalizar su nombre: algunos querian hacer en él modificaciones; otros, por el contrario, no estimaron conveniente tocar al trabajo de un hombre que habia bajado á la tumba.

Lee, pues, este libro, y si no te satisface, escribe al autor al otro mundo para que te envíe otro que te agrade más, y mientras tanto, procura vivir dichoso.

A juzgar por este preámbulo, tenemos delante una obra póstuma: importa mucho hacerlo constar.

Pasemos á la segunda edicion *princeps*, cuyo título traducido dice así:

Vida de Doña Olimpia Maldacchini, que gobernó la Iglesia durante el Pontificado de Inocencio X, desde el año 1644 al 1655, escrita por el abate Gualdi; nuevamente reimpressa y considerablemente aumentada.—Ragusa, casa de Giulio Giuli.—1676.

Un volúmen en 12° de 502 páginas, sin contar 22, no numeradas, de prólogos; en suma, 524 páginas.

Las dos biografías se parecen, pero la segunda es dos veces más extensa que la

primera, lo que no significa, sin embargo, que valga más.

El editor la presenta en estos términos:

EL NUEVO IMPRESOR Á QUIEN LEA Ó VUELVA
Á LEER.

Mr. Eugène Migani, que imprimió por vez primera la *Vida de Doña Olimpia*, me envió muchos ejemplares de esta obra, que fué aquí muy del agrado de las gentes. Cuando los recibí, mandé uno de ellos á Mr. César Gualdi, hermano del autor, quien residia á la sazón en Venecia, y el cual con su habitual cortesía me contestó al punto, no sólo para darme las gracias, sino tambien para ofrecermé un manuscrito sobre el mismo asunto.

Hé aquí su carta:

«MUY SEÑOR MIO:

La *Vida de Doña Olimpia* que me ha enviado usted es obra de mi hermano,

quien la escribió durante su residencia en Roma. No hallándola completamente de su agrado, cuando volvió á su casa se puso á componer una nueva más desarrollada, sin suprimir ni alterar por eso los hechos contenidos en la primera. Después de su muerte, la *Vida* que habia escrito en Roma cayó en poder de sus amigos, quienes, sin decir nada, la dieron á la imprenta muy á pesar mio. Si yo hubiera conocido su propósito, les hubiese dado la segunda composicion, juzgada muy superior por todos los que la han leído. Si usted quiere reimprimir la dicha *Vida*, segun esta segunda composicion, le enviaré con mucho gusto el manuscrito que poseo. Miétras tanto, doy á usted gracias por su regalo, y me ofrezco de usted afectísimo servidor,

CÉSAR GUALDI.»

Añade el nuevo impresor que el éxito alcanzado por la primera edicion le decidió

á aceptar la oferta de Mr. César Gualdi.

No acogemos sin reserva las declaraciones que acabamos de leer; sin embargo, no tenemos ninguna razon para atribuir á Gregorio Leti la paternidad de una obra que, segun dichas declaraciones, corresponde al abate Gualdi.

En su *Biografía universal*, Mr. Michaud se expresa en los siguientes términos respecto á Gregorio Leti:

«Historiador á quien su inexactitud y gusto por lo maravilloso han valido el sobrenombre del *Varillas italiano*, nació en Milan el 29 de Mayo de 1630, de una familia originaria de Bolonia. Hizo sus primeros estudios en Cosenza, y fué llamado luégo á Roma por su tio, que, siendo prelado, queria consagrarle á la magistratura ó al estado eclesiástico; pero Leti, de un natural disipado y de muy licenciosas costumbres, rechazó estas proposiciones y regresó á Milan á esperar su mayoría.

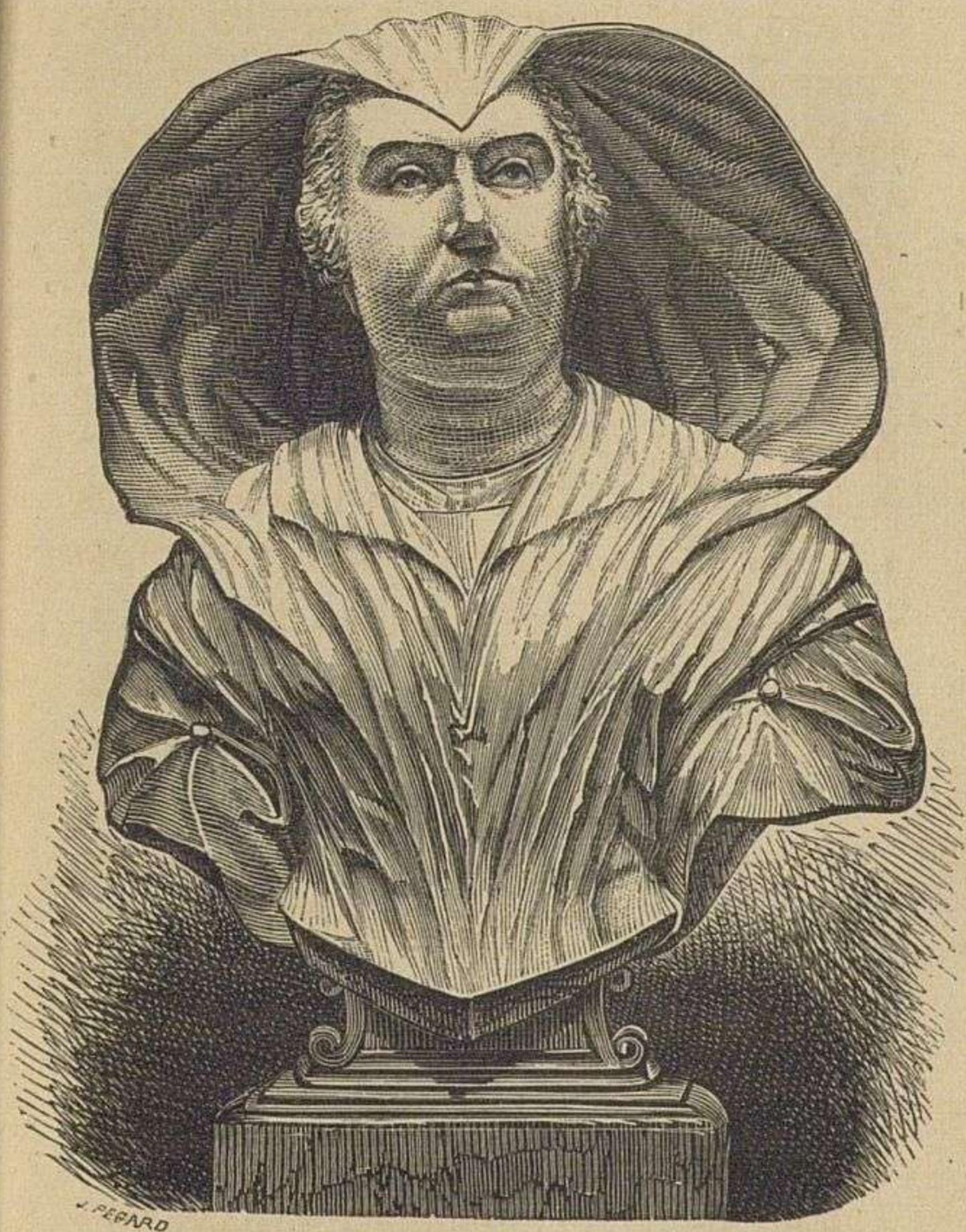
Una vez en posesion de su pequeña fortuna, se dió priesa á satisfacer su gusto por los viajes, consumiendo en poco tiempo su patrimonio. Su tio, nombrado muy en breve obispo de Aquapendente, le llamó á su lado, creyendo que con sus prudentes consejos le haria variar de conducta; pero viéndole sordo á sus amonestaciones, le arrojó de su presencia. Leti salió de Aquapendente muy enojado con su tio, de quien habia esperado sacar algun dinero, y continuó entregado á todo género de disipaciones. Llegó á procurarse algunas obras cuya lectura le aficionó á la Reforma, y fué confirmado en estos sentimientos por las conversaciones que tuvo con un noble protestante. Trasladóse luégo á Ginebra, en donde se detuvo algunos meses para instruirse á fondo en los principios de los reformistas, y de aquella ciudad vino á Lausanna, en donde hizo profesion de calvinismo, casándose con la hija de J. A. Guérin, hábil médico en

cuya casa habia estado alojado. Habiendo vuelto á Ginebra en 1660, estableció en ella una academia para enseñar el idioma italiano, y al mismo tiempo comenzó á publicar algunos escritos satíricos contra la Iglesia romana, mereciendo por ello la proteccion de los magistrados. En 1674 obtuvo carta de naturaleza, que le fué expedida grátis, favor que no se habia dispensado á nadie ántes que á él. Algunos disgustos que le proporcionó su afición á la sátira, le obligaron á salir de Ginebra en 1679, y vino á Paris, en donde tuvo el honor de presentar á Luis XIV un panegírico con este pomposo título: *La Fama gelosa della Fortuna*, etc.; Gex, 1680, en 4°; pero no creyó deber prolongar su residencia en Francia, en cuya nacion eran ya molestados los protestantes, y pasó á Inglaterra, en donde le acogió benévolamente Carlos II, quien le dió una suma de mil escudos y el permiso para escribir la historia de este país.

Apresuróse á hacer uso de aquella autorizacion; pero conteniendo su obra rasgos satíricos que desagradaron, recibió orden de salir del reino. Se refugió en Amsterdam en 1682, y obtuvo luégo el título de historiador de esta ciudad, en la que murió súbitamente el 9 de Junio de 1701. Era Leti un escritor infatigable; trabajaba doce horas al dia y en muchas obras á la vez, por lo cual no es extraño que sus producciones se resientan de la precipitacion con que las componia. Tenia un espíritu vivo y una imaginacion fogosa...»

Hasta aquí todo está muy bien; pero me sublevo cuando Mr. Michaud dice: «Publicó, bajo el nombre supuesto del abate Gualdi, la *Vida de Doña Olimpia*, sátira escrita *con saña inexcusable*, aunque sean auténticos los hechos que refiere».

Esta frase proudhoniana prueba que Mr. Michaud no ha leído ni una sola palabra de la *Vida de Doña Olimpia*, cuyo



DOÑA OLIMPIA.

Retrato auténtico segun Bernini.

estilo es de una moderacion tal que á las veces peca de frívolo, y en donde resplandece la verdad, miéntras que las obras de Leti son violentas, truncadas, plagadas de palabras groseras ó mortalmente enojosas. Bayle, en una carta á Mr. Minutoli que lleva la fecha del 18 de Febrero de 1692, formula este juicio sobre Leti:

«Mr. Leti habria publicado ya su *Historia de Cromwell*, prolija, como lo son todas sus obras, si no hubiera sufrido una larga enfermedad. Hace algun tiempo que apareció su *Teatro gallico*, que todavía no he podido hojear; mas sé por sus otras obras que es un *rápsoda*, y una pluma *tam ficti pravique tenax quam nuncia veri*, según cuenta la Fama. En su *Teatro belgico* ha tenido el gran valor, que valor se necesita para ello, de decir que el Rhin y el Escalda pasan por Rotterdam.»

Un tal escritor no ha podido escribir el libro de que nos ocupamos.

En 1666, fecha de la primera edicion de la *Vida de Doña Olimpia*, tenia Leti treinta y seis años, y hallándose ávido de dar escándalo, estaba al abrigo de toda persecucion clerical; ¿por qué habia de haberse ocultado detras de un pseudónimo?

Semejante proceder no estaba ni en sus intereses, ni en su carácter, ni en su manera de ser.

En 1676, fecha de la segunda edicion, tenia cuarenta y seis años, y se dedicaba, aún valiéndose de la difamacion, á extender su reputacion por todas partes; ¿cómo se concibe que no hubiera puesto su nombre al frente de esta obra, en esta ocasion al ménos?

¿Cómo se explica que cuando declaraba la paternidad de folletos tan escandalosos y tan malos como *Il cardinalismo*; *Il putlanismo romano*, ò *vero conclave ge-*

nerale delle puttane della corte, per l' electione del nuovo pontefice, hubiera tomado un nombre fingido para un libro de efecto, que sólo aplausos podia haberle valido?

Esto no es verosímil.

Nos hallamos, pues, en el caso de afirmar que el abate Gualdi es un personaje real, y no una ficcion; que este abate ha escrito la *Vida de Doña Olimpia*, y que los dos prólogos reproducidos ántes dicen la verdad, cuando presentan como póstuma su doble produccion.

Nada más natural que se haya atribuido á Leti una publicacion que descubria los escándalos de la corte romana, y que Leti, por vanidad, dejara correr el rumor sin desmentirlo; pero la voz pública, que con tanta frecuencia se hace eco de rumores absurdos, no puede ser considerada siempre la voz de la verdad.

Cuando en nuestros dias nos engañamos á cada instante en los pseudónimos más citados en la prensa; cuando nos obs-

tinamos en atribuir á un publicista los artículos y escritos hechos por otro, nos expondríamos á grave error atribuyendo á un escritor que vivió á más de dos siglos de distancia de nosotros, sin otra prueba que un *se dice*, un pseudónimo que no se encuentra una vez siquiera en los cien volúmenes publicados por él en los cincuenta años de su carrera literaria.

Concedemos, si se quiere, que Gregorio Leti ha podido, á instancias de sus amigos y de un librero suizo, ordenar ó desordenar las dos primeras ediciones de la *Vida de Doña Olimpia*; pero negamos en absoluto que sea el autor de esta *Biografía*.

Por otra parte, creemos que nuestro manuscrito es el prototipo de las ediciones *princeps* de 1666 y 1676, y que, bajo el punto de vista de la exactitud, es muy preferible á estas ediciones.

Por eso hemos emprendido el presente trabajo, estimando de sumo interes resta-

blecer, en vista de un documento auténtico, la biografía de una de las mujeres más célebres del siglo XVII.

Digamos ahora dos palabras sobre Inocencio X y sobre nuestra heroína.

Acababa de morir el papa Urbano VIII, Barberini (29 de Julio de 1644), despues de un pontificado de veinte años, once meses y veintiun dias.

Cansados los romanos de un pontificado tan largo, de un *mal governo* excepcional, respiraron á la muerte del papa, regocijábanse y celebraban su libertad.

El día en que murió Urbano, lanzó Pasquino sus acerados epigramas, y no hubo persona desde el Quirinal al Janículo que no se alegrase al saber que Su Santidad *fra i più*.

Es, por otra parte, una antigua costumbre, invariablemente observada en Roma, dirigir estas maldiciones al papa difunto, y entregarse á expansiones de regocijo delante de su cadáver, no habiendo me-

moria de un pontífice cuya muerte haya sido llorada por los romanos.

El papa ha muerto, ¡viva la sede vacante!

Es cierto que Urbano VIII, á semejanza de muchos de sus predecesores, habia abusado del nepotismo.

No contento con colmar de riquezas á sus parientes y con entregarles el poder, habia emprendido por causa de ellos ruinosas guerras, impuesto en su provecho nuevos tributos á los habitantes de las provincias de la Iglesia, y sacrificado en su favor los más caros intereses del catolicismo y del patrimonio de San Pedro.

Reunido el cónclave, se trataba de elegir un cardenal de edad avanzada, para que no fuera de temer un nuevo pontificado de veintiun años, y enemigo de los Barberini, para tener la seguridad de que serian reparados los errores cometidos por éstos.

Los Barberini, aliados de Mazarino,

se mostraban simpáticos á la corte de Francia; el cardenal Panfilio, uno de los miembros más ancianos del sacro colegio, inclinábase á España, en donde habia sido nuncio, bastando esto para asegurar la eleccion, porque hallándose á la sazón en guerra Francia y España, la candidatura de este monseñor, en tales circunstancias, era *ipso facto* un reto lanzado á los Barberini.

Fué, pues, elegido el cardenal Panfilio (por 49 votos, el 16 de Setiembre de 1644), ya á causa de su avanzada edad,—pues habia cumplido los setenta y dos años,—ya tambien por sus amistosas relaciones con la corte de Madrid, habiendo tomado el nombre de Inocencio X.

Su exaltacion fué celebrada con espléndidas fiestas; porque en Roma, cada pontificado comienza con *vivat* y concluye por *accidenti*.

Poco duró, sin embargo, el público regocijo, pues conocióse bien pronto que en

punto á nepotismo y *mal governo*, el nuevo *Gerarca* era capaz de aventajar en mucho á los anteriores papas.

Tenia Inocencio una cuñada, *Doña Olimpia Maildalcchini* ó *Maldacchini*, por la que sentia una pasion de anciano, y de la cual llegó á ser instrumento.

Dotada de un entendimiento superior, y conociendo á fondo la curia apostólica, habia empleado Doña Olimpia todo su talento y toda su astucia en favor de su cuñado, que, gracias á ella, pasando sucesivamente por todos los grados de la jerarquía eclesiástica, habia llegado á ocupar la silla del príncipe de los apóstoles.

«Yo os he elevado, le dijo ella entónces; sin mí habríais continuado siendo monseñor toda vuestra vida; sois hechura mia, todo me lo debeis: partamos.»

É Inocencio compartió con ella el poder.

No queremos referir en todos sus detalles el reinado relativamente nulo de este pontífice, reinado cuyo más notable

acontecimiento es la condenacion de las cinco proposiciones de Jansenius (31 de Mayo de 1653); nos limitaremos á probar que, bajo el punto de vista del nepotismo, dejó muy atras al pontificado de Urbano VIII.

En realidad, como afirmó un dia Pasquino, no fué Inocencio X quien llevó la tiara, sino Doña Olimpia.

Bajo este demonio, la curia acabó por transformarse en un mercado, en donde se adjudicaban al mejor postor los cargos laicos ó eclesiásticos, los beneficios, las prelaturas, los obispados y los capelos cardenalicios.

Ávida de acumular riquezas, despreciando el látigo con que Cristo arrojó del templo á los mercaderes, ignorando ó desatendiendo aquellas divinas palabras: «Está escrito: mi casa será llamada la casa de la oracion, y vosotros habeis hecho de ella un antro de ladrones», ofreció Doña Olimpia á los romanos el espectáculo más

escandaloso que jamás hubieron presenciado.

En los últimos años de la vida de su cuñado, rigió á su capricho los destinos del Estado y de la Iglesia. Instalada en el Vaticano ó en el Quirinal, en el mismo dormitorio de Inocencio, concedía desde allí su aprobacion soberana á los actos de los ministros y de los altos funcionarios, y por cada una de estas aprobaciones habia que pagarle un saco de escudos ó de doblones de España, segun la importancia del asunto.

Si la *mancia* no hubiera existido, la habria inventado ella.

El mundo católico estaba estupefacto, y los protestantes, llenos de gozo, repetian el verso de Horacio:

¿Spectatum admissi, risum teneatis, amici?

¡Qué pontificado!

En verdad que habia habido otros más terribles; pero ninguno más despreciable.

¿Qué pensar de la infalibilidad impuesta imperturbablemente al siglo XIX, en presencia de este papa que cayó en tutela y fué conducido por una furia del infierno?

No hay cosa más peregrina y más absurda que la declaracion de la infalibilidad hecha por el concilio Vaticano; cuando se la examina friamente, no se sabe qué domina en ella más, si la aberracion, el paganismo ó el despotismo.

Ó el papa es infalible, ó no lo es: si lo es, ningun concilio está autorizado para precisar este atributo; y si no lo es, ningun concilio puede hacer que lo sea.

O de otro modo: si se admite que un concilio tiene facultades para conceder al papa la infalibilidad, debe admitirse igualmente que este concilio está por encima del papa.

Y si los concilios están por encima del papa, ¿á qué queda reducida la infalibilidad?

¡Cuánta insensatez!

Bajo el punto de vista teológico, es herética la doctrina antropolátrica de la infalibilidad pontificia; es insensata si se la considera racionalmente, y no puede resistir el más ligero exámen histórico.

Desde San Pedro á Pio IX ha habido, contando á este último, 257 papas y 41 antipapas.

De estos 298 pontífices, ¿cuántos han estado á la altura de su ministerio?

Con los dedos se podrian contar.

En vez de practicar el Evangelio, el papado continuó las tradiciones del cesarismo; en vez de hacer del obispo de Roma un pastor, ha hecho un Dalai-Lama, con una corte suntuosa, con cortesanos, turiferarios, eunucos, un ejército; ha hecho de él un déspota, dictando sus fallos sin apelacion.

Roma locuta est, causa finita est; ha hablado Roma, todo ha concluido: tal es la divisa de la curia apostólica.

Obediencia pasiva, ciega sumision: hé aquí lo que la corte del Vaticano exige del mundo entero.

Si alguna vez régimen alguno se ha prestado á las liviandades humanas, de cierto que ha sido éste; y es menester hacer alarde de una impudencia extrema para presentarlo como la esencia de la pureza y de la ciencia eternas, sobre todo en vista de la historia del papado, la ménos edificante de todas las historias.

Para demostrar la infalibilidad pontificia, se repite con aire compungido por el clero ultramontano que el Espíritu Santo ilumina constantemente á los electores del papa, y que, cualquiera que sea elegido, no peligra en sus manos la fe.

Basta enumerar las herejías provocadas por los desórdenes del papado, para probar de una manera evidente lo contrario.

Sostener que el Paracleto ha cubierto con sus blancas alas á candidatos de la es-

tofa de Estéban VII (885), que hizo desenterrar, degradar y decapitar el cadáver de su predecesor Formoso, ó como Juan XII (956), *elegido á la edad de diez y ocho años*, quien, segun el eufemismo del bueno de Muratori, transformó el palacio de Letran en *postribolo*, es burlarse de la credulidad pública.

Y Bonifacio VIII, y Juan XXIII, y Eugenio IV, é Inocencio VIII, y Alejandro VI, y Julio II, papa batallador que sólo se complacia en los campos de batalla, y Leon X, y Pio IV,—pasamos por alto los mejores,—¿son tambien hechuras del Espíritu Santo?

Quizá se nos objetará con los santos, con los mártires.

Indudablemente ha habido entre los papas algunos hombres de bien; pero de la larga lista de los pontífices puestos en el calendario no se puede concluir que la santidad ha sido una virtud ordinaria en la sede apostólica.

Antiguamente se daba el título de *santos* á los obispos, hasta que más tarde se lo atribuyó en propiedad el de Roma; y todavía hoy se llama al papa: *Santo Padre, Santísimo Padre, Su Santidad, Vuestra Santidad*, sin que esto quiera decir que sea realmente *santo*.

Es probable que muchos de los papas que pasan por santos, sólo lo han sido de nombre, confirmándoles el transcurso de los siglos en el concepto de santidad por el constante empleo de este calificativo, y merced á la influencia que ejerce en los espíritus sencillos el título de santo.

A este propósito nos hemos preguntado con frecuencia con qué derecho otorga la curia apostólica los puestos en el emperio, toda vez que prodiga las canonizaciones. Porque entendemos que el paraíso pertenece á Dios; y si esta verdad es indiscutible, ¿por qué la corte papal dispone del reino de Dios como de propio patrimonio?

¡Cándido monopolio!

Aspirando al dominio universal en la tierra, debía llegar á poner el cielo á contribucion para el logro de aquel fin; pues es sabido que la insana ambicion del poder no retrocede nunca ante ninguna excentricidad.

Pero volvamos á Inocencio X.

Despues de haber transformado en rueca su báculo pastoral, despues de haber envilecido cuanto era posible la dignidad pontifical, murió robado por aquella misma mujer, á la que todo lo habia sacrificado.

Cuando estaba espirando, el ídolo de su corazon le quitaba sus ahorros, le robaba hasta el último escudo, hasta su ropa blanca, hasta sus candelabros de cobre, que eran reemplazados con otros de madera; porque el cobre tiene siempre un valor intrínseco.

Cuando cerró los ojos, no poseia más que la camisa que llevaba puesta y la tú-

nica que le envolvía, y abandonado el cadáver por sus prelados y por sus servidores, estuvo muchos días sin amortajar y sin ser colocado en el féretro.

Invitada Doña Olimpia á costear el ataud, contestó que era una pobre viuda, y que no tenía dinero que gastar en tal cosa.

Un mason, conmovido en presencia de aquel cadáver, que habia sido abandonado por todo el mundo, facilitó las primeras monedas para atender á los gastos del entierro.

El cuerpo habia sido depositado en medio de una sala baja del Quirinal, en la que anidaban legiones de ratas, y temiendo aquel mason que dicho cuerpo fuera devorado, con el auxilio de tres de sus compañeros pagó á un monje para que le velara.

Miéntas tanto Doña Olimpia, retirada en su espléndido palacio, se preocupaba tanto de Inocencio como si éste no hubiera existido nunca.

Esta odiosa criatura murió á poco tiempo de la misma manera. Desterrada á Viterbo y luégo á San Martino, su feudo, por Alejandro VII, murió allí repentinamente de la peste. Su cadáver quedó sobre el pavimento de su cámara, sin que ningun criado ni aldeano consintiera en levantarlo; y cuando la familia, advertida del suceso, acudió á tributarle los últimos honores, los gusanos se habian comido ya las tres cuartas partes.

Hé aquí ahora la oracion fúnebre de Inocencio X, hecha por Gigli:

Tre chiese ornò Innocentio con splendore,
 Et in agon ha l'obelisco alzato.
 Fe per te il carcer nuovo, o malfattore;
 E d'ordin suo fu il Campidoglio ornato.
 Celebrò il giubileo con gran fervore.
 Nelle grazie fu parco e moderato.
 Innalzo molti, e giù poi li travolse;
 Altri perseguitò, poi li raccolse.

(Inocencio ornó espléndidamente tres iglesias: San Juan de Letran, San Pedro

y Santa Ines;—levantó el obelisco sobre la plaza Navona; para tí, malhechor, construyó las nuevas prisiones; por su orden fué embellecido el Capitolio; celebró el jubileo con fervor; mostróse sobrio y moderado en otorgar gracias; elevó á muchas gentes, y luégo las rebajó; persiguió á otras, y despues las volvió á su gracia.)

Gigli habria podido añadir: prohibió, bajo pena de excomunion, vender tabaco en la basílica del Vaticano, y dejó reinar en su nombre á su cuñada Doña Olimpia.

No quiero dar más extension á este prólogo, y sin otro preámbulo, pasemos á nuestro manuscrito.

CONTENTS

THE HISTORY OF THE COUNTY OF MIDDLESEX

BY JOHN COCKERILL

IN TWO VOLUMES

VOLUME I

THE EARLY HISTORY

OF THE COUNTY

TO THE END OF THE

SEVENTEENTH CENTURY

AND THE

REIGN OF

CHARLES II.

ADVERTENCIA.

EL AUTOR Á QUIEN LEA ESTA OBRA. (1)

Muchas veces habia yo pensado en escribir alguna historia interesante que se pudiera leer en corto tiempo, porque ensanchándose sin cesar la esfera de los conocimientos humanos, se hace cada dia más pesada la lectura de las obras largas.

Ese pensamiento creo haberlo realizado trazando la biografía de Doña Olimpia.

(1) Aquí es el autor quien se dirige al lector: en las ediciones *princeps* de 1666 y 1676, los editores, como hemos visto, hicieron por su cuenta este prefacio, y ambos hablan en él del abate Gualdi como de un hombre que ya no existe.

Abre, pues, este libro, compuesto por un hombre que amó siempre apasionadamente la verdad y no supo nunca adular la mentira: si te interesa, prosíguelo hasta el fin; si te desagrada, escribe al autor al otro mundo para que te envíe uno mejor, y esperando su respuesta, procura vivir dichoso y pasarlo bien.

VIDA
DE
DOÑA OLIMPIA

MALDACCHINI PANFILIO.

I

No es mi intencion referir minuciosamente la vida de Doña Olimpia; que esta empresa sería muy larga y quizá tambien harto enojosa; me limitaré tan sólo á consignar con imparcialidad los hechos más importantes de ella, y particularmente aquellos de que he sido testigo y de los cuales puedo hablar con perfecto conocimiento de causa.

Doña Olimpia nació en Roma, en una época en que la familia Maldacchini se distinguia aún muy poco.

Los que la han conocido durante su infancia, me han repetido muchas veces que su pasión de mando se reveló desde sus primeros años en los juegos á que se entregaba con sus compañeras.

Cuando llegó á la edad núbil, sus parientes, medio arruinados, intentaron inclinarla á abrazar el estado monástico, y con este fin la enviaron á una de sus tias, abadesa de un convento en donde aquélla habia hecho una parte de su educacion.

Allí pasó seis meses custodiada, so pretexto de aprender algunas labores manuales, de esas que con tanto primor se hacen en los claustros de mujeres, y excitada continuamente á tomar el velo, cuyos encantos é inefables dulzuras le ponderaban sin cesar.

Medianamente dispuesta á consagrarse á Dios, y sintiendo mayor inclinacion al matrimonio que al claustro, Olimpia manifestó á sus predicadoras cuán inútiles eran sus esfuerzos, y procuró persuadirlas

de que convendría más que dirigiesen sus exhortaciones al que da la virtud de la continencia.

La abadesa creyó prudente insistir, haciendo ver á Olimpia la pobreza de su familia y los disgustos que sufriría si fuera menester casarla con arreglo á su condicion; pero ella persistió en su negativa, y declaró un dia «que prefería la ruina de su casa á la perdicion de su alma».

Cansada de las importunidades de las religiosas, concluyó por escaparse del convento y por refugiarse en casa de otra de sus tias, cuyo apoyo reclamó.

Acudieron entónces sus parientes á su confesor, que era un padre agustino bastante docto; pero los consejos de este fraile no causaron en su ánimo más impresion que las súplicas de las monjas, y un dia, para librarse de estas nuevas importunidades, declaró que la habia solicitado en la confesion el padre agustino.

Era esto falso; pero el tribunal de la In-

quisicion entendió en el asunto, fué preso el fraile, y á los seis meses desterrado de Roma y suspenso en sus funciones sacerdotales.

Despues, cuando su cuñado ocupó el Vaticano, Doña Olimpia, atormentada quizá por los remordimientos, se acordó del desventurado fraile, y habiendo sabido que vegetaba en las cercanías de la ciudad eterna, mandó al general de los agustinos que se lo enviara.

—Y bien,—le preguntó ella sonriendo, cuando el fraile estuvo en su presencia:—¿tiene usted todavía intencion de hacerme abrazar el estado monástico?

—Excelentísima señora,—respondió humildemente el padre,—mi objeto era inclinaros á hacer el bien y no el mal.

—Lo sé; pero si hubiera cedido á vuestros consejos habria hecho mal, porque no me hallaria ahora en condicion de mejorar vuestra suerte.

Despues de esta conversacion, llena de

esperanzas, le llevó á besar los piés del papa, le obligó luégo á que volviera á su convento, y ocho dias despues le hizo preconizar obispo, con gran admiracion de la corte y de los frailes.

Este acto laudable, que no era, despues de todo, más que una reparacion, dícese que fué el único realizado por Doña Olimpia durante su valimiento.

Convencidos sus parientes de la inutilidad de sus esfuerzos, la casaron al fin, á la edad de diez y ocho años, con el caballero Panfilio, hermano de Juan Bautista Panfilio, que más tarde llegó á ser papa.

Las familias Panfilio y Maldacchini no tenian relaciones algunas entre sí, habiendo sido la casualidad quien las unió de la manera siguiente:

Al principio del mes de Mayo del año 1624, los Maldacchini, en número de siete personas, entre ellas Olimpia, emprendieron una peregrinacion á la *Santa*

Casa di Loreto, al mismo tiempo que el caballero Panfilio salia de Roma en compañía de un solo criado, para cumplir un voto á aquella *Beatissima Vergine*.

Al llegar á una pequeña aldea llamada Borghetto, al otro lado del monte San Silvestre, encontró Panfilio á la familia Maldacchini en una hospedería, se reunió con ella y continuó su marcha en su compañía.

Los hechizos de Olimpia le habian conmovido, y se lo dió á conocer.

Olimpia, léjos de ofenderse, pareció muy complacida por ello, y, aumentándose la pasión de Panfilio, apénas llegó éste á Roma, pidió la mano de su enamorada, que le fué concedida inmediatamente.

En los primeros años de su matrimonio los dos esposos parecieron amarse ardentemente, teniendo al principio dos hijas, la mayor de las cuales casó con un Giustiniani, y la segunda con el príncipe Ludovisi; luégo les nació un hijo que

llegó á tener, andando el tiempo, muy serios altercados con el papa su tío.

Unos diez años solamente duró la afeccion de Doña Olimpia por su marido, y desapareció de pronto, á pesar de que el caballero Panfilio procuraba conservar y mantener el cariño de su esposa.

Lo que el pobre hombre procuraba en vano explicarse, los romanos lo descubrieron muy pronto, viendo la conducta que con su cuñado seguia Doña Olimpia.

Siempre al lado de este último, dándole públicas muestras de los sentimientos que hácia él abrigaba, pasando más tiempo en su gabinete que en la cámara de su marido, se hizo patente para todo el mundo, ménos para aquel á quien más interesaba, que la cofradía de los maridos desdichados contaba con una nueva víctima.

Habituados desde tiempo remoto al espectáculo de todo género de liviandades y desórdenes, los romanos se habrian ocu-

pado quizá muy poco de esto si no se hubiera hecho notable, si hubiera parecido ménos extraño; pero Panfilio pasaba por un cumplido caballero, Doña Olimpia por una excelente persona, y el eclesiástico Panfilio por el hombre de más continencia que se habia conocido jamás.

La pasion de dominar, el cálculo y la ambicion fueron las causas de aquellas ilícitas relaciones.

Me lo explico perfectamente. Segun era costumbre entre los italianos, el caballero Panfilio consultaba muy rara vez á su mujer sobre los negocios de su casa, y no le dejaba sino un lugar subalterno; el abate su hermano, por el contrario, no emprendia nada sin haberlo consultado ántes con su cuñada, sin haber oido los consejos é instrucciones de ésta; consejos é instrucciones que seguia con absoluto respeto.

Con frecuencia tambien, á imitacion de los monjes, que no atraviesan los umbra-

les de la puerta del convento sin el *benedicite* de su superior, esperaba, para salir, el beneplácito de Doña Olimpia.

Esto no debe sorprendernos, porque la mayor parte de los prelados que viven en Roma en casa de sus hermanos y cuñadas se conducen de igual manera con éstas.

Las mujeres perpetúan estas costumbres, que les aseguran una influencia cuyos efectos son por lo comun deplorables para el honor de los eclesiásticos y para el de la misma Iglesia.

El abate Panfilio habia llevado hasta un límite extremo la devocion por su cuñada, de la cual se convirtió en esclavo; en cambio, ésta se hizo su *amiga* y protectora.

Al principio de su *confidenza* con ella, pasó á la prelatura, y obtuvo poco despues importantes cargos; en reconocimiento de estos progresos, que ella ofreció continuar activamente, Doña Olimpia exigió de su cuñado una ciega sumision, y éste se consideró muy feliz en jurársela.

La intimidad cada vez más estrecha, cada vez más tierna que existía entre estos dos personajes, despertó al cabo sospechas en el caballero Panfilio, y algunos equívocos rumores que á sus oídos llegaron, la persistente frialdad de su mujer y la extraña reserva de su hermano para con él, acabaron de abrirle los ojos, y, espian-do á los culpables, descubrió la verdad.

La desesperacion que experimentó entón-ces fué tan aguda que cayó gravemen-te enfermo.

Su hermano, viéndose descubierto y sintiéndose incapaz de sostener tan falsa posicion, pensó en alejarse de Roma, pi-dió un puesto fuera, lo obtuvo y marchó.

Habiendo quedado sola en presencia de un marido ultrajado, Doña Olimpia tem-bló un instante; pero como era mujer de recursos, tomó pronto la delantera, y poco tiempo despues habia muerto el caballero Panfilio.

II

Aunque obrara con extraordinaria prudencia, la voz pública la acusó de envenenamiento, y tuvo la justicia que hacerse cargo de esta acusacion.

Por fortuna para esta astuta mujer, faltaron la pruebas.

El asunto, hábilmente arreglado, no tuvo consecuencias, y al cabo de algun tiempo pudo volver á Roma monseñor Panfilio, en donde le esperaba impacientemente su cuñada, para solicitar la nunciatura de España, que le fué concedida sin grandes dificultades.

Hé aquí una carta que escribió desde Madrid á Doña Olimpia, la cual carta he

copiado del mismo original, que tuve un día en las manos:

«QUERIDÍSIMA CUÑADA:

Mis gestiones en España no son tan felices como lo eran en Roma, en donde tenia el auxilio de vuestros consejos. Léjos de vos, soy como un barco sin timon que se abandona enteramente á la sola fortuna: creo deber decíroslo para probaros mi afecto. Os ruego que me contesteis ámpliamente, aunque yo no os escriba más que algunas palabras, y creedme de vuestra ilustrísima señoría afectísimo servidor y cuñado,

PANFILIO.»

Es bien extraño que un hombre colocado en tan alta posicion escribiese tales cartas sin temor de que pudieran extraviarse, como sucedió con ésta; pero monseñor Panfilio estaba tan enamorado de su cu-

ñada, que cuando se trataba de ella, olvidaba hasta su propia reputacion.

No estarán aquí fuera de lugar algunos detalles sobre el carácter de nuestra heroína; porque á medida que avance en mi narracion, se irá ensanchando más y más el papel de Doña Olimpia.

Era ésta sobria, de un natural frio, hablaba poco con las mujeres, y era muy locuaz con los hombres.

A este propósito, repetia con frecuencia que no tenia palabras que malgastar con un sexo del cual no conservaba más que aquello que no habia podido perder.

Era perfectamente dueña de sí misma, aficionada á hablar de política, y se complacia en intercalar de vez en cuándo en la conversacion sentencias que le daban la apariencia de mujer letrada.

Por otra parte, poseia una prodigiosa memoria.

Obstinadamente aferrada á sus opiniones, apenas toleraba que se la contradije-

ra, y teniendo la manía de dar consejos, se irritaba contra aquellos que no querían recibirlos.

Era notoria su avaricia, que pretendía excusar diciendo «que la misión de la mujer era atesorar y no gastar».

Se presentaba muy rara vez en público, jamás aceptaba invitación á comer, y parecía huir de las distracciones que buscan las damas romanas, para no verse obligada á tratarse con aquellas á cuya casa hubiese ido.

Afectaba una cierta caridad con los religiosos pobres; pero era, más que por bondad de corazón, por crearse una reputación de mujer excelente y piadosa; pues cuando hacía una limosna, habían de tener conocimiento de ella desde el más alto al más humilde de su palacio.

Cuando reinaba en el Vaticano, dió á conocer que no era su principal virtud la caridad, y hasta tal punto olvidó entonces á los religiosos pobres, que Pasquino no

pudo dispensarse de hacer este juego de palabras latinas:

Olim pia, nunc impia (1).

Descuidó la educacion de sus hijos, y principalmente la del varon, por temor de que al ser hombre, si estaba dotado de un espíritu elevado, turbase su poder autocrático en la casa Panfilio, de tal suerte que á la edad de veinte años apenas sabía aquél leer y escribir.

Su mesa era muy frugal, y su mayordomo habia de darle cuenta cada dia de los gastos que en él se hicieran.

Prodigaba de mejor grado los cumplimientos que el dinero, y prometia fácilmente lo que de ella se demandaba, con la intencion de no cumplirlo luégo.

(1) *En otro tiempo era piadosa, ahora impía.*—Esta pasquinada recuerda otra que circuló en Roma cuando Adriano VI fué enterrado en San Pedro entre los papas Pio II y Pio III, ántes de ser trasladado á Santa María dell'Anima: *Hic jacet impius inter Pios.*



Reanudemos ahora el hilo de nuestra narracion.

El 9 de Noviembre de 1632 creó Urbano VIII diez cardenales, entre ellos á monseñor Panfilio.

Indudablemente no habrian consentido nunca los Barberini este nombramiento de un su enemigo, á no haber tenido el propósito de vender el cargo de auditor de la Rota que ocupaba monseñor Panfilio, y si el papa su pariente no hubiera decidido públicamente llamar al seno del sacro colegio á los nuncios á la sazón acreditados cerca de las cortes extranjeras, ó á los que ántes lo hubieran sido, cosa muy conforme por cierto con las tradiciones de la curia apostólica.

Al saber esta noticia, creyó Doña Olimpia volverse loca de contento, y los proyectos más ambiciosos y más vastos germinaron entónces en su cerebro.

De vuelta en Roma, su cuñado se instaló en su casa, que no abandonó ya, y

cuando hubo recibido el capelo se entregó por entero á su direccion; siendo bien notorio en la ciudad que los que deseaban obtener de él alguna gracia, habian de solicitarla directamente de ella.

No acontecia lo mismo con los favores que ésta otorgaba, y que nadie pensó jamás en ir á pedirlos á Su Eminencia.

Cuando alguno sufría una negativa del cardenal, en vez de desesperarse, se retiraba murmurando: «Sin duda es que todavía no le han recomendado bastante el asunto á su cuñada: volveré».

Doña Olimpia fué quien enseñó al cardenal el arte del disimulo; arte tan indispensable á los que quieren hacer carrera en Roma, y en el cual su cuñado, aunque ya anciano, no era muy experto.

Yo tuve un dia ocasion de oír, sin que ella lo supiese,—permítaseme esta confesion,—la siguiente plática que tenia con Su Eminencia:

«Señor mi cuñado, me es imposible ex-

presaros hasta qué punto vuestra púrpura resplandece en mi alma, y qué llamas de alegría mantiene en ella. Vos que tenéis la llave de mi corazón, podeis saber lo que en él pasa. Vuestro mérito, que no el amor de Urbano, os ha elevado; pero si el talento es capaz de conducir al cardenalato, creedme, es insuficiente para llevar al hombre al papado, al que es ménos frecuente elevar hombres de verdadero mérito que gentes que parezcan tales. El que aspira á la púrpura debe ensanchar sus relaciones, ver á muchas gentes y ser afable con todos los que á él se acerquen; y, por el contrario, el que ambiciona la tiara, debe ser poco comunicativo, reducir el círculo de sus amigos y no confiarse á nadie. Los cardenales no se cuidan de la virtud cuando eligen un papa; os lo enseña la historia, y el ejemplo de Urbano os lo confirma. Dedicaros, pues, mi querido cuñado, á disimular, á aparentar, á acomodaros siempre á las circunstan-

cias; porque el disimulo es lo que conduce al papado, y haciéndolo así, coronareis bien pronto la fortuna de la casa Panfilio y mis más vivas esperanzas sentándoos sobre el trono del Vaticano. La suerte, que á tantos hombres sin talento ha elevado, sin que ellos lo esperaran, á aquella suprema dignidad, os llamará con mayor razon, puesto que teneis títulos para aspirar á ella. Sixto V disimuló su ciencia y su genio miéntras sólo fué cardenal, convencido de que así obtendria más fácilmente la tiara: que su conducta os sirva de leccion.»

A estos consejos añadió otros, que no considero dignos de ser contados por una pluma eclesiástica.

El cardenal siguió al pié de la letra las instrucciones que le dió Doña Olimpia; mas por desgracia, todo su arte de disimular no le permitió nunca ocultar el amor que por ella abrigaba.

Se le veia complaciente en el seno de

las congregaciones, humilde en las conversaciones, piadoso en las iglesias, y reservado siempre; pero tratándose de Doña Olimpia, perdía la cabeza y no sabía ya velar su pensamiento.

La vista de su cuñada borraba en él toda idea, mataba toda su energía y le convertía en un niño, mientras que Doña Olimpia jamás se hallaba conmovida á su lado, y poseía en el más alto grado el secreto de excitar su pasión y de dominarle sin que él se apercibiera.

Atenta á penetrar sus sentimientos y á proporcionarle aliados, no sólo procuraba que su cuñado la tuviera al corriente hasta de sus actos más insignificantes, sino que trataba de saber por fuera lo que decían de él los otros miembros del sacro colegio.

Estudiaba á cada cardenal con el fin de penetrar su pensamiento, y cuando se le presentaba ocasión de hablar con alguna eminencia española, por ejemplo, ó con al-

gun personaje importante de esta bandera, ponderaba la adhesion de su cuñado á la corte de Madrid.

Si llegaba el caso de hablar con cardenales ó con ministros franceses, empleaba el lenguaje contrario, afirmando que cuando fuera llegada la ocasion, su cuñado serviria mejor los intereses del rey de Francia, su secreto amigo, que los de aquellos á quienes tenia por amigos declarados.

Era fama en la ciudad que el cardenal Panfilio no trataba en la congregacion ningun asunto importante sin que ántes hubiera discurrido sobre él con su cuñada.

Este rumor vali6 un dia á Su Eminencia un cumplimiento desagradable del cardenal Pallotta, cumplimiento que fué causa del odio con que en lo sucesivo se miraron estos dos príncipes de la Iglesia.

Es práctica en la corte romana formar los consejos de Estado con todos los cardenales que han sido nuncios, como los más instruidos en los asuntos políticos.

Formaban parte de estos consejos los cardenales Panfilio y Pallotta, por haber representado á la Santa Sede el uno en España y el otro en Francia.

Un dia, tratándose en una de estas reuniones de no sé qué diferencia relativa al duque de Parma, y habiendo emitido su juicio el cardenal Panfilio de una manera que hirió á su colega el cardenal Pallotta, éste, olvidando su ordinaria prudencia, dijo con cierta viveza que los consejos del cardenal Panfilio eran consejos de mujer, y que por consecuencia no podian ser aceptados.

Este devoró la afrenta con una paciencia y una humildad fingidas; pero no la olvidó nunca, y supo vengarse de ella cuando fué elevado á la silla del príncipe de los apóstoles.

Aunque no deseara la muerte del pontífice, —así al ménos debemos suponerlo, —Doña Olimpia la preveia, la esperaba, y sin cesar se cuidaba de ella.

Cuéntase que en 1638, impaciente por saber cuánto tiempo viviria aún Su Santidad, consultó este punto con un renombrado astrólogo, quien le aseguró que su cuñado no tardaria mucho en ser elevado á la más alta dignidad de la Iglesia.

Esta prediccion, cuyo cumplimiento no llegó tan pronto como ella habria deseado, reanimó sus esperanzas, la alentó más y más en sus intrigas, y le hizo considerar segura la victoria para cuando el papa muriera, acontecimiento que se realizó el 29 de Junio de 1644.

III

Mala era en este tiempo la situación de los colegas del cardenal Panfilio que aspiraban á la sucesion de Urbano, principalmente por el extraordinario empeño que ponian los representantes de las cortes extranjeras en favorecer al candidato de su gobierno, y por consiguiente en dividir el sacro colegio.

Nada hay más versátil que la opinion pública durante un cónclave: hácese entonces en Roma más papas que cardenales hay: por la mañana, aquél; al mediodía, éste; por la tarde, estotro, etc.; y por desgracia es muy raro que entre los nombres pronunciados elijan al más digno los miembros del sacro colegio.

Lo que habia sucedido ántes se repitió esta vez en mayor escala.

La noche que precedió á la apertura del cónclave, el cardenal Panfilio tuvo una larga conferencia con su cuñada.

Por la mañana, cuando salia del palacio, le dijo Doña Olimpia:

—Quizá os vuelva á ver siendo ya papa.

—Sólo deseo el triunfo para compartirlo con vos,—contestó Su Eminencia, estrechándole las manos.

Comenzó el cónclave sus laboriosas sesiones.

Prolongábase ya más de mes y medio, cuando un dia el cardenal Barberini tuvo un altercado ruidoso con el cardenal Filomarino, que le aconsejaba se decidiese en favor de monseñor Panfilio, y que indujese á sus amigos á seguir su ejemplo.

—Jamás votaré á ese hombre,—exclamó Barberini.

—No votadle en buen hora, si ésa es vuestra opinion; pero dejad al ménos á los

demas en libertad de que le den sus votos.

—Que se los den si quieren, pero no miéntras yo esté aquí.

Este incidente, este rayo de luz sobre los partidos en que se hallaba dividida la asamblea solemne, corrobora la siguiente anécdota, cuya autenticidad no es puesta en duda.

Dos meses ántes de la muerte de Urbano, el cardenal Antonio Barberini disputaba con su colega Panfilio sobre un acto concerniente á la cámara apostólica: la discusion fué viva desde los primeros momentos, y habiéndose agriado luégo y héchose agresiva por parte de Barberini, provocó esta razon al cardenal Panfilio:

—Señor cardenal Barberini, el papado no caerá jamás en vuestro poder.

—Es posible,—replicó éste;—mas por fortuna, si de mis manos escapa, no será para caer en las vuestras, porque os juro que ni yo ni mis amigos os daremos nuestros votos.

Harto conocida era la enemistad de los sobrinos de Urbano VIII contra Panfilio, pues entre todos los epigramas que circulaban á la sazón en Roma relativos al cardenal Panfilio, no habia uno solo que no anunciase, como consecuencia del triunfo de este último, la caída de los Barberini.

Hé aquí tres que tomo al azar entre los muchos que estuvieron en boga por aquel tiempo:

*Se sarà fatto papa Panfilio,
I Barberin' andranna in esilio.*

(Si Panfilio es nombrado papa, los Barberini irán al destierro.)

*Barberini, non fate papa Panfilio,
Che vi manderà tutt' in esilio.*

(Barberini, no elijais papa á Panfilio, porque de otro modo os mandará á todos al destierro.)

*Se sarà Panfilio papa,
Io vi giuro, Barberini,
Che la nostra Maldacchini
Vi farà del capo-rapa.*

(Si Panfilio es nombrado papa, os lo juro, Barberini, nuestra Maldacchini os cortará la cabeza.)

Este último fué llevado, no se sabe cómo, al cónclave, y puesto sobre la mesa del cardenal Antonio Barberini.

Las intrigas menudeaban, y Doña Olimpia se multiplicaba con habilidad sorprendente para conseguir la eleccion de su cuñado.

Sin embargo, éste no veia disminuir gran cosa la oposicion contra la cual luchaba desde la apertura del cónclave.

Unos le hallaban muy repugnante; otros, sabiendo que era muy aficionado al estudio de las leyes, se asustaban de sus hábitos doctorales, y la mayor parte de ellos temian que, si era nombrado, su cuñada, cuya influencia sobre él era muy conocida, se hiciese dueña de su voluntad: en suma, cada uno parecia tener un motivo poderoso para rechazar su candidatura, cuando, con sorpresa de Roma, con admiracion de los mismos que le dieron sus votos y á pesar de todas las intrigas de los Barberini, fué elegido papa este

monseñor (1), que tomó el nombre de Inocencio X.

(1) Juan Bautista Panfilio, llamado *Cancellieri*, nació en Roma el 7 de Mayo de 1573, de Camilo Panfilio y de Flaminia Cancellieri del Búfalo. Sucesivamente abogado y auditor consistorial, auditor de la Rota, nuncio en Nápoles, patriarca de Antioquia y nuncio en España cerca de Felipe IV, recibió por fin el capelo en el pontificado de Urbano VIII. De vuelta en Roma, habitó el palacio Panfilio, en la plaza de Navona, propiedad de su cuñada, en el cual vivió hasta el día de su exaltacion á la sede apostólica, el 15 de Setiembre de 1644.

Cuando el cónclave que le nombró hubo terminado sus sesiones, el albañil encargado de derribar el tabique que tenia encerrados á los ilustres electores, exclamó: ¡*Viva papa Innocenzo!* La muchedumbre entendió *Crescenzo* y corrió al palacio Crescenzi, en la Rotonda; pero conociendo su error en medio del camino, se precipitó con el mismo acelerado paso hácia el palacio Panfilio, cuyas puertas abrió presurosamente Doña Olimpia, que habiendo sido advertida con antelacion por un prelado de la corte de que su cuñado obtendria el triunfo sobre sus rivales, habia ocultado sus más preciosos objetos.

Compréndese bien con qué trasportes de alegría recibiría Doña Olimpia aquella

Sabido es que los romanos tenían la costumbre de saquear el palacio del cardenal que era elevado á la silla apostólica, y habian decidido que el nuevo papa, el dia de su coronacion, les arrojase quince mil escudos de oro, suma que Gregorio XIII tuvo á bien distribuir entre los pobres (1572), lo que era infinitamente mejor.

Cuéntase tambien que una paloma penetró á la una de la tarde en el cónclave, y se paró en la celda del cardenal Panfilio, que estaba situada delante del pórtico de San Pedro; y se añade que á la misma hora, habiendo hecho una sobrina de Su Eminencia que la condujeran al dormitorio de su tio, entró otra paloma por la ventana, dió dos vueltas por la alcoba y se posó luégo sobre el lecho.

Estos presagios, que quizá no existieron más que en la imaginacion de los que los inventaron, dieron motivo á la vulgaridad de que la paloma con un ramo de oliva en el pico es el escudo de la casa Panfilio. En la parte superior de este escudo hay tres lises de oro en campo azul atravesado por bandas rojas que representan el borde de un pabellon de un rey de Francia.

fausta nueva: parecióle que se rejuvenecía en veinte años y que un porvenir brillante se abría ante sus ojos.

Cuando salieron del cónclave los cardenales, se lanzaron las más intencionadas sátiras contra el que acababa de subir al trono, y contra los Barberini que bajaban de él.

Citemos algunas de ellas:

Se fijaron en muchas esquinas caricaturas al lápiz representando á Pasquino cargado de botas y espuelas, quien respondía á Marforio, que le interrogaba sobre el objeto de aquella carga:

Io porto speroni e stivali per gli Barberini, perche questa notte se ne vogliono fuggire di Roma.

(Llevo espuelas y botas para los Barberini, que esta noche quieren escaparse de Roma.)

Otra caricatura, inspirada en sentimientos contrarios, y fijada igualmente en los sitios más públicos, representaba á Pasquino llevando sobre una bandeja la tiara

cubierta con un velo de mujer, y al preguntarle Marforio adónde iba con aquello, él respondió:

Porto il primo presente che il nuovo papa manda ad Olimpia sua cognata.

(Llevo el primer regalo que envia el nuevo papa á Olimpia su cuñada.)

Notóse, en efecto, que el nuevo elegido pensó mucho ántes en sus afecciones que en los intereses de la Iglesia, y como era general la persuasion de que no él, sino Doña Olimpia llevaria el cetro, las turbas de aduladores se dirigian desde los primeros momentos más al palacio de ésta que al de su cuñado.

Los embajadores, los caballeros romanos, los cardenales y las mujeres de la más alta alcurnia, fueron á ofrecer á Doña Olimpia sus más humildes respetos, que acogió ésta con aquella afabilidad que produce la embriaguez del triunfo, y que, por punto general, dura escasísimo tiempo.

Algunas horas despues de haber sido proclamada la eleccion, fué Doña Olimpia secretamente al palacio apostólico, en donde su cuñado la recibió con los brazos abiertos.

El papa lloró de ternura al verla; ella se rió al besarle los piés.

IV

Tenia Doña Olimpia la intencion de instalarse inmediatamente en el Vaticano, á fin de hallarse en plena posesion del poder; mas á pesar de haber sido aprobado este proyecto por el Santo Padre, demostró con tan buenas razones su inconveniencia el cardenal Pancirolo, uno de los antiguos amigos del ex-cardenal Panfilio, que al cabo no llegó á realizarse por entónces.

Este cardenal Pancirolo fué, segun Doña Olimpia, el único hombre que ejerció influencia en el débil ánimo de Inocencio X: llegó á contrabalancear durante algun tiempo la de ésta, emprendiendo contra ella una guerra sorda de preponderan-

cia, en la que, á pesar de la astucia y firmeza de su enemiga, consiguió muchas veces la victoria.

El antagonismo de estos dos personajes fué, mientras duró, de funestísimas consecuencias para el Estado y para el catolicismo, justificando la opinion de dos cardenales muy notables de la época, Lenti y Barberini, que, interrogados sobre el nuevo papa, contestaron, el primero:

—*Che Innocenzo X sarebbe stato un buon pontefice da Ponte Molle sino à Roma.* (Que Inocencio X sería un buen pontífice de Ponte Molle en Roma.) Lo que significaba que embellecería probablemente la ciudad eterna, pero que fuera del radio de Roma, es decir, para los intereses de la Santa Sede y del catolicismo, valdria bien poco.

Y el segundo, Antonio Barberini (Seniore), dijo á su vez:

—*Egli sarà un buon papa per le donne.* (Este será un buen papa para las mujeres.)

Profecía que se realizó cumplidamente (1).

Lo primero que Doña Olimpia aconsejó á su cuñado, cuando hubo ceñido la tiara, fué—maravilla causará el saberlo—que leyera la vida de Alejandro VI, el más detestable de todos los pontífices que ocuparon la silla apostólica.

(1) Antonio Barberini, llamado *Seniore* para distinguirlo del cardenal Antonio Barberini, su sobrino, llamado *Juniore*, era, según algunos autores sus coetáneos, hombre de sólida virtud, de gran piedad y sumamente caritativo. Dispuso en su testamento que se pusiera sobre su tumba esta inscripción en latin: «*Aquí yace un poco de polvo, de ceniza, nada*». Sin embargo, parece que su hermano Urbano VIII no le tenía en más estima que á los demás miembros de su familia, pues cuenta Gigli en su diccionario que aquel papa se quejaba en estos términos de tener cuatro parientes inútiles: «Uno es santo, y no hace milagros (éste es el cardenal Francisco Barberini); otro es monje, y no tiene paciencia (el cardenal Antonio Seniore); el tercero es orador, y no sabe hablar (el cardenal Antonio Juniore); y el cuarto es general, y no sabe manejar la espada (tal es D. Tadeo, príncipe de Palestrina)».

Español y de la familia Borgia, no sólo era Alejandro VI un tirano, no solamente se mostró ávido de riquezas y de enriquecer á los suyos por todos los medios posibles, sino que su lascivia excedia á toda ponderacion, y léjos de ocultarla, de avergonzarse de ella, la confirmaba y se vanagloriaba de este torpe vicio, hasta el punto de que con frecuencia se le oia decir, en sus ratos de buen humor, «que un hombre galante no debia comer ántes de haber estado con *su amiga*».

Aunque á todas prodigase su amor, una sola pasion verdadera dominaba su alma, siendo objeto de ella la Vannoccia, criatura tan impúdica como hermosa, á la cual tenia á su lado como si hubiera sido su mujer.

Doña Olimpia obligó á su cuñado á leer la vida de este papa, y principalmente aquellos pasajes en que se hablaba de la Vannoccia.

Ignoro si Inocencio abandonó el brevia-

rio por la lectura de esta historia; pero sí puedo afirmar que cada vez que trataba de oponerse á las excesivas exigencias de su cuñada, ésta le recordaba con tono de reconvencion: «que Alejandro VI habia hecho más por su concubina Vannoccia que hacía él por su parienta más cercana; que Vannoccia habia tenido mayor fortuna con Alejandro VI, su amigo, que tenia ella con Inocencio X, su cuñado, etc., etc.»; aserciones que, aparte de todo, eran absolutamente falsas, pues Alejandro VI no cedió nunca á Vannoccia la centésima parte del poder que Inocencio habia abandonado á su cuñada.

Cuando pasaron las fiestas de la coronacion, Doña Olimpia hizo ver al pontífice la necesidad de decidir de la suerte de su hijo D. Camilo, á quien Su Santidad deseaba unas veces casar, y otras elevarlo al cardenalato.

Por una parte, el temor de que se extinguiera la casa Panfilio movia á Inocen-

cio á casar al jóven, y, por otra, la necesidad de tener á su lado un adicto auxiliar le inclinaba á elevar á este *principino* á la púrpura, de cuyo intento le hacía desistir el conocimiento que tenia de la incapacidad de aquél; de suerte que, indeciso entre el matrimonio y el capelo, no tomaba resolución alguna en el asunto.

Sin embargo, á instancias de su cuñada, hubo de decidirse por lo segundo, y nombró á su sobrino cardenal con el título de *Padrone* (1), acto del que no tardó en arrepentirse, porque D. Camilo entendia tan poco de las cosas eclesiásticas, que no llegó nunca, miéntras vistió la púrpura, á resolver el más pequeño negocio de Estado, á pesar de que su tio no cesaba de dar-

(1) Antiguamente, los papas, con especialidad aquellos que subian al pontificado en edad avanzada, nombraban cardenal á un sobrino suyo, al dia siguiente de su eleccion, y le conferian el título de primer ministro. Los romanos llamaban á este cardenal *Padrone*, Patrono.

le consejos, y de que su madre le resolvía las tres cuartas partes de sus asuntos (1).

(1) Es quizá extremada la opinion que ha formado sobre Camilo Panfilio el autor anónimo de nuestro manuscrito.

Los cronistas contemporáneos del pontificado de Inocencio X no son tan severos con aquel personaje, del cual dicen que era un hombre instruido en las artes liberales, en las letras, en la filosofía, en las matemáticas y en la arquitectura, y poeta que sabía componer buenos sonetos y madrigales.

Si fué un mediano cardenal, era porque no tenía vocacion para las órdenes religiosas, y no porque careciese de talento.

El 14 de Noviembre de 1644 le llamó su tío al sacro colegio, confiriéndole la superintendencia de todo el Estado eclesiástico, con la legacion de Avignon.

Se asegura que se hizo simpático á las cortes extranjeras, lo que yo me inclino á creer, porque poco tiempo despues de su nombramiento, le dió España el archidiaconato de Toledo, que cedió luégo á favor de D. Juan de Austria, y Francia le ofreció la rica abadía de Corbie. A su vez la república de Venecia le inscribió en el libro de oro de su nobleza, distincion que habian de disfrutar él y sus descendientes.

Bien pronto, disgustado de una vida que no cuadraba á su naturaleza y de una

De su union con la princesa de Rossano (Doña Olimpia Aldobrandini) tuvo dos hijos y tres hijas, y habiendo vuelto á la gracia mediante una larga penitencia, le nombró Inocencio generalísimo de la santa Iglesia: *capitaneus generalis armorum sanctæ Romanæ Ecclesiæ*.

Entónces fué cuando el príncipe mandó construir la magnífica granja Panfilia. «La célebre granja Panfilia, en Roma, fuera de la puerta de San Pancracio, dice Milizia en su vida de Alejandro Algardi, es obra de Algardi, así por la arquitectura del palacio, como por la de las fuentes y por el plan del parque, admirablemente trazado, y en el cual han sido apropiadas de una manera maravillosa las desigualdades del terreno, hasta tal punto, que con razon se ha podido dar á este delicioso sitio el nombre de *Belrespiro*. Cuando el príncipe Camilo, sobrino del papa Inocencio X, le confió esta importante obra, Algardi, no contento con los dibujos de Rafael y de Julio Romano, fué á Tivoli á tomar en la quinta Adriana diversos modelos de ruinas antiguas.»

La granja Panfilia es, en opinion de todos los que la han visitado, la más hermosa de todas las de Roma.

posición que no convenia á sus aptitudes, abandonó los hábitos y se casó con la princesa de Rossano, que acababa de quedar viuda, sin preocuparse de la cólera de Inocencio, y sin esperar el consentimiento de su madre.

Consumado el matrimonio, el papa, despues de haber consultado con Doña Olimpia, desterró de Roma al príncipe y á la princesa, quienes muy á su pesar hubieron de ir al extranjero á pasar la luna de miel, y áun algo más (1).

Cuando marchó su hijo, se esforzó Do-

(1) Doña Olimpia Aldobrandini, princesa de Rossano, viuda de Paolo Borghese y segunda sobrina de Clemente VIII, Aldobrandini, florentino, que reinó desde 1592 á 1605, era muy rica, y ademas de rica, hermosa de rostro.

La primera de estas dos cualidades bastaba para la familia de D. Camilo.

Murió esta princesa en 1681, dejando la primogenitura de su casa, con el principado de Rossano, á los Borghese, y la secundogenitura á los Panfilios.

ña Olimpia en reemplazarle, y así lo consiguió, á pesar de los obstáculos que le opuso su rival el cardenal Pancirolo.

Su pasion de amontonar riquezas tomaba ya por este tiempo considerables proporciones; y con el fin de dar á ella satisfaccion cumplida, incitó á su cuñado á suprimir ciertos gastos que decia superfluos, y á reducir otros, como, por ejemplo, los sueldos de los ministros.

Le hizo reformar su mesa, y agotar la fuente de las gracias que habitualmente salian de la caja particular del pontífice, caja cuya direccion suprema tomó *auctoritate propria*.

No se limitaron á esto sus primeras proezas, sino que hizo de manera que no fuese nombrado ningun juez sin su recomendacion, y á todos los que patrocinaba les dió instrucciones, siendo la principal de ellas que procuraran castigar á las gentes más en el bolsillo que en las personas.

Con frecuencia escribía á estos *dignísimos* magistrados que le mandasen sin tardanza las multas que hubiesen cobrado, porque queria emplearlas en socorrer á los infelices.

Imagínese lo que llegaría á ser la justicia bajo un tal régimen.

Deseosos de reservarse una parte de estas exacciones, procedían los jueces con un rigor y con una iniquidad irritantes.

Habiéndose levantado un general clamor contra estos robos y crueldades, clamor que llegó hasta el palacio del pontífice, no por eso se inquietó éste, y á los que le aconsejaban que cortara tan escandalosos abusos, les respondió: «Que la Divina Providencia, que regía las voluntades, le habia dado personas convenientes para administrar justicia, y que maldecir de esas personas era ofender á la Divina Providencia que le habia inspirado al nombrarlas».

Habiendo oido un caballero aleman,

protestante, referir en un salon estas palabras de Inocencio, se volvió hácia uno de sus amigos, y le dijo: «Ya vereis cómo un dia va á ser necesario creer en la infalibilidad de todos los vasallos del papa».

Ya no se oia hablar más que de la codicia de Doña Olimpia, y en todas partes se decia que rara vez, ni áun en los tiempos del mayor nepotismo, bajo los pontífices precedentes, habian llegado á grado tan alto las dilapidaciones de la corte.

Es de advertir que lo que Doña Olimpia robaba, lo que arrancaba á la munificencia de su cuñado, lo que quitaba á unos y á otros, lo guardaba sólo para sí, sin dar de ello un céntimo á sus parientes.

Era un espectáculo tan curioso como lleno de piedad el de estas concusiones.

Habia reducido á la categoría de vasallaje la Dataría, que era la alta cámara de la curia, y rebajado al datario, dispensador en otro tiempo de los grandes beneficios, al simple papel de ejecutor, no de lo

que el Santo Padre le mandaba, sino de lo que le indicaba ella.

Ya no se concedía empleo ó merced alguna sin su beneplácito; cuando se hallaba vacante algun beneficio, había orden terminante en la Dataría de suspender la expedición del breve de nombramiento hasta que Doña Olimpia hubiera resuelto la persona á quien se había de conceder; y si alguna iglesia ó diócesis se hallaba sin titular, los que aspiraban á ella debían acudir á esta mujer omnipotente, quien sólo recibía bien á los candidatos que le ofrecían mucho oro.

Del mérito jamás se cuidaba para nada: saber ó ignorancia, virtud ó vicio, todo se igualaba con dinero.

Los cargos, las dignidades, se conferían al mejor postor; abadías, canonjías, obispados, empleos eclesiásticos ó políticos, todo era distribuido por Doña Olimpia, que todo lo vendía á un precio exorbitante.

El que le pedía, por ejemplo, un pues-

to ó beneficio que produjera mil escudos al año, si queria obtenerlo por tres, debia dar mil escudos, y si por seis, dos mil.

Aconteció á las veces que los obispados estuvieran vacantes más de cuatro años, no solamente porque ella percibia sus rentas, sino tambien porque no se presentaban candidatos bastante ricos para pagar la prima que con los nombres de dádiva, de donativo voluntario ó de presente, se les exigia, y sin la cual era inútil solicitarlos.

Recuerdo que un abad napolitano empobreció á su familia, que todavía se resiente de aquello, para comprar uno de esos obispados que quedó sin pastor.

Devorado por el deseo de tener una diócesis en una de las provincias de la Iglesia, y sabiendo que si ofrecia veinte mil escudos á Doña Olimpia obtendria la mitra y sede ambicionadas, suplicó este abad á su familia, á la que hizo las más seductoras promesas, que le ayudara, y tan per-

suasivo fué, que sus hermanos vendieron un pedazo de tierra, tomaron dinero á un interes exorbitante, y le reunieron los veinte mil escudos, que llevó inmediatamente á la cuñada de Su Santidad.

En cambio fué, en efecto, preconizado obispo.

Y es lo más peregrino de la historia que murió este simoniacó ántes de haber tomado posesion de su silla, la cual volvió á Doña Olimpia, que la vendió segunda vez bajo las mismas condiciones.

Aunque, por otra parte, esto nada tiene de extraño, porque yo sé de buena fuente que Doña Olimpia vendió hasta cinco veces uno de estos obispados.

La insaciable codicia llevó á esta deplorable mujer hasta el punto de pretender que prevaleciese su opinion áun tratándose de elegir miembros del sacro colegio.

Y no contenta con esto, exigió con frecuencia que los cardenales tratasen de nuevo en las congregaciones los asuntos

de que se habian ocupado ántes, áun cuando hubieran celebrado aquellas asambleas en presencia del papa.

Un dia el cardenal San Clemente, habiéndose encontrado al cardenal Pallotta, le preguntó adónde iba.

—A la congregacion de monseñores los cardenales,—contestó éste.

—Pues yo voy á la de Doña Olimpia,—dijo San Clemente.

—Vamos, pues, juntos,—replicó Pallotta,—porque veo que vamos á la misma parte.

Doña Olimpia, cuya audacia no reconocia ya freno, llegó á expresar el deseo de que las congregaciones tuvieran lugar en su casa y en su presencia.

No habiendo podido por ménos Inocencio de contestar negativamente á esta abusiva pretension, obtuvo Doña Olimpia en cambio, por medio de artificios, que no se celebrara ninguna congregacion capital fuera de la cámara del pontífice, en la que

hizo practicar secretamente una abertura, en donde se aplicaba para escuchar lo que decían los cardenales.

No tardaron Sus Eminencias en conocer el espionaje á que estaban sometidos; pues una tarde, en una de esas congregaciones, irritado el cardenal Sforza de la extremada prudencia de sus colegas, dejó escapar palabras algun tanto duras contra la cuñada del Santo Padre, y habiéndose levantado el cardenal su vecino, todo alarmado, para rogarle que hablara más bajo si no queria ser oido por aquélla, replicó Sforza con tono resuelto: «Hablo alto para que se me oiga».

V

Doña Olimpia escogia sus familiares entre aquellos que aplaudian sus actos, siendo por lo tanto sus favoritos monseñores Fagnani y Rasponi, individuos que conocian á fondo el arte de hacer *quattrini*, y que desde los puestos que ocupaban tenian la suprema direccion de los asuntos más importantes de Roma en materia de beneficios, de bulas y de breves.

«¡Dios nos libre de Rasponi y de Fagnani!», decian de ellos proverbialmente los romanos.

En esta exclamacion se condensa toda su biografía; pero es de advertir que el uno valia más que el otro.

Rasponi, aunque servilmente adicto á

la cuñada del pontífice, en la esperanza de alcanzar por este medio el elevado puesto que ya previa y que obtuvo más tarde, procuraba no causar daños á la Iglesia (1).

Fagnani, por el contrario, no miraba esto quizá porque era tuerto y apenas veía por el otro ojo.

Para satisfacer los desordenados apetitos de su directora, ante nada retrocedía, y tenía además la originalidad de aborrecer á los frailes y de hacerles experimentar su odio.

A veces decía que «Dios le habia hecho una gran merced privándole de la vista,

(1) César Rasponi, de una noble familia de Rávena aliada de los Barberini, era hombre hábil y poco severo en los principios; fué creado cardenal del orden de los sacerdotes por Alejandro VII en 1664; pero su nombramiento, reservado *in petto*, no se publicó hasta 1666. Fué diputado en la instrucción del famoso proceso contra el jansenismo, tomó parte en dos cónclaves, y murió en Roma en 1675, á la edad de setenta años.

porque de este modo no podia ver las bellaquerías de los *frati*; y yo le he oido exclamar «que si todos los frailes fueran santos, no querria recobrar la vista por sus milagros».

Instigado por este odio tanto como por el deseo de agradar á Doña Olimpia, dijo una mañana á ésta que habia encontrado un medio de aumentar su tesoro, con ventaja tambien de la Iglesia y de los pueblos: este medio era aniquilar á las órdenes monásticas, que, en su opinion, para nada servian más que para engordar á expensas de los fieles (1).

(1) Somos del parecer de este prelado. Las gentes parciales y las que tienen un conocimiento incompleto de la historia de la Iglesia, presentan al monje como un tipo de devocion y como el estudioso guardador de los tesoros literarios que se salvaron de las invasiones de los bárbaros; pero tal concepto es de pura fantasía. Ciertamente hubo en los conventos individuos piadosos y letrados; pero la masa general de los religiosos, enriquecida por la fanática devocion

Su plan consistía en suprimir ante todo los pequeños conventos que no podían alimentar más que á ocho ó diez religiosos, poniendo de este modo las rentas y bienes

de los pueblos ó por la superstición de los bandidos que creían borrar todas sus culpas fundando monasterios, valía bien poco.

Muchos escritores eclesiásticos de los más ortodoxos comparan los excesos de la frailería con los de Sodoma y de Gomorra.

Léase las actas de los concilios hasta el de Trento, y se encontrará en ellas, acerca de las costumbres de los frailes, detalles de que no nos sería lícito ocuparnos.

En cuanto á los autores laicos de la Edad Media y del Renacimiento, reflejo de la opinión pública, sabido es cómo han hablado de la frailería.

El clero secular ha visto siempre con malos ojos al regular, y es poco probable que sienta su desaparición ó que trate de restablecer las órdenes monásticas cuando desaparezcan.

Recuerdo haber leído en alguna parte que Landolf, obispo y conde de Capua, muerto en 879, considerado al igual de monseñor Fagnani como enemigo de

de dichos establecimientos á disposicion de Inocencio X, ó lo que es lo mismo, á la de su cuñada Doña Olimpia. Despues de esta medida debia venir naturalmente la supresion de conventos de más importancia.

todo el que llevaba hábito, tenia costumbre de decir: «Cada vez que se ofrece á mi vista un monje, espero que aquel dia me suceda alguna desgracia». ¿No equivalia esto á una pintura breve, pero exacta, de los monjes y de la monjería?

Permitasenos todavía citar esta otra anécdota sobre el mismo asunto; la tomamos de una obra sobre Italia, publicada en Dijon y en Paris en 1766 por el abate Richard.

«El cardenal (Passionei) estaba dotado de un gran valor, pero de escaso talento, y no ponía empeño en ocultar sus sentimientos secretos sobre muchos puntos que su estado le obligaba á respetar en apariencia al ménos. Despreciaba á todos los monjes. Un dia preguntaron á dos capuchinos por qué no dejaban nunca de saludar á los caballos del cardenal, á lo que contestó uno de ellos:

«Porque Su Eminencia no habria dejado de uncirnos á su carroza si no hubiera tenido caballos.»

Doña Olimpia aceptó al punto la idea, y sin perder tiempo, fué con monseñor Fagnani á ver al papa para darle cuenta de ella.

Su Santidad escuchó con vivísimo interés la proposición, que fué aprobada; y al día siguiente mandó hacer el inventario de las rentas de los monasterios en cuestión, al propio tiempo que prohibió á sus priores que en lo sucesivo recibieran novicios en ellos.

El autor del proyecto, monseñor Fagnani, tuvo la gloria de ser su ejecutor, que era lo que deseaba.

Tal celo desplegó en este encargo, que en vez del título de enemigo de los frailes, que generalmente se le daba, mereció, con gran contentamiento suyo por cierto, el de «azote de los frailes».

Hechas las memorias sobre las rentas y los gastos de los pequeños conventos, Doña Olimpia y Fagnani presentaron al pontífice la lista de las casas que deberian ser

suprimidas; trabajo que aprobó Inocencio, publicando luego una bula que intimaba á los religiosos, bajo pena de excomunion, á abandonar los monasterios cuyas rentas no bastaran á mantener diez frailes por lo ménos.

Se dió á los obispos el encargo de comunicar esta bula á los superiores.

El número de los monasterios designados era de unos *dos mil*; siendo de advertir que muchos de ellos encerraban y mantenian cómodamente más de veinte monjes, hijos de familia.

Pero esto no tiene nada de extraño, habiendo salido la lista de supresion de manos de un ciego.

Este acto inesperado produjo una extraordinaria perturbacion en el mundo clerical, y bien pronto se vió afluir á Roma muchedumbre de religiosos que llevaban conmovedoras súplicas, recordando los privilegios que los papas les habian concedido, y en virtud de los cuales poseian sus

monasterios, manifestando sus miserias y exponiendo los perjuicios que su ausencia causaria á las poblaciones en donde prodigaban los beneficios de la predicacion, de la misa, de la confesion y de otros útiles y piadosos ejercicios.

Desatendidas en todas partes sus súplicas, la mayor parte de ellos iban como locos, diciendo á quien queria oírles: «Puesto que el papa nos echa de nuestras iglesias, de nuestras casas; puesto que se nos ha despojado absolutamente de todo, *nos refugiaremos en las montañas con los ladrones*».

Varios cardenales, protectores de las órdenes religiosas, expusieron en consistorio las cuitas de los padres de los conventos suprimidos; mas el pontífice se limitó á contestarles:

—Los monjes han apelado á *Nós*, y lo que les concierne no depende de *Nós*.

—¿Depende por ventura de Doña Olimpia?—no pudo por ménos de decir, medio

sonriendo, el cardenal de Médicis, que estaba á su derecha.

Yendo un dia dos dominicos á casa del cardenal de Este á suplicarle que protegiera su convento, que, sin fundado motivo ni razon admisible, figuraba en la lista de los que estaban llamados, á desaparecer, encontraron por casualidad á un criado de Su Eminencia, con el cual entablaron conversacion.

Cuando éste se enteró del objeto de su visita, les dijo:

—Padres, habeis errado la calle; venid conmigo, y yo os enseñaré la puerta á la que debeis llamar, si quereis obtener algun resultado en vuestra demanda.

Y luégo, conduciéndoles al palacio de Doña Olimpia, añadió:

—Este es el camino más corto y el más seguro para llegar al fin que os proponéis.

Los dominicos lo comprendieron todo, y renunciando á sus primeras esperanzas, fueron resueltamente á llamar á fuerza de

doblones á la conciencia de la cuñada del papa.

La primera suma que la bula mencionada valió á nuestra heroína, se elevó á cien doblones de España, ofrecidos por un rico carmelita del reino de Nápoles, á quien habia causado gran desesperacion ver cerrado su monasterio, que habia sido construido en parte á sus expensas (1).

Conociendo la situacion, este reverendo fué directamente á casa del secretario de Doña Olimpia con un saco de doblones, y le declaró que daria aquel saco á su señora si obtenia lo que deseaba, añadiendo que en caso de que fueran aceptadas sus

(1) El doblon de España valia más de 20 francos, ó en moneda romana del tiempo, 3 escudos 80 bayacos y medio. Al principio de 1786 se acuñaron otros nuevos de ménos valor: el doblon no valió ya más que 19 francos 75 ó 76 céntimos, ó en moneda pontifical, 3 escudos 75 bayacos. El doblon romano ó *doppia* valia 3 escudos 21 bayacos; 17 francos 20 céntimos (ménos por lo tanto que el de España).

proposiciones, le regalaria á él diez doblones más.

Aguijoneado por esta promesa, aquel amable sujeto llevó el saco á Doña Olimpia, y volvió al punto con una nota de ésta para monseñor Fagnani, en la cual le ordenaba que se borrara de la lista fatal el convento napolitano.

Esta última formalidad costó al carmelita otros veinte doblones, que tuvo que dar á dicho monseñor.

Habiéndose divulgado la noticia de este negocio, muchedumbre de frailes, alentados por la esperanza de salvar sus monasterios suprimidos, llenaron sus escarcelas, y fueron á Roma á solicitar de la cuñada del papa y de sus favoritos lo que por otros medios no habian podido conseguir.

Pasó de quinientos el número de los establecimientos religiosos que se salvaron á fuerza de oro, entrando por este concepto en las cajas de Doña Olimpia más de cincuenta mil doblones de España.

Esta astuta mujer realizó además considerables sumas por la venta á los obispos diocesanos, á las universidades de provincia, etc., de los terrenos y de los enseres de los conventos definitivamente suprimidos.

Con su incontrastable poder, Doña Olimpia tenia á sus piés á todos los oficiales de la corte.

Fuera por temor, por ambicion ó por servilismo, ninguno de ellos se hubiera atrevido jamás á tomar una determinacion sin haberla consultado ántes con Su Alteza, y obtenido el asentimiento de ésta.

El mismo cardenal Pancirolo, aunque agobiado por los asuntos de su ministerio y por sus achaques, habia de ir á cada instante á casa de ella, para instruirla de lo que pasaba en las oficinas de la secretaría.

Con frecuencia, despues de la visita de Su Eminencia, se trasladaba al Vaticano con un suntuoso cortejo y llevando un pa-

quete de memoriales que ya habian sido resueltos por ella, y quedaba sola con su cuñado durante horas enteras.

Una mirada, un gesto suyo, bastaban para reducir á prision ó para desterrar á cualquiera que hubiera tenido el atrevimiento de proferir en la corte palabras en que se condenaran sus yerros.

La historia no nos ofrece nada semejante á lo que á la sazón acontecia en Roma: ningun monarca concedió jamás á su propia mujer la autoridad que á Doña Olimpia daba su cuñado; y tales fueron los escándalos y abusos que tenian lugar en la corte romana, que se temió durante algun tiempo un nuevo cisma en la Iglesia.

Muy fácil me sería presentar mil pruebas del autocratismo de Doña Olimpia; pero como estas cosas son más contristadoras que interesantes, seré muy sobrio en hacer citas.

Doña Olimpia tenia un sobrino, hijo de uno de sus hermanos, el cual sobrino era

un gran mentecato de diez y ocho años, incapaz para todo, ignorante, estúpido, de mala traza, y entregado tan sólo á los pasatiempos propios de las gentes del populacho.

Cuando le llevó por vez primera ante el papa, Su Santidad, volviéndose á ella, le dijo: «Os suplico que no me traigais más á vuestro sobrino, porque, francamente, es más feo que yo».

Y sin embargo, por exigencias de su cuñada, elevó Inocencio á la púrpura cardenalicia á este jóven Maldacchini, con gran asombro de la corte, de la ciudad y de la cristiandad entera.

Tal era este cardenal, que para las visitas que hacía ó pagaba habia aprendido unas cuantas fórmulas de cumplimiento, que recitaba de memoria, y fuera de las cuales no decia más que bestialidades.

Recuerdo á este propósito que, habiendo quedado oculta en este tiempo la estatua de Marforio detras de un palacio en

construccion, circuló una sátira que representaba á Pasquino llorando á lágrima viva la pérdida de su camarada, y uno que pasaba le decia para consolarle:

*Non pianger piu, Pasquino,
Che in vece di Marforio, entro di Roma
Compagno ti sarà il Maldacchino.*

Ó bien:

*Non pianger, Pasquino,
Che sarà teco compagno Maldacchino.*

(No llores más, Pasquino; porque en lugar de Marforio, Maldacchini será en Roma tu compañero) (1).

(1) Hé aquí, segun Ludovico Castelvetro y Cancellieri, el resúmen de la historia de la famosa estatua de Pasquino y de la de Marforio:

A principios del siglo XVI habia en Roma un sastre muy hábil en su oficio, que tenia por clientela una buena parte de los caballeros romanos. Llamábase *Pasquino, maestro Pasquino*, daba ocupacion á muchos obreros, recibia desde por la mañana hasta la noche en su tienda á multitud de desocupados y

Doña Olimpia reunia á su insaciable codicia una crueldad nunca bastantemen-

charlatanes, pasaba por hombre de algun ingenio, acompañado de una lengua maldiciente, y tenia la reputacion de ser, si no el autor, el propagador al ménos de todos los epigramas vivos é intencionados, picantes ó triviales, que circulaban contra el papa, contra los cardenales, contra los principes, etc. Despues de su muerte, aconteció que, levantando el suelo cerca de su casa, se encontró una estatua antigua medio mutilada (los arqueólogos creen que pertenecia á un grupo que representaba á Menelao sosteniendo y defendiendo á Patroclo, muerto por Héctor, y por lo tanto será Patroclo), que servia de losa.

Se la levantó, y fué colocada á poca distancia del lugar en que se descubrió, y en memoria del sastre en cuestion, se la bautizó con el nombre de Pasquino, siendo su zócalo el sitio en que los poetas satíricos romanos fijaron luégo sus libelos.

Los versos á que servia de pupitre eran por extremo obscenos y descuidados; pero en italiano, como en latin, esto importa poco, pues los dos idiomas pueden prescindir de la honestidad de las palabras, y áun lo hacen á veces con verdadera gracia.

Habiendo aumentado en vez de disminuir la locua-

te ponderada: ella fué el principal instrumento de la muerte de monseñor Masca-

cidad mordaz del maestro desde su transformacion en estatua de piedra, el papa Adriano VI (1522 á 1523), holandés, que no entendia la broma, y á quien Pasquino habia mortificado grandemente en várias ocasiones ántes de su exaltacion, decidió un dia que la arrojaran al fuego ó al Tíber.

Disuadido de este propósito por su primer ayuda de cámara,—que le hizo presente que esta ejecucion haria á la estatua más venenosa; que desde el fondo del rio cantaria con más fuerza que las ranas en los charcos, y que si era quemada daria ocasion al pueblo de hacer todos los años funerales acompañados de sangrientos sarcasmos contra el soberano pontífice,—consintió Adriano en perdonar á Pasquino, pero ordenó á la policia que vigilara constantemente la estatua.

En cuanto á Marforio, camarada y émulo de Pasquino en las *Sátiras de los romanos*, aunque fué encontrado tambien en una excavacion, no le venia su nombre de un sastre.

Esta colossal estatua, que representa un rio cualquiera ó el Océano, yacia desde largo tiempo en el *forum* de Augusto, cerca del templo de Marte, de don-

bruni, que era por cierto uno de sus más adictos servidores, y de muchos otros á

de, por corrupcion, se ha formado su nombre *Marforio*.

El municipio romano la levantó de aquel sitio con el fin de emplearla en la ornamentacion de una de las fuentes de la ciudad; pero Sixto V, creyendo que estaria mejor colocada en el Capitolio, mandó trasladarla allí.

Habia años en que hablaba á los que por allí pasaban, habiendo aumentado con su traslacion su locuacidad.

Generalmente, Pasquino hacía las preguntas (eran denominados sus poetas: *secretarii magistri Pasquini*), y Marforio daba las respuestas.

Marforio y Pasquino están siempre en sus puestos, el uno en el Capitolio, en el pequeño patio del cuerpo del edificio en donde se halla instalado el museo de mármoles antiguos, y el otro en el ángulo del palacio Braschi, en la plaza que lleva su nombre; pero no hacen oráculos.

Respecto al sobrino de que ántes hemos hablado, hé aquí en resúmen los datos que hemos podido adquirir sobre él:

Francisco Maldacchini, noble de Viterbo, nacido

quienes habia sacado en vida considerables sumas de dinero, y esperaba consumir su despojo despues de muertos (1).

en 1630, y sobrino de Doña Olimpia, fué primero, merced á las reiteradas instancias de su tia, nombrado abad de San Martino, iglesia de un feudo cercano á Viterbo, erigido en principado por Inocencio X en favor de su insaciable cuñada; luégo fué creado canónigo de San Pedro, y finalmente cardenal, á la edad de diez y siete años, el 17 de Octubre de 1647. Muy ignorante, aunque en extremo afable, el cardenal Francisco Maldacchini tomó parte en seis cónclaves, en uno de los cuales obtuvo veintidos votos, y murió en 1700, despues de cincuenta y tres años de cardenalato.

(1) Mascabruni era prelado subdatario en la época en que era datario el cardenal Domenico Cecchini.

No era aquél su nombre; se llamaba Francisco Canonici, habia nacido en Apiro, pueblo de las Marcas, y habia servido en calidad de doméstico á Giovanni Camillo Mascabruni, abogado consistorial muy distinguido de Benevento, en cuya casa se dedicó al estudio. Este abogado le tomó cariño, le adoptó y le dejó su biblioteca.

Canonici llegó á Roma en 1644, obtuvo el favor de

Por ella perdió la Dataría el cardenal Cecchini, y también maltrató al cardenal

Inocencio X, fué prelado, subdatario luégo, y habria llegado seguramente á vestir la púrpura, si el cadalso no hubiera cortado su carrera.

Intrigante en sumo grado y de una rara agudeza de ingenio, se insinuó en el ánimo del papa, y se aprovechó de la influencia que ejercia sobre él para imponerse en la Dataría y dirigirla á su antojo.

A imitacion de Doña Olimpia, vendió los beneficios y los cargos de la Iglesia, dispuso á su antojo de todo, conduciéndose, por fin, de tal manera, que al cabo de dos años de ministerio, su empleo, que sólo tenia asignado un sueldo de cinco mil libras, le habia producido más de dos millones.

Entre los diferentes medios de que se valia para llenar sus arcas, citarémos éste: con frecuencia presentaba á la firma del papa breves y bulas, cuyo título procuraba que estuviese escrito en lo alto de la página, y que quedara un cierto espacio entre dicho título y el cuerpo del documento.

Las tres cuartas partes de las veces Su Santidad firmaba ciegamente, y Mascabruni tomaba entónces las hojas rubricadas, cortaba el trozo en que estaba el título, y escribia más abajo lo que le convenia.

Pallota, hasta el punto que éste decia: «Preferiria estar en un convento bajo la

Una bula para Portugal dió ocasion á que se descubriera este procedimiento, cuando ya habia falsificado setenta breves importantes.

Inocencio habria con gusto facilitado su fuga, pues cuando se extendió el rumor de estas falsificaciones, le dió á entender que haria muy bien en marcharse; pero Mascabruni quiso defender su fortuna y posicion, y contando para ello con Doña Olimpia, resolvió hacer frente á la tempestad.

Detenido despues de largas vacilaciones, fué encerrado en las prisiones de Tordinona, declarado culpable á los tres meses del proceso, y condenado á la horca, cuya sentencia fué conmutada por el papa por la de decapitacion.

El 15 de Abril de 1652 tuvo lugar en el patio de Tordinona la ejecucion del ex-subdatario, cuya cabeza fué expuesta el mismo dia en la plaza que está á la entrada del puente del Santo Angel. Muchos de los parientes y empleados de Mascabruni, acusados de ser sus cómplices, sufrieron igualmente los rigores de la justicia pontificia; el sustituto Juan Goug, detenido en Milan, Brignardelli, y otro eclesiástico agregado á la Dataria y detenido en Génova, fueron

obediencia de un monje, á estar en Roma bajo el despotismo de Doña Olimpia».

Entre tanto, el cardenal Pancirolo se esforzaba por hacer comprender al papa la necesidad de ahogar los rumores que por Roma corrian, y de dar satisfaccion á los embajadores, que se quejaban altamente de no poder negociar con ningun ministro, y de no obtener de Su Santidad más que respuestas evasivas, inspiradas á no dudar en la *Egeria pontificia*.

Supongo que, cansado de las continuas importunidades de su cuñada, cansado de llevar solo el peso de las audiencias, Su Santidad escuchaba con gusto las insinuaciones de Su Eminencia, y, á ejem-

llevados á Roma, ahorcados en la plaza del Santo Angel y quemados luégo.

Inocencio X tenia el corazon muy duro y concedia rara vez gracias. Hablando de su irascible carácter, recuerda Muratori que, cuando era prelado datario, se le designaba comunmente con el nombre de *Monsignor non si puó* (Monseñor no puedo).

plo de sus predecesores, parecia dispuesto á tomar un *cardenal-patrono*.

Este es, despues del papa, el personaje más importante del Estado eclesiástico; recibe á los embajadores, á los enviados, á los ministros; trata de todos los asuntos, y con frecuencia, como sucedió en el pontificado de Gregorio XV, por ejemplo, tiene un poder ilimitado.

Este poderoso funcionario era tanto más necesario á Inocencio, cuanto que su edad y sus achaques no permitian á Su Santidad consagrar mucho tiempo á los asuntos de la política.

Con este objeto tuvo el cardenal Pancirolo muchas conferencias con el papa, á las cuales asistia generalmente Doña Olimpia—que nõ pudiendo impedir la creacion de un cardenal-patrono, queria al ménos que este cardenal dependiese de ella—y en las que se trató del candidato que se habria de elegir.

Primero se pensó en el cardenal Alber-

gati, que ardia en deseos de que le nombraran para aquel puesto; pero se desistió de su candidatura, á causa de su ignorancia y de su incapacidad.

Se habló luégo del padre jesuita Albergati, hermano del anterior; pero el papa dijo que no queria conferir dos capelos á una misma familia.

Despues de muchas vacilaciones, despues de haber examinado uno á uno todos los miembros de la casa del pontífice, Inocencio reconoció por su sobrino á una persona de otra familia distinta de la suya, le dió el nombre de Panfilio y le nombró cardenal-patrono.

Parece que esto sucedió contra los deseos de Doña Olimpia.

VI

La fortuna del nuevo *porporato* puede considerarse de las más grandes é imprevisas, pues ningun lazo de parentesco con el papa, ningun mérito relevante, ninguna virtud especial tenia el individuo de que se trata para el puesto de patrono.

Llamábase Camilo Astalli, y era un jóven de buena presencia, de veintiseis años de edad, amable, que sabía conducirse perfectamente en la sociedad; un jóven, en fin, llamado á ser un excelente prelado, pero incapaz á mi entender de elevarse á más alto puesto.

Su nombramiento en tan ventajosas condiciones fué un gran negocio para sus parientes, que, á pesar de sus pergaminos, sólo tenían una modestísima renta, que

poco ántes se habian visto obligados á reducir en provecho suyo, comprándole de Doña Olimpia—gran mercader del Vaticano—una clericatura de cámara á muy elevado precio.

En posesion de un cargo en la corte que favorecia las miras ambiciosas de un hombre hábil, D. Camilo tanteó el terreno y se unió estrechamente al cardenal Panzirolo, cuya influencia sobre el Santo Padre era por lo comun igual á la de Doña Olimpia.

El cardenal se manifestó muy complacido de esta adhesion verdadera ó fingida, se apasionó á su vez vivamente del jóven monseñor, y se ocupó con particular solitud en asegurar su porvenir.

Habló calurosamente al papa de sus talentos, de sus grandes méritos, le presentó muchas veces en la audiencia del pontífice, hizo en fin tanto, que Su Santidad, medio convencido y medio seducido á su vez, pareció dispuesto á abrir el camino

de las grandezas al protegido del cardenal Panzirolo.

Miéntas tanto, habiéndose hecho sentir imperiosamente en el Vaticano, como ántes he dicho, la necesidad de un cardenal-patrono, y viendo Inocencio que ninguno de sus parientes—á los cuales profesaba muy mediado cariño—era capaz de desempeñar el primer puesto del Estado despues del suyo, se decidió, por virtud de las reiteradas instancias del cardenal Panzirolo, á confiar el patronato al jóven Astalli, á quien reconoció por su sobrino, por ser tradicion que el cardenal-patrono fuese al mismo tiempo sobrino del papa.

Es cierto que se vió obligado á hacer esta adopcion; porque sólo cuando los embajadores se negaron á tratar con el nuevo ministro, so pretexto de que era costumbre que el cardenal-patrono pertenesiese á la familia pontificia, declaró por su sobrino á Astalli, y le impuso el nombre de Panfilio.

El nuevo jefe de la política de la Santa Sede supo su exaltacion por su amigo el cardenal Panzirolo, que, segun los rumores que á la sazón circulaban, le habia dicho sonriendo, al darle la noticia:

—Monseñor, yo me he esforzado en haceros semipapa, para que vos, por vuestra parte, me hagais papa entero.

—Me sería difícil—le replicó Astalli—hacer por Vuestra Eminencia tanto como ella ha hecho por mí, aunque le diera, no una, sino dos tiaras (1).

(1) Camilo Astalli, oriundo de una antigua familia romana, nacido en 1616 segun unos, en 1619 segun otros, y en 1624 segun nuestro cronista, fué primero abogado consistorial, y despues, como dice el manuscrito, clérigo de cámara, con la direccion de las prisiones. La viva afeccion que por él tuvo el cardenal Panzirolo ó Pancirolo, y que dió mucho que hablar, le valió el 19 de Setiembre de 1650 el capelo, el título de cardenal-patrono, y la entrada en la familia Panfilio, con el nombre, los blasones, los honores y las rentas de cardenal sobrino del papa.

Astalli se mostró, en efecto, muy reconocido á su protector, quien á su vez continuó dándole claros testimonios de una amistad cada dia más estrecha.

Al propio tiempo que una general sorpresa, excitó la elevacion del jóven prelado las murmuraciones y envidias de una nube de descontentos, y principalmente de los parientes de Su Santidad, más de cerca perjudicados que los otros.

Su poder se desarrolló inmediatamente en vastas proporciones.

Poco despues, habiéndole minado el terreno con grande astucia Doña Olimpia y su pandilla, perdió sus empleos y rentas, y tuvo que retirarse á sus posesiones de Sambuci. Se instruyó contra él un proceso, en el cual se le acusaba de una serie de crímenes que no se llegó á probar.

Su desgracia duró hasta la muerte de Inocencio X.

Alejandro VII le volvió á su gracia, lo que le permitió morir tranquilamente en 1663, en una edad poco avanzada, en Catano, cuyo obispado le habia concedido el rey de España Felipe IV.

Doña Olimpia tomó parte en esta conjuración, ideando una cábala para derribar al nuevo patrono, juntamente con aquel de quien era hechura.

Con este fin tuvieron lugar en casa de Doña Olimpia algunos conciliábulos, en los cuales tomaron parte todos los interesados y enemigos de Panzirolo.

Muchos y violentos fueron al principio los acuerdos tomados; querian, por ejemplo, unos que toda la parentela del pontífice abandonara á Roma, para protestar solemnemente contra la intrusion de un extraño en la familia Panfilio-Maldacchini, cuya proposicion fué desechada por Doña Olimpia como peligrosa, manifestando ésta que tal emigracion disgustaria mucho al papa, y que por consecuencia no podria ménos de perjudicar á sus autores.

Se buscó entónces otro medio de herir al patrono sin ofender á Inocencio, y se escogió éste: abstenerse de ir á felicitar

como era de costumbre al afortunado elegido, y para evitar que el papa se resintiera, fingir una enfermedad.

Efectivamente, el día en que se abrió el *ricevimento* de gala del cardenal-patrono, todos los parientes de Inocencio se fingieron enfermos y quedaron en cama (1).

(1) Cuando se nombra un cardenal, si se halla en Roma cuando su nombramiento es proclamado en el consistorio, comienza aquel mismo día su *recepcion cardenalicia*.

Esta recepcion, reglamentada de nuevo por Pio IX en 1856, consiste para el nuevo elegido, aparte de las funciones de iglesia y del ceremonial con el pontífice, en recibir, ya en su propio palacio, ya en el de su embajada si es extranjero y de familia soberana, ya en el palacio de un su amigo si él no tiene habitacion bastante lujosa, como con frecuencia acontece, á sus amigos, parientes y conocidos, y á las personas oficiales.

La recepcion dura tres ó cuatro días: de diez de la mañana á dos de la tarde es la recepcion de confianza, á la cual se puede ir de frac, y desde las ocho á las doce de la noche es la de gala, siendo de estricta

Muy pronto conoció Su Santidad la intriga, y dió conocimiento de ella al nuevo cardenal, á quien aconsejó que obrara con doblez, y burlara á los descontentos, ofreciéndoles un poco de incienso, y guardando para sí todo el resentimiento.

Astalli acogió con diligencia este consejo, subió á la carroza, y fué sin perder tiempo á casa de los enfermos, que, cogidos en el engaño, hubieron de hacer de tripas corazon; mostróse con ellos por extremo amable y afectuoso, les dió mil se-

etiqueta no asistir á ésta sino de uniforme ó en traje de corte.

A su vez las damas no son admitidas á ella sino en traje de un gran valor, con lo cual no son ni más ni ménos bellas.

Todas las noches de *ricevimento* está iluminado el palacio del cardenal, y delante de su fachada hacen oír las orquestas sus armonías.

La recepcion del capelo de un cardenal-patrono es necesariamente más brillante que la de un simple cardenal.

guridades de su adhesion, les ofreció todas las mercedes que desearan, y les afirmó que no queria guardar para sí sino las fatigas de su cargo, cuyos deberes procuraria hacer compatibles con el amor que debia á sus queridos parientes.

Estos preliminares, muy friamente recibidos, no desarmaron á nadie, y el complot siguió adelante.

La princesa de Rossano, mujer de un alto-sentido y de gran prudencia en todas sus acciones, dijo un dia á su marido, que se lamentaba amargamente de ver á un extraño ocupar cerca del trono pontificio un puesto que pertenecia á un Panfilio: «Príncipe, no os aflijais, porque á mi entender, es para nosotros preferible tener cerca del papa un cardenal amigo, que una madre enemiga».

La amistad de Inocencio con su sobrino adoptivo se afirmó de tal manera, que llegó á causar la desesperacion de la familia papal, la cual miraba como una expo-

liacion escandalosa todo lo que venía á aumentar la fortuna de Astalli.

A medida que ésta crecía, se aumentaba á la par el odio contra Panzirolo, principalmente en Doña Olimpia, que, desdeñada y alejada de los asuntos, juró la pérdida del cardenal-protector, y llegó á decir en presencia del papa cosas que sólo se explican por la extremada confianza que tenía con Inocencio.

No por esto desistió el papa de su benevolencia hácia Astalli, á quien no sólo abandonó los más graves asuntos del gobierno, sino que le confió también la administracion de las propiedades de la casa Panfilio.

Afable con los embajadores, con los ministros de los príncipes y con los oficiales de la curia, escuchando con paciencia á unos y á otros, conquistó en poco tiempo el cardenal-patrono grandes simpatías, aunque no decidiera ni acordara asunto alguno de importancia sin haber obtenido

ántes la adhesion del papa, quien, para alimentar de algun modo la envidiosa ambicion de Doña Olimpia y para ahogar su resentimiento, habia autorizado á esta mujer sombría á informarse, por medio de Su Eminencia, á título consultivo, de los más graves asuntos.

Como es de suponer, esta situacion no podia ser duradera.

Se habia permitido á Doña Olimpia poner un pié en el despacho del secretario de Estado, y puso los dos; comenzó á acapararlo todo, la política, la religion, y en algunas semanas ocasionó tantos desórdenes en el palacio apostólico, que Inocencio creyó deber alejarla de la corte.

No queriendo tratar con rigor á la que ocupaba en su corazon tan preferente lugar, se limitó á decirle que se abstuviera en lo sucesivo de toda ingerencia en los asuntos públicos, espirituales ó temporales, y que no se presentara más delante de él, ni en su palacio.

Esta orden, dulcificada al día siguiente por un permiso secreto de ir algunas noches de incógnito al palacio apostólico, valió al Padre Santo unánimes aplausos, aunque estuvieran divididos los pareceres sobre los motivos que la habían provocado.

Era, sin embargo, general creencia que la desgracia inesperada de la Egeria pontificia reconocía por causa las pasquinadas que diariamente circulaban por la ciudad, y las más acerbas esparcidas en el extranjero, sobre todo en los países protestantes.

Los herejes dirigían sus sátiras contra el papa, contra Doña Olimpia y contra el gobierno papal, dando á conocer que estaban perfectamente enterados de lo que pasaba en Roma.

Un ejemplo, entre mil que pudiera citar, dará una idea de la manera como esas buenas gentes trataban al papado.

Un día presentó el cardenal-patrono á

Su Santidad un paquete de cartas anónimas de extremada violencia que acababa de recibir, y una medalla de cobre de gran módulo, en cuyo anverso se veía el grabado de Doña Olimpia, ceñida la tiara y con las llaves de San Pedro en las manos, mientras que en el reverso se representaba á Inocencio con una peluca de mujer de largas trenzas, llevando una rueca y un huso.

Esta medalla, que el cardenal Astalli presentó con viva complacencia al Santo Padre, en la persuasión de que habia de dar con ella un golpe de muerte á su rival, decidió, en opinion de muchas gentes, de la desprivanza, por desgracia muy corta, de Doña Olimpia.

El dia en que supo Su Alteza que se le habian franqueado las puertas del palacio apostólico, el descontento se hizo general en Roma, y era inminente una manifestacion contra los impuestos, contra las gabelas de toda clase que ella habia

mandado restablecer, y cuyos productos percibía.

Creyendo calmar con su presencia la efervescencia popular, salió Inocencio á echar al pueblo las bendiciones habituales; pero á la aparicion de *su feo rostro* (1) le dieron tal silba, que si no se hubiera ocultado á esta enojosa ovacion fingiendo

(1) Dos palabras para explicar la expresion «*su feo rostro*», que quizá no se comprenderia bien.

Inocencio X era tan feo, que Guido Reni, para vengarse de algunas críticas amargas que aquél le habia hecho siendo todavía cardenal, pudo representarle en la figura de Lucifer, bajo los piés de San Miguel, en su cuadro del *Santo Arcángelo*.

Cuando se le reprochó esta accion, el artista se excusó diciendo que si su dibujo se parecia al cardenal Panfilio, no era culpa suya, sino defecto de este cardenal.

Inocencio era alto y grueso; tenia la frente aplastada y rugosa, los ojos blancuzcos, la barba poco poblada, los pómulos salientes, la boca enorme, los dientes largos y amarillos, y el aspecto general repugnante.



INOCENCIO X.

Retrato auténtico segun Velázquez.

que iba á visitar el castillo de Sant-An-gelo, las cosas habrian tomado para él muy mal aspecto.

Estaba yo en Roma, y me hallaba al paso de Su Santidad, cuando tuvo lugar este incidente; por lo tanto, puedo hablar de él con pleno conocimiento de causa.

Hallábase Inocencio en compañía de los cardenales Panzirolo y Astalli; á las primeras campanadas (sabido es que hay en Roma la costumbre de tocar las campanas cuando sale el papa), la muchedumbre se precipitó sobre la carroza pontifical, que rodeó tumultuosamente gritando: «*¡Non piu puttane, non piu puttane, beatissimo Padre; ma pane, pane!*» (¡No más p..., no más p..., santísimo Padre; pan, pan!)

Conviene añadir aquí que Doña Olimpia — y no era la vez primera que esto sucedía — habia acaparado y conservaba en sus graneros una gran cantidad de grano del Estado eclesiástico, con el propósi-

to de venderlo á elevado precio cuando no hubiera cereales en los mercados y empezara á sentirse el hambre.

Ante estas reclamaciones imprevistas y brutalmente formuladas; en presencia de aquella muchedumbre exasperada que le retenia prisionero en sus rudos anillos, que sacudia las bridas de sus caballos y quitaba entre blasfemias las alabardas á sus guardias, Inocencio estuvo á punto de perder el conocimiento.

El cardenal Astalli, sacando la cabeza por la portezuela, prometió, en nombre del pontífice, un inmediato remedio contra el hambre, y dió seguridades de que aquella misma tarde se rebajaria el precio del pan, logrando al fin aplacar á las turbas, que dejaron al papa entrar en el castillo de Sant-Angelo, desde donde se dirigió á pié al Vaticano por la galería que se extiende á lo largo del arrabal de San Pedro.

Su Santidad se hallaba muy conmovi-

do cuando entró en sus habitaciones, y su emoción se aumentó más todavía al anunciársele que dos horas ántes habia sido víctima Doña Olimpia de una escena análoga en la calle de la Fuente de Trevi.

Allí, una muchedumbre de gentes del pueblo habia rodeado su carroza gritando: «*¡Daci del pane, madama Olimpia, e non fontana; daci del pane, daci del pane!*» (¡Danos pan, señora Olimpia, y no fuentes; danos pan, danos pan!)

Por fortuna no era muy grande el número de gentes que allí habia, por lo cual le fué posible escaparse y volver á su palacio, de donde no salió hasta bien entrada la noche para ir á ver á su cuñado.

No estará fuera de propósito que digamos aquí que el pueblo tenia sobrada razón en pedir pan en vez de fuentes, y que entónces no habia en Roma una sola persona sensata que no estuviese indignada de ver que miéntras el hambre diezmaba á las clases pobres, erigiese el papa en la

plaza Navona una fuente que costó más de cuarenta mil doblones de España, con el fin, no de embellecer la ciudad, sino de hacer más suntuosa la entrada del palacio de su cuñada, que ocupaba una buena parte de la plaza (1).

(1) Despues de haber comenzado la iglesia de Santa Ines y el colegio á ella unido, y de ensanchar el palacio de su familia en la plaza Navona, pensó Inocencio en adornar esta plaza con una magnífica fuente, la cual sería decorada por un obelisco antiguo que, partido en muchos pedazos, yacía por el suelo en un rincon de Roma. Segun Baldinucci, la construcción de esta fuente se sacó á concurso, quedando eliminado Bernini, que no era del agrado de Doña Olimpia.

Habiendo tenido noticias de esta injusta exclusion el príncipe Nicolas Ludovisi, amigo del gran artista y pariente del pontífice, con cuya sobrina estaba casado, dijo al punto á Bernini que hiciera un proyecto de fuente. Obedeció el artista, y terminó inmediatamente un modelo en grande, que colocó el príncipe en una sala del palacio apostólico, por la cual habia de pasar Su Santidad. Este modelo agradó al papa

Dos horas despues del *Ave María* se presentó Doña Olimpia en el palacio del papa.

al primer golpe de vista, y llamado Bernini, algunos dias despues puso la primera piedra de su fuente.

Cuando el monumento estuvo terminado, Inocencio, en compañía de su corte, fué á presenciara la inauguracion, y al ver llegar el agua, volviéndose al artista, le dijo: «*Voi con darci questa improvvisa allegrezza, ci avete accresciuto dieci anni di vita*». (Al proporcionarnos esta imprevista alegría, nos habeis dado diez años más de vida.) Y para darle un testimonio de su satisfaccion, envió á casa de su cuñada por cien escudos para los obreros que habian trabajado en la construccion de la fuente. Desde este dia, Bernini tuvo el favor de Inocencio.

No dejaremos pasar este episodio sin mencionar la historia que la mayor parte de los cronistas romanos de la época refieren sobre la fuente de la plaza Navona. Segun estos escritores, debia encargarse de este trabajo Francisco Borromini, porque el concurso no era en realidad más que una satisfaccion *pro forma* dada á los artistas y á los amigos de las artes de la ciudad eterna. Desesperado de ver que se le anteponia su odiado rival, Borromini pareció reanimarse

Inocencio, que se hallaba aún bajo la impresion del escándalo de aquel día, la

despues que hubo examinado con atencion y distintas veces el modelo de Bernini, y manifestó á todo el que le quiso oir que el agua no subiria nunca á la fuente.

Conociendo la ciencia de Borromini, creyó Bernini haber cometido una falta grave, y procuró, aunque en vano, averiguar cuál fuera ésta. Al fin ganó á la sirvienta de Borromini, ofreciéndole una buena recompensa si llegaba á saber de su señor por qué, en su opinion, no llegaria á subir el agua. Seducida la sirvienta por los doblones (¿á cuál de ellas no seduce una bolsa bien repleta?), puso manos á la obra, y comenzó á preguntar á Borromini por qué decia sin cesar que el agua no subiria á la fuente de la plaza Navona. «¡Bah! respondió su señor. Estas son cosas que tú no comprenderás nunca.»

La sirvienta no se dió por vencida, y en los dias siguientes repitió sus preguntas. Entónces Borromini, impaciente, exclamó: «¿Podrias tú respirar sin boca?—Ciertamente que no.—Pues por lo mismo no subirá nunca el agua á la fuente de la plaza Navona.» Al dia siguiente, habiendo encontrado Bernini á la sirvienta, le preguntó si habia sabido algo del

recibió con extremada frialdad, y aunque ella trató de hacer valer la influencia moral que sobre él ejercía y de recobrar el

asunto. «No señor, respondió ella; á mis habituales preguntas, sólo me ha respondido mi amo que si *yo podria respirar sin boca.*» Estas palabras fueron un rayo de luz para Bernini, indicándole su falta, que consistía en haber olvidado hacer en los conductos las ventosas necesarias para dar paso al aire.

Corregido el error y terminada la fuente, cuando llegó el dia de la inauguracion, fué Borromini á la plaza Navona, seguro de presenciar su triunfo y la humillacion de su rival.

La ansiedad era general.

De pronto caen los telones, dan la vuelta las llaves de los conductos, y el agua afluye por todos los caños. La muchedumbre prorumpió en *vivas*. Borromini quedó aterrado.

Bien pronto se apoderó de él la hipocondría, y despues de haber procurado inútilmente distraerse viajando, volvió á Roma, en donde le acometió una fuerte calentura, saltó una noche de la cama, cogió una espada, y en un acceso de delirio se atravesó el pecho, muriendo dos dias despues, el 2 de Agosto de 1667, de resultas de la herida.

terreno perdido, todo fué en vano, pues los familiares del papa oyeron á Su Santidad decirle en tono de enojo y en presencia del cardenal-patrono: «Querida cuñada, habeis oido como yo el concierto; si no nos apresuramos á evitar tales accidentes, la cosa irá mal para nosotros».

Esta prevision era tanto más fundada, cuanto que las demostraciones se renovaron los dias siguientes de una manera más amenazadora.

Entre tanto, un incidente de diversa índole vino á aumentar la desgracia de Doña Olimpia.

Cinco dias despues de los tumultos que hemos referido, llegó por la mañana al palacio apostólico un correo, que se decia enviado por los cantones católicos suizos, y que era portador de una misiva dirigida al papa, el cual correo entregó un despacho á un camarero secreto, rogándole que lo entregara al papa cuando se levantase, y so pretexto de ir á llevar otros pliegos á

algunos cardenales y príncipes, se retiró diciendo que volvería á recibir las órdenes de Su Santidad.

No se le volvió á ver más.

El camarero entregó el despacho al camarero mayor cuando éste se presentó, y el camarero mayor á su vez lo llevó al papa cuando oyó que estaba despierto.

Inocencio abrió el pliego; mas apenas echó su vista al pié de aquel documento, que no llevaba fecha ni firma, y sí sólo el siguiente pseudónimo: *Los muy obedientes servidores en el Señor, los confesores de las almas fieles*, presintió un nuevo golpe y dió orden de que buscasen inmediatamente al correo.

Hé aquí lo que decia este despacho:

«SANTÍSIMO PADRE:

»Los confesores de las curas de almas más importantes de la cristiandad, humildemente prosternados ante los santísimos

piés de Vuestra Majestad, os suplican que os digneis escuchar á los fieles que, escandalizados hasta el fondo de su alma por la deplorable ingerencia de Doña Olimpia en los asuntos del gobierno, nos asedian incessantemente con sus quejas y objeciones, sin que nos sea posible tranquilizar sus conciencias.

»No hay una sola persona, prelado ó dignatario, mujer de alto linaje ó de baja condicion, noble ó plebeyo, ciudadano ó villano, que no se confiese, ántes para descargar su responsabilidad espiritual de los rumores que circulan por todas las plazas, que para ganar la indulgencia concedida á tantas iglesias por Vuestra Santidad; y hay muchos que creen condenarse porque, habiendo oido invectivas contra Doña Olimpia y hecho coro á ellas, se figuran que *ipso facto* han insultado á la Santa Iglesia y á su jefe, Vuestra Santidad.

»Los cargos que se os hacen á vos, bea-

tísimo Padre, son poco más ó ménos los siguientes:

»Se os acusa de preferir vuestra cuñada á la Santa Iglesia, vuestra verdadera esposa; de encumbrar á un extraño en perjuicio de vuestra familia; de mostraros sordo á las quejas de los pueblos; de prestar muy fácilmente oídos á los consejos de Doña Olimpia. Añádese que ningun pontífice se ha dejado dominar nunca hasta ese punto por una mujer; que autorizais el despilfarro del tesoro de la Santísima Iglesia; y, en fin, que Vuestra Santidad ha quebrantado los preceptos del mismo Cristo, quien no consintió que la Santísima Virgen se mezclase en los asuntos de la Iglesia, mientras que vos abandonais esta misma Iglesia á una mala mujer, á una pecadora, á una avara.

»Jesucristo, dicen á su vez los teólogos, confió su rebaño á San Pedro para que lo condujese con caridad al aprisco, para que lo apacentase con amor y para

que lo guardase con celo de los males del tiempo; pero Inocencio X ha abandonado la custodia de las ovejas del Salvador á su cuñada para que las desuelle en vez de apacentarlas, para que las extravíe en vez de guiarlas: desgraciadamente la experiencia nos demuestra cada dia la justicia de estos cargos.

»Es, por otra parte, general la indignacion contra Doña Olimpia por sus desvergonzadas depredaciones, por sus violaciones impudentes de las leyes de Dios, por las vejaciones continuas que impone á los prelados, por la venta escandalosa que hace de los beneficios eclesiásticos, por los excesivos impuestos con que agobia á los pueblos, por la muchedumbre de ignorantes y de gentes corrompidas y viciosas de que ha llenado la Iglesia, por la insaciable avaricia, que la ha llevado al extremo de ocasionar el hambre en Roma para vender luégo á alto precio los granos que habia acaparado; por las persecucio-

nes á que diariamente somete á los que se niegan á rendirle pleito homenaje ó á comprar su proteccion, por la autoridad que usurpa, por su desenfrenada pasion de oro, por la plaga de gobernadores de su estofa de que ha inundado las provincias, por el estado de ruina en que ha dejado las fortalezas, desprovistas al presente de guarniciones para embolsarse ella la paga de los soldados; por los robos de vasos sagrados y de piedras preciosas que ha hecho en la sacristía de San Pedro: se quejan contra ella porque, como por arte mágica, ha hechizado el corazon de Vuestra Santidad y cerrado vuestros oidos y vuestros ojos á la miserable condicion en que se halla la Iglesia, y con la Iglesia, todo el Estado eclesiástico.

»Estas son las quejas que nos repiten los fieles en el confesonario, ántes de pensar en confiarnos sus pecados.

»Si Vuestra Santidad estuviese en nuestro puesto, si escuchase, no las con-

fesiones, sino las lamentaciones sobre los males de la Iglesia, de seguro que renunciaría al confesonario.

»Por nuestra parte, no sabiendo cómo poner remedio á tal desórden, no sabiendo cómo calmar á las almas piadosas, prosternados ante vuestros santísimos piés, imploramos vuestra ayuda y os suplicamos que alivieis los sufrimientos de nuestros hijos, con esa autoridad que dió el hijo de Dios al primer pastor y pontífice.

»Todos los cardenales hállanse dolorosamente afectados, porque creyendo haber elegido papa á un hombre de bien, se aperciben de que han entregado la Iglesia en manos de una furia del infierno.

»Antes que dejar que los fieles se hagan herejes, es preferible, beatísimo Padre, que Doña Olimpia se separe del papado.

»No decimos más sobre este asunto: hemos descargado nuestra conciencia, y esperamos de vuestro celo, hasta ahora adormecido, un remedio eficaz que tran-

quilice á las almas fieles, devuelva á Vuestra Santidad la paz de la conciencia y á la Santa Iglesia su oscurecida gloria.»

Imposible es imaginar el efecto que la lectura de esta carta produjo en el ánimo de Inocencio: si he de dar crédito á un sobrino del camarero que se la entregó, el papa lloró al leerla, y, todo conturbado, mandó que echasen las cortinas de su lecho, y que fueran sin demora en busca del correo, que, como hemos dicho, se habia puesto á salvo inmediatamente, no habiéndose oido hablar más de él.

Muy maravillada quedó la corte de esta aventura, que al punto fué objeto de todas las conversaciones, á pesar de las precauciones que se tomaron para impedir que se divulgara.

Unos creyeron que el tiro partia de tres cardenales de los más doctos del sacro colegio (cuyos nombres callaré por respetos); otros, que venía de la misma familia de Su Santidad, de los yernos de Doña

Olimpia, que cansados de ver á esta mujer dominar despóticamente al pontífice, y desesperando de obtener las gracias que ambicionaban, habian creido que la caida de su ilustre parienta les pondria en privanza en el Vaticano: en breve, las conjeturas tomaron asombroso vuelo.

De cualquier manera que sea, Inocencio quedó todo el dia en cama, repasando y leyendo la carta, que no quiso enseñar ni al cardenal Astalli ni á Doña Olimpia.

Habiéndose presentado ésta aquella noche á la audiencia, fué recibida con tal frialdad, que al salir de la cámara pontificia, corrió á interrogar al cardenal-patrono, quien, no sabiendo más que ella, nada le pudo decir.

Dudando de su sinceridad, Doña Olimpia prorumpió contra él en injurias y en amenazas tan virulentas, que Su Eminencia creyó deber quejarse al papa, y al dia siguiente recibió aquella ambiciosa mujer, con una enérgica reprension, la orden for-

mal de no ocuparse en los asuntos de la Iglesia (1).

(1) Hacia esta época, 1.º de Febrero de 1650, publicó Inocencio su constitucion, que prohibia, bajo pena de excomunion, tomar tabaco rapé en la basílica del Vaticano, porque esto hacía estornudar y turbaba la majestad del templo. Esta constitucion, que estuvo en vigor setenta y cinco años, hasta que el papa Benedicto XIII, gran tomador de rapé, la abolió el 16 de Enero de 1715, fué mal recibida desde su promulgacion. Asegúrase que el tabaco habia sido importado de Portugal en Italia, en 1565, por el cardenal Prospero de Santa Croce, lo que fué causa de que se le llamara primero yerba *santa croce*, ó simplemente yerba *santa*.

Los boticarios la llamaban *cristerium nasi*, denominacion que probablemente no conoció Molière.

Cuando se generalizó el uso de ella, muchos prelados y cardenales escribieron en su favor ó para defenderla, pretendiendo que era un excelente remedio contra la lubricidad, y que tomada con moderacion, no solamente era útil, sino necesaria á los sacerdotes, á los monjes y á todos los religiosos obligados á hacer una vida casta y á refrenar los apetitos sensuales que les turbaban.

Otra carta que cayó casualmente en manos de Su Santidad, vino á aumentar la impresion producida por la anterior: me refiero á la siguiente carta que un señor napolitano habia escrito á monseñor el sacristan (un padre agustino), en respuesta á una invitacion de éste de que viniera á Roma con motivo del año santo:

«REVERENDÍSIMO PADRE:

»No podia vuestra muy reverenda paternidad mostrarnos su afecto de mejor manera que lo hace, aunque á decir verdad, su generoso ofrecimiento no haya decidido un viaje que tenia ya resuelto desde ha-

Estas flores retóricas no convencieron á Inocencio X, que no sentia personalmente la necesidad de aplacar sus sentidos, y fué condenado el uso del tabaco.

En nuestra novela titulada *Mehemet el fumador y Mahmoud el borracho* hemos hablado extensamente de la famosa planta americana.

cía algun tiempo. Estoy á punto de ponerme en marcha; lo que espero tendrá lugar, con la gracia del Señor, en el mes de Abril próximo; pero permitidme que pregunte á vuestra paternidad: ¿qué año santo será éste? La mayor parte de las gentes á quienes yo veo marchar á Roma, hacen su viaje á la ciudad eterna, más que por devocion y por ganar las indulgencias, para conocer á Doña Olimpia, de la cual se habla sin cesar en todas partes.

»Por lo que á mí hace, tengo—alabado sea el cielo—bien diferentes intenciones; pero, lo confieso, no me hallo de todo punto exento de la general curiosidad, y veré con gusto por mis propios ojos si es cierto lo que por aquí se dice de esa mujer. ¿Está el papa en Roma? Porque de él se habla poco en Nápoles. En cambio se está hablando siempre de Doña Olimpia, y se dice generalmente que es otro pontífice. Pero suspenderé estos juicios, porque no es conveniente murmurar durante el año

santo. Que Dios haga prosperar á vuestra reverendísima paternidad, segun mi deseo y sus méritos.

»Vuestro muy humilde servidor,

IGNACIO GIRSI.»

El sacristan habia guardado esta carta en su bolsillo; una mañana, hallándose en la capilla pontificia miéntras el papa oia misa, y habiendo ido á sacar no sé qué cosa de aquel bolsillo, cayó la carta, sin que se apercibiera de ello, contra el reclinatorio de Su Santidad, quien habiéndola visto, rogó en voz baja á su mayordomo que la recogiera y se la diese.

El sacristan vió el movimiento, pero era ya tarde.

Terminado el oficio, cuando hubo leído Inocencio la carta, envió á buscar al sacristan, quien se presentó todo temblando.

No queriendo asustarle, Su Santidad se contentó con interrogarle con calma sobre

la cualidad de la persona que firmaba la carta, y con reprenderle severamente por su imprudencia en conservar y llevar encima un escrito tan injurioso para la autoridad pontificia.

Si se considera que la carta en cuestion pudo caer en malas manos y servir de alimento á las hablillas de la corte, se convendrá en que el imprudente prelado merecia una leccion más severa.

El papa rompió la carta, é intimó al sacristan que no revelara á nadie aquella aventura; pero guardó rencor á su cuñada, á la que resolvió alejar del palacio apostólico, para quitar á los descontentos todo motivo de murmuracion.

VII

Se habia entrado en el año santo, que se celebra cada veinticinco (1).

En esta ocasion deseaba Doña Olimpia que estuviesen terminados su palacio y la fuente de que he hablado ántes, y que sus habitaciones estuviesen decoradas con los

(1) El décimocuarto *anno santo*, celebrado en 1650. A pesar de la guerra entre España y Francia, la afluencia no fué menor que en los años anteriores.

Entre los peregrinos se contaron muchos príncipes y princesas de casas soberanas.

La muchedumbre de extranjeros, y el temor de que llegaran á faltar los víveres, obligaron al papa á reducir á dos el número de visitas á las basílicas, con lo cual los peregrinos estuvieron ménos tiempo en Roma.

muebles más suntuosos y raros que hubiera, á fin de deslumbrar con su magnificencia á los fieles de todas las naciones del mundo que en aquella época afluían á las márgenes del Tíber.

A pesar de lo que hemos referido más arriba, Doña Olimpia trató de obtener de su cuñado que impusiera en beneficio suyo una contribucion sobre algunas localidades y monasterios, so pretexto de consagrar el producto á hacer limosnas, que nuestra heroína se encargaria de repartir entre los pobres peregrinos; exigencia á que se negó Inocencio, sospechando alguna nueva especulacion.

Sin embargo, deseoso de borrar, en

Los escritores eclesiásticos enumeran los siguientes resultados de este jubileo: seis judíos, un mahometano y tres hugonotes convertidos al catolicismo.

Esto es muy poco si se tiene en cuenta que desde hacía siglos existía en Roma una caja de conversiones, y que se ofrecía quinientas libras á todo infiel que se dejase bautizar.

cuanto fuera posible, la mala opinion que los romanos tenian de su cuñada, y queriendo que ésta tuviese al ménos las apariencias de una mujer caritativa durante el jubileo, le mandó cien mil escudos y una buena cantidad de provisiones para que los repartiese.

Todo lo cual fué aceptado con diligencia por Doña Olimpia, que se guardó bien de distribuirlo en obras de caridad, pues uno de sus oficiales me confió más tarde que todas las limosnas que dió durante el año santo no pasaban de mil escudos romanos.

Era por extremo curioso oír á los extranjeros, durante aquella solemnidad religiosa, solicitar, apénas se quitaban las botas de viaje, ver á Doña Olimpia.

Cualquiera hubiera podido imaginarse que se ganaba indulgencias contemplando el rostro de la cuñada del pontífice, y no visitando las basílicas.

Muchísimas personas buscaban aloja-

miento en los alrededores del palacio Panfilio, siendo éste un furor increíble á través del cual se advertían ménos propósitos edificantes que epigramas de ortodoxia dudosa.

Un dia se apoderaron los esbirros de un bolones que, interrogado en la calle por uno de sus camaradas sobre lo que pensaba acerca del año santo del papa, respondió que ignoraba cuál era el año santo de Inocencio, pero que ya veía lo que era el de Doña Olimpia.

Oidos por un espía y conducidos á presencia del inquisidor, estas palabras fueron causa del arresto del bolones, quien no salió de la cárcel hasta que hubo sufrido una detencion y correccion rigurosas. Este acto inicuo modificó muy poco el franco lenguaje de los peregrinos, de cuyas conversaciones continuó siendo Doña Olimpia el principal objeto.

En Roma, en las plazas y en las calles, y fuera de Roma, en los caminos, tanto

al ir como al venir, se referían sus hechos y se solicitaban noticias sobre ella.

Las avenidas de su palacio estaban invadidas desde por la mañana hasta la noche por una muchedumbre compacta que pretendía verla, ya cuando salía, ya cuando entraba, ya cuando se asomaba al balcón, lo que acontecía con frecuencia, pues mucho mayor deseo tenía ella de presentarse á los extranjeros, que impaciencia éstos de verla.

A las veces pretextaba una visita á los hospitales con el solo objeto de hacer público alarde de piedad y devoción, no dejando escapar ocasion alguna, por pequeña que fuera, de deslumbrar la vista de los bobos.

Recuerdo ahora una curiosa anécdota: un día, estando el papa con el cardenal Spada en una de las ventanas del Vaticano que dan á la plaza de San Pedro, y viendo pasar una larga fila de peregrinas, dijo á Su Eminencia:

—He presenciado dos años santos, y no tengo memoria de tan gran concurrencia de mujeres.

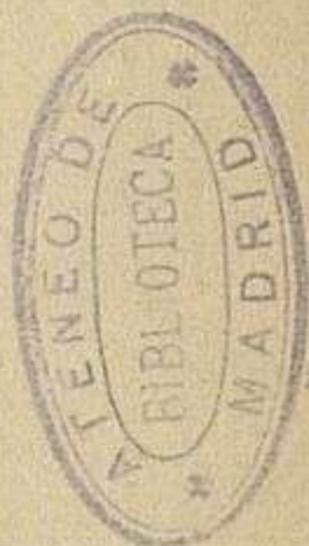
—Beatísimo Padre, —contestó el cardenal, muy satisfecho de que se le presentara aquella ocasión, — las mujeres son más curiosas que los hombres, y eso es lo que explica que estén aquí en mayor número que los últimos. No es el jubileo lo que las ha traído, sino el afán de ver á Doña Olimpia.

—En ese caso, —respondió secamente Inocencio, —son muy pocas las gentes que vienen ahora á Roma para el año santo.

Y despidió á Su Eminencia.

Habiendo entrado en su gabinete, le entregó un camarero de parte de su cuñada una carta que no quiso leer y que tiró en un rincón, murmurando: «Doña Olimpia nos calienta la cabeza con sus pláticas y sus cartas».

Habiéndose esparcido el rumor de este acceso de cólera, se creyó que era conse-



cuencia de la reflexion del cardenal Spada; pero la verdad es que Inocencio, excitado, turbado por todo lo que oia y sabía, y puesto entre los deberes de su dignidad y los arrebatos de su cariño, ora pretendia disculpar á su cuñada, ora tomaba la resolucion de arrojarla de su lado, y perpetuamente indeciso, se dejaba arrastrar con frecuencia á una febril irritacion.

Su mal humor tuvo en este tiempo otro motivo para exaltarse con una noticia que de Inglaterra trajeron los peregrinos, y era que se estaba representando en Londres, delante de Cromwell, una comedia titulada: *The marriage of the pope*; lo que en nuestra lengua significa: *El matrimonio del papa*.

Entre los pasajes escandalosos de la obra habia una escena en que el papa proponia á Doña Olimpia casarse con ella, y ésta contestaba que no, so pretexto de que no le convenia casarse con un hombre tan feo y repugnante.

Para vencer su repugnancia, Inocencio le ofrece una llave, que ella rechaza con desden.

Arrastrado por su pasion, le entrega las dos llaves, que al fin acepta.

Añadiré que en el momento en que él le presentaba la primera llave, le pregunta Doña Olimpia si aquélla era la del infierno ó la del paraíso, y habiendo contestado que la del paraíso, le dice ella: «Pues en ese caso, dame la otra, porque yo no quiero que cuando estés separado de mí, mandes á los diablos que me lleven al infierno».

Entónces fué cuando Inocencio le entregó las dos llaves.

Habiéndose celebrado las nupcias, concluye la comedia por un baile de frailes y de monjas, que dan á conocer, por una viva y animada pantomima, su deseo de casarse tambien.

Como una mala noticia rara vez viene sola, súpose al mismo tiempo que el em-

perador habia apostrofado en Viena al nuncio monseñor Melzi, de un modo nada lisonjero para el pontífice.

Quejándose á este prelado de la conducta de Su Santidad en las negociaciones de la paz de Munster, el emperador dijo por último á Su Excelencia en muy correcto italiano: «Mi querido señor, el papa está admirablemente, pues Doña Olimpia le mece la cabeza para que se duerma».

Habiendo vuelto á Roma, y teniendo necesidad de referir lo que le habia dicho el emperador cuando con él habia hablado de los asuntos de política exterior de los Estados pontificios, monseñor Melzi contó las anteriores frases, que hirieron vivamente á Su Santidad (1).

(1) La paz de Munster fué complementaria de lo que se ha llamado el *tratado de Westfalia*. Este tratado se componia de dos convenciones: una entre el emperador de Alemania y el rey de Suecia, firmada

Todas estas cosas y otras muchas más hicieron inevitable una crisis peligrosa para la cuñada del pontífice, crisis que el cardenal Panzirolo preparó á su vez con singular tenacidad.

en Osnabrück el 6 de Agosto de 1648, y otra entre el emperador de Alemania Fernando III, el rey de Francia Luis XIV, la Suiza y los príncipes alemanes, firmada en Munster el 24 de Octubre de 1648. El tratado de Westfalia puso término á la guerra de Treinta años, y fué, hasta 1806, la base orgánica del imperio aleman. Por él obtuvieron los luteranos y los calvinistas casi todo lo que tan enérgicamente habian reivindicado despues del rompimiento de la paz de Passau y de Augsbourg; por cuya razon le atacó con tanto encarnizamiento la curia romana. Monseñor Fabio Chigi, papa luégo con el nombre de Alejandro VII, el cual habia sido enviado en calidad de nuncio extraordinario en Munster, al principio de las negociaciones de paz, protestó en nombre de la Santa Sede contra el tratado de Westfalia, é Inocencio renovó personalmente, aunque sin éxito, poco tiempo despues, la protesta de su representante. Ya en esta época los rayos del papado tenian poca fuerza.

Sábese que Doña Olimpia le habia declarado una encarnizada guerra desde el siguiente dia de la creacion del cardenal-patrono.

El por su parte supo aprovecharse tan admirablemente de todas las ocasiones que se le ofrecian de acabar de desacreditar á su enemiga, que Inocencio, muy enojado ya por los rumores que llegaban á sus oidos, creyó en fin necesario prohibir á esta mujer funesta la entrada en el palacio apostólico.

Muchas versiones corrieron sobre la causa de esta desgracia, de la que cada uno creia tener la explicacion.

Yo mismo oí á algunas personas, por lo comun bien informadas, asegurar que á ella habia contribuido poderosamente cierto embajador regio, con sus atrevidas salidas en las audiencias que obtenia de Su Santidad; que un dia, habiéndole negado Inocencio no sé qué favor, se habia atrevido á decirle en tono de broma: «Lo

que Vuestra Santidad se niega á hacer por mi rey, lo hará quizá por Doña Olimpia, á quien en este momento voy á exponer mi solicitud».

Aunque pronunciadas en tono festivo, estas palabras hirieron profundamente al papa, quien se limitó á responder con aire severo: «Que el mundo entero ni Doña Olimpia no le harian desviarse del camino de lo justo y de lo honesto». Pero despues de la salida del embajador, Su Santidad, dando una puñada sobre la mesa de su despacho, exclamó bastante alto para que le oyeran sus camareros: «¡Malditas sean las mujeres, y malditos todos los que nos las han presentado!»

De esta manera era honrada la autoridad pontificia en la persona de Inocencio.

Los príncipes protestantes se burlaban á cual más de esta autoridad, y los católicos no dejaban tampoco de permitirse sus chanzas y risas; hubo, sin embargo, algunos de éstos que derramaron lágrimas

al contemplar la deshonra y envilecimiento de la Iglesia.

¿Y cómo no habian de llorar, si veian que mandaban sus embajadores, no al vicario de Cristo, sino á Doña Olimpia, y que éstos habian de presentarse, no en la corte apostólica, sino en el palacio de la favorita del papa?

Un príncipe, soberano de un gran Estado, al enviar á Roma un ministro plenipotenciario, le dijo como última recomendacion: «Si nuestra influencia es insuficiente para obtener de Su Santidad lo que deseamos, dirigios á Doña Olimpia, y alcanzad de ella con nuestro dinero lo que no hayais podido conseguir de Inocencio con nuestro nombre».

No olvidó el plenipotenciario estas instrucciones, pues he sabido por su primer ayuda de cámara que, para conseguir el objeto de su mision, llevó á Doña Olimpia gruesas cantidades de dinero.

El cardenal Astalli repitió muchas ve-

ces, cuando hubo caído de la privanza, que no se decia cosa alguna contra Doña Olimpia en las cortes de Europa, sin que al punto se tuviera conocimiento de ello en la curia romana, y que si bien Inocencio afectaba comunmente indiferencia, se echaba bien de ver cuán sensible era á aquellos rumores.

Habiendo oido una mañana (y no citaré más que este ejemplo) que un ministro calvinista habia predicado en Ginebra un sermón cuyo asunto era Doña Olimpia, se irritó hasta tal extremo, que durante dos dias no quiso tomar alimento alguno, ni dirigir la palabra á sus más íntimos familiares.

La noticia de este sermón llegó á él de una manera bien extraña.

El nuncio en Paris habia enviado á su secretario á Roma para que despachase con Su Santidad algunos asuntos delicados que no podian tratarse por cartas.

Al terminar su primera audiencia, y

cuando iba á retirarse, le preguntó el papa por su viaje y por el camino que habia seguido para llegar á Roma.

—Santísimo Padre,—respondió el secretario,—he pasado de incógnito por Suiza, por Ginebra.

—¡Ah! ¿Y qué se dice de nosotros en aquella ciudad rebelde?

—De parte de los enemigos no se puede esperar nada bueno, beatísimo Padre.

—Veamos, pues...

—Santísimo Padre,—dijo no sin vacilar el secretario,—sólo me he detenido en Ginebra un dia, y allí he encontrado un motivo de afliccion. Arrastrado por la curiosidad de ver las funciones religiosas de aquel pueblo, rogué á mi hostelero que me condujese á un templo á la hora del sermon. El ministro, segun pude saber más tarde, era natural de Luca, de la noble familia Diodati; hablaba con mucha elocuencia, y hubiera jurado yo que se habia apercebido de mi presencia, porque

su sermón versó sobre estas palabras que San Pablo escribió á Timoteo: *Mulieri docere non permittit, neque dominare in viro*, de donde sacó una diatriba llena de injurias contra la santa Iglesia que, decia, se deja dominar por una mujer.

—Está bien, —exclamó el pontífice, que no quiso oír más.

Segun el cardenal Astalli, esta narración impresionó de tal manera á Inocencio, que fué bastante para precipitar la desgracia de Doña Olimpia.

Sin embargo, en opinion de los que examinaron de cerca las causas de aquella desprivanza, era evidente que Su Santidad habia resuelto tomar medidas coercitivas contra su cuñada, ménos por animosidad que por exceso de cariño, es decir, para poner término á aquellas incessantes murmuraciones del público que le desgarraban el corazón.

Y prueba de ello es que la noche que precedió á su caída oficial, conversó Doña

Olimpia durante más de cuatro horas con Inocencio, quien le aseguró que su apartamiento no duraría más que un tiempo muy limitado, todo lo más lo que tardarían en acallarse las murmuraciones de las malas lenguas, como en efecto sucedió.

Acontecía en el caso presente como á esas madres que amenazan á sus hijos al propio tiempo que los estrechan entre sus brazos.

El pontífice ordenó en fin en alta voz á su cuñada que no se presentara más en su palacio bajo pretexto alguno, teniendo buen cuidado de repetirle en secreto que la autorizaba para venir á verle con frecuencia, como se habia estipulado entre ellos (1).

(1) A propósito de esta falsa desprivanza, véase lo que leemos en las *Memorias del cardenal de Retz*, libro IV:

«Ya habeis visto en el segundo tomo de esta historia que yo habia enviado á Roma al abate Charier, quien halló de todo punto cambiado el aspecto de

Por hábil que pareciera á Su Santidad esta solucion, no produjo el apetecido resultado.

Bien pronto se supo que Doña Olimpia salia por la noche para ir misteriosamente á casa de su cuñado; se decia que el papa, al hacerse viejo, habia llegado á ser celoso, que no queria ya que miradas profanas

aquella corte, por la retirada más bien que por la desprivanza de la Señora Olimpia, cuñada del † papa Inocencio, quien se habia afectado por la especie de reprension que el emperador, á instigacion de los jesuitas, le habia dirigido por conducto de su nuncio en Viena. No veia ya á la Señora, y entretenia el cruel enojo que siempre se observaba en él conversando frecuentemente con la princesa de Rossano, mujer de su sobrino, la que si bien era muy espiritual, carecia del genio de la Señora; pero en cambio era mucho más jóven y más hermosa que ella. Alcanzó ésta una gran influencia sobre el ánimo del papa, hasta el punto de que Doña Olimpia llegó á tener terribles celos, que, dando aún nuevos recursos á su talento, bastante claro y penetrante ya, le hicieron por fin encontrar el medio de desprivar á su nuera cerca del

encontrasen á su muy amada, que sólo se habia decidido á alejar oficialmente á ésta para poseerla más á su placer, que Doña Olimpia habia conservado la alta direccion de los asuntos públicos, y, en fin, que su pretendida desgracia era una pura pasquinada.

papa, y volver ella otra vez á su antiguo favoritismo. Mi nombramiento cayó justamente en el tiempo en que estaba en todo su auge la privanza de la princesa de Rossano, y pareció en esta ocasion que la fortuna quiso reparar la pérdida que yo habia hecho en la persona de Panzirolo, siendo éste el único pasaje de mi vida en que yo la he encontrado favorable. Os he dicho, por otra parte, las razones que me movian á creer que pudiera serme propicia la princesa de Rossano, sin comparacion mucho más que la Señora Olimpia, *que no hacía nada sino á fuerza de dinero*, y ya comprendereis que no habria sido fácil que me resolviera á darlo por un capelo...»

Habiendo sido creado cardenal Juan-Francisco-Pablo de Gondi en Febrero de 1652, tenemos por este dato la fecha exacta de la retirada momentánea de Doña Olimpia.

Muy difícil habria sido á Inocencio probar lo contrario.

Entónces fué cuando Su Santidad llamó á su sobrino D. Camilo y á la princesa su mujer, despues de tres años de destierro.

Este acto fué generalmente bien recibido, sobre todo por lo concerniente á la princesa, á quien, como ya sabemos, amaban poco Doña Olimpia y el papa, y á la que su marido no hacía muy feliz.

VIII

Miéntras tanto, el cardenal Astalli disfrutaba solo de las prerogativas que por derecho de sangre pertenecian á los otros sobrinos del pontífice.

Aleccionado por la experiencia y aconsejado por el cardenal Pancirolo, no abusaba de su fortuna y se conducia con prudencia, no habiendo sufrido hasta entónces más que una reprension de Inocencio, y esta reprension fué por ser demasiado moderado en sus exigencias.

El favor de que gozaba en el Vaticano excitaba, como era natural, la envidia de los parientes del papa, y, sin embargo, éstos preparaban sus intrigas más contra su protector el cardenal Panzirolo que

contra él, seguros de que, derribado el uno, no tardaría en caer el otro.

Con este fin, tenían frecuentes conciliábulos en casa de Doña Olimpia; aunque sus cábalas, con bastante habilidad dirigidas, tuvieran rara vez buena suerte.

El cardenal Panzirolo oponía á la borrasca una calma y una firmeza excepcionales; pero desgraciadamente, lo que no pudo hacer la inquina de toda la familia papal reunida, lo hizo la muerte.

Su Eminencia, aquejado hacía muchos años por una peligrosa enfermedad, murió cuando ménos se esperaba.

Tal fué la satisfaccion de Doña Olimpia por este suceso, que el mismo dia salió á la calle para dar público testimonio de su alegría, y se dejó decir con aire de triunfo al que primero le llevó la fúnebre noticia: «Él ha muerto y yo vivo» (1).

(1) Giacompo Pancirolo ó Panzirolo, nacido en Roma, era hijo de un sastre que contaba en su clientela

El papa pareció afectado por esta pérdida cuando el cuerpo diplomático fué á hacerle las visitas de pésame; pero quien más la sintió fué el cardenal-patrono, que quedaba ya aislado y sin defensa contra los intrigantes de la familia Panfilio.

Al dia siguiente del en que murió el antiguo amigo de Inocencio, celebró consejo aquella camarilla, y, á propuesta de Doña Olimpia, decidió aplazar el ataque

algunos prelados de la corte. Habiéndose ordenado, se dedicó con provecho al estudio del derecho canónico, y se adhirió á Inocencio X cuando éste no era más que auditor de la Rota. Habiendo llegado á ser á su vez auditor de la Rota, no tardó en ser nombrado nuncio en España y despues patriarca de Constantinopla. El 13 de Julio de 1643, el papa Urbano VIII le nombró cardenal.

Fué uno de los principales instrumentos para que ciñera la tiara su amigo el cardenal Panfilio, quien en reconocimiento le nombró secretario de Estado y depositó en él toda su confianza.

Gigli cita esta pasquinada que circuló sobre Pan-

contra Astalli para cuando se hubiera calmado el dolor de Su Santidad, y el recuerdo del difunto no protegiera ya al que sobrevivía.

Por otra parte, aseguró Doña Olimpia que ella utilizaria este corto período para rebajar á los ojos de Inocencio la memoria del cardenal Pancirolo, lo que hizo en efecto con tal suerte, que quince dias despues de la muerte de Su Eminencia, el

zirolo, cuando entró en Roma, el 15 de Agosto de 1644, para tomar parte en el cónclave:

*E' giunto il figlio di maestro Virgilio
Per voler papa il cardinal Panfilio.*

(El hijo del maestro Virgilio—así se llamaba su padre—ha llegado para hacer papa al cardenal Panfilio.)

En memoria de su nacimiento, puso en su escudo un pedazo de tela.

El cardenal Panzirolo murió, despues de una larga enfermedad, en 1651, á la edad de sesenta y seis años, dejando una reputacion equívoca.

Poco amado, pronto fué olvidado.

papa repetía, moviendo la cabeza, á los diplomáticos que le ponderaban los méritos del difunto: «Me he apercibido demasiado tarde de que el cardenal Pancirolo me engañaba».

En estas palabras está todo entero el carácter versátil de Inocencio (1).

(1) Inocencio tenía también á las veces movimientos un poco vivos, si tenemos en cuenta la siguiente anécdota contada por Gigli, con la fecha de Febrero de 1654:

«Para que se conozca la manera de obrar de Inocencio, que acariciaba á las personas y las despedía luego con su habitual extravagancia, referiré lo que le pasó por esta época con su sobrino Juan Bautista, niño de seis ó siete años, hijo de D. Camilo.

Habiendo ido este niño á palacio, el papa le preguntó, entre otras cosas, cuánto tiempo hacía que no había visto las obras de Santa Ines, iglesia que Doña Olimpia é Inocencio hacían construir en la plaza Navona.

—Las he visto últimamente, pero si no os dais prisa en su prosecucion, no las vereis terminadas.

—¿Quién te lo ha dicho?—le preguntó el papa.

Muerto el cardenal Panzirolo, Doña Olimpia se presentó con más frecuencia en el palacio apostólico, aplicándose á recobrar el poder supremo, objeto de su codicia, en tanto que los príncipes Panfilio, Ludovisi y Giustiniani, sus parientes y aliados, buscaban á su vez reconciliacion con el papa y obtener de nuevo su favor.

Quejábase la princesa de Rossano de que su marido no fuese tratado con más consideracion que estos dos últimos, alegando que para ello tenia singulares derechos, pues era el único que llevaba en sus venas la sangre de los Panfilios.

Como el pequeño guardase silencio á esta pregunta, Inocencio le cogió de la mano, le llevó á su cámara, abrió un armario, le dió diferentes objetos preciosos para animarle á hablar, y le preguntó de nuevo que quién le habia dicho que no veria él terminada la iglesia de Santa Ines.

Persistiendo el niño en su silencio, el papa le dió una gritería magistral, le envió á su casa, y durante más de tres meses no quiso verle.»

Parece que estas quejas no eran seriamente fundadas, pues aunque el Santo Padre manifestase ostensiblemente igual afecto á todos sus sobrinos, en el fondo tenia marcadas preferencias por el primero, y cuando se trataba de la colacion de algun beneficio á su familia, decia al cardenal-patrono: «Dad la carne á D. Camilo y dejad la piel para los otros».

Habiendo quedado vacante uno de estos beneficios, el cardenal Astalli preguntó al papa á quién lo habia de dar, si al príncipe Panfilio ó á Ludovisi. «¿No sabeis—se limitó á contestar Su Santidad—que la camisa toca más al cuerpo que el jubon?» (*¿Non sapete che la camiscia tocca più del giubbone?*) (1).

(1) Expresion de la época que significa: la piel está más cerca de la carne que la camisa.— Se interesa más por sus parientes que por sus amigos; por sus consanguíneos más que por sus primos en tercero ó cuarto grado.

Otra vez respondió á Su Eminencia, que le preguntaba familiarmente cuál de los tres sobrinos le era más querido: «Queremos al príncipe Giustiniani por consideracion á su mujer, á Ludovisi porque es un buen príncipe, y al de Panfilio porque es de nuestra sangre».

Frecuentemente ofrecia á su cuñada devolverle el poder, con tal que restituyera al tesoro pontificio una parte de las riquezas que habia atesorado por medio de concusiones.

La razon que movia á Inocencio á hacer esta proposicion á Doña Olimpia, era que esta última tenia una tendencia marcada á mejorar á sus hijas, cosa contraria á los intereses de la casa Panfilio.

No queriendo oponerse abiertamente á su cuñado, asegurábale Doña Olimpia que se conformaria de buen grado con sus deseos; mas no por esto dejaba de favorecer preferentemente y de una manera desproporcionada la fortuna de sus hijas y de sus

sobrinos, en daño de la de su hijo, lo que confirmó el público con la opinion de que la desgracia y el destierro de D. Camilo eran más bien efecto de la aversion de su madre, que del enojo y mala voluntad del papa.

En cuanto á la princesa de Rossano, se condujo con su suegra con tanta prudencia como habilidad, sin que por esto consiguiera ganar aquel corazon, que le era abiertamente hostil.

Llegó por fin el momento en que Inocencio, no pudiendo resistir más, expresó su voluntad de llamar definitivamente cerca de sí á Doña Olimpia, á quien no cesaba de calificar de «mujer muy hábil y prudente», y á la cual elogiaba de continuo.

Esto estaba previsto.

En efecto, poco tiempo despues, esta mujer astuta recobró la arrogancia de otras veces, se presentó en el Vaticano por mañana y tarde, reinó de nuevo en la corte,

anuló á su rival el cardenal Astalli, y volvió á ser señora absoluta del pontífice, que envejecia de una manera sorprendente.

Inocencio no tenia otra enfermedad que los muchos años y la gota; pero esto era lo muy necesario para ir pronto al otro mundo, tanto más, cuanto que detestaba instintivamente á los médicos y sentia una verdadera repugnancia en demandar sus auxilios.

Al principio de su reinado se negó á que los médicos asistiesen á sus comidas, segun la costumbre y las reglas del ceremonial, y á instancias de su cuñada, que le manifestó que aquellos doctores eran un fausto, una decoracion de la que no debia privarse, como no se habian privado sus predecesores, consintió en tolerarlos.

No olvidó este señalado servicio el primer médico, y cuando el Santo Padre comenzó á sentir el peso de los años, le recomendó, por indicacion de Doña Olimpia, que descansara, que no se ocupase en



los asuntos, y que evitara cuidadosamente toda preocupacion, si queria conservar su salud.

¡Cosa notable! Inocencio siguió puntualmente el consejo, y descargó al punto sobre su cuñada y sobre el cardenal-patrono todos los cuidados del gobernar.

Entónces reaparecieron con toda su fuerza los desordenados apetitos de Doña Olimpia.

Esta deplorable mujer llevó su ambicion hasta el punto de exigir que las congregaciones se reunieran en su casa ántes de celebrarse en el palacio apostólico, y fué tanta su pasion de atesorar, que parecia que las riquezas del Estado no bastaban á satisfacerla.

Buscaba ménos los bienes raíces que el oro y la plata, ya acuñados, ya en lingotes ó en objetos de lujo, acordándose sin duda de que los Barberini, aunque perseguidos y despojados de sus tierras, de sus castillos y de sus palacios, habian queda-

do muy opulentos, gracias á la gran cantidad de oro que habian reunido.

Su ejemplo la estimulaba á amontonar tesoros trasportables, pues en presencia de la animadversion universal que inspiraba su conducta, no podia hacerse ilusiones sobre la suerte que le reservaria el sucesor de su cuñado (1).

(1) Miétras vivió su pariente Urbano VIII, los Barberini usaron y abusaron del poder; mas cuando el anciano pontífice hubo pasado *fra i più*, debieron cambiar de fortuna y ceder el puesto á Doña Olimpia. Segun Muratori, en ningun tiempo ha dado lugar el nepotismo á clamores más generales, y Dios sabe cuánto ha habido siempre en Roma en daño de la cristiandad. La renta anual de los Barberini estaba evaluada en cuatrocientos mil escudos romanos, más de dos millones de francos (en capital, ochenta millones, valor actual), sin contar sus riquezas improductivas, tales como castillos, palacios, granjas y galerias, cuyo aprecio habria sido difícil. Tan grande habia sido el escándalo de su administracion, tan irritantes sus prevaricaciones, que no pudieron resistir al clamoreo que un momento se levantó con-

Por obra suya, las cárceles estaban atestadas de inocentes, y la ciudad llena de culpables.

tra ellos, en el cual tomaron parte los españoles, sus enemigos, apoyados por Inocencio X. Tuvieron que expatriarse, siendo el primero que dió la señal de la fuga el cardenal Antonio Juniore, que era el más antipático al nuevo papa.

El 27 de Setiembre de 1645, este cardenal, pretextando una excursion á Monte-Rotondo, feudo de los Barberini, mandó á este punto á sus domésticos, so pretexto de hacer que le prepararan hospedaje, y disfrazado de hombre del pueblo, se dirigió entre tanto hácia el mar en compañía de un servidor de confianza, y se embarcó en un bergantin que le esperaba en un punto convenido de la costa romana. Combatido por la tempestad, el barco hubo de arribar á Liorna, en donde Su Eminencia pasó cuarenta y ocho horas, vestido de marinero, y expuesto á terribles trances. Por último, pudo llegar á Génova, y de allí se trasladó á Paris, en donde su amigo Mazarino le dió cariñosa acogida.

A la noticia de su fuga, Inocencio mandó que le embargaran los bienes, distribuyó sus cargos entre otros cardenales, hizo examinar los libros de su ad-

Se encarcelaba á los primeros para obligarlos á entregar dinero, y se dejaba á los

ministracion fiscal, y expidió un breve en el que amenazaba á Su Eminencia con la pérdida del capelo si no volvía á Roma en un plazo de seis meses.

Habiendo tomado cartas en el asunto la reina Ana, el Parlamento de Paris y Mazarino, consintió el Santo Padre en retirar su amenaza; mas no por eso dejó de perseguir á los Barberini, pues al año siguiente, el cardenal Francesco y D. Tadeo con su hijo tuvieron que ir á juntarse en Francia con su hermano el cardenal Antonio.

Estos habian hecho trasportar poco á poco sus mejores objetos á buques que tenian de antemano fletados, y á mediados de Enero de 1646 se embarcaron secretamente.

Habiendo sobrevenido una gran tempestad, se fué á pique uno de los barcos, sepultando en el fondo del Mediterráneo una considerable cantidad de plata, de joyas, de cuadros y de otros objetos de un gran valor.

Inocencio se mostró más irritado de esta segunda huida que de la precedente; pero como los Barberini habian sabido ganarse el apoyo de la corte de Francia, y ésta hablaba con energía en favor de ellos, las

segundos en libertad, porque ya habian pagado el precio de su rescate.

Este ejemplo, entre mil que pudiera citar, dará una idea de la moralidad de la administracion de justicia en esta época.

Indignado un caballero romano de los escándalos que presenciaba, juró que la arpía pontificia no meteria las garras en su bolsillo, y para evitar el caer en sus manos, impidió que tomara las órdenes

cosas no pasaron de ahí. Con el tiempo disminuyeron las quejas acumuladas contra ellos; fueron abandonados los procesos que se les habia formado, y pudieron esperar tranquilamente la época de su regreso.

Dice nuestro manuscrito que, á pesar de la confiscacion de sus rentas y de la pérdida del precitado barco, llevaron al extranjero un tren de príncipes con el dinero y las alhajas que habian salvado. En nuestros dias, los magnates no aguardan la hora de la desgracia para poner á salvo sus fortunas; las ponen en el extranjero á crecido interes en la época de su mando, para encontrarlas fácilmente el dia que la fortuna se torne adversa.

sagradas un hijo suyo, que seguía la carrera eclesiástica.

Sabedora de este hecho Doña Olimpia, ordenó á un procurador criminal de sus secuaces que tendiera un lazo al recalciante.

En cumplimiento de esta orden, el procurador apostó una noche, en el sitio por donde debía pasar el caballero, á un esbirro que tropezara con él bruscamente.

Sorprendido el caballero, retrocedió un paso, y como el esbirro, léjos de excusarse, tomara una actitud grosera y provocativa, le dió aquél dos bofetones.

Esto era lo que deseaba el procurador.

Al día siguiente fué arrestado el caballero por insulto y vías de hecho á un agente de la fuerza pública, y sufrió un proceso tan infame como embrollado, á consecuencia del cual se le condenó á que le cortaran la cabeza.

Entónces su familia fué á echarse á los piés de Doña Olimpia, *quien se dignó ocu-*

parse en la gracia del malaventurado,
mediante una gruesa suma de dinero.

Para pagar los gastos del proceso, el caballero tuvo además que abandonar al fisco una de sus heredades.

IX

Los prelados, los personajes políticos y otros funcionarios importantes de las provincias, conociendo la insaciabilidad de la cuñada del papa y la cruel inflexibilidad con que sacaba dinero de todo y de todos, se apresuraban á ofrecer de grado lo que habrían sido obligados á dar de otra manera.

Doña Olimpia tenía la costumbre de llamar irónicamente á sus regalos «la verdadera llave de la memoria local».

Personalmente no se acordaba más que de aquello de que le tenía cuenta acordarse.

Cuando un pretendiente se presentaba á ella provisto tan sólo de buenas cartas

de recomendacion, le hacía ir y venir mil veces, excusándose con «su mala memoria»; por el contrario, si este pretendiente, mejor avisado, apoyaba su peticion con un rico presente, era servido en el acto; Doña Olimpia tenia entónces una excelente memoria.

Hacía esta mujer su comercio de una manera desvergonzada, y decia á sus clientes que no tenia interes en favorecer á unos más que á otros, que sus deseos eran complacer á todo el mundo; pero que se ocupaba con preferencia de las recomendaciones de aquellos que refrescaban su memoria con algun regalo que tuviera siempre á la vista.

Como buena usurera, estimaba el valor de las dádivas que le hacian, no confundiendo nunca los pequeños con los grandes regalos, y llevaba en todas sus operaciones un notable espíritu metódico.

Habiéndole ofrecido una suma relativamente considerable un prelado de Spoleto

que solicitaba un empleo en Roma, le prodigó ella sus más amables sonrisas, y le dió las gracias, como acostumbraba, en estos términos, que él mismo me ha referido: «Monseñor, no es el interes, sino el deseo de seros útil, lo que me hace aceptar vuestro presente».

A un doctor de Orvieto, que deseaba ser enviado á Ferrara en calidad de primer sustituto, y apoyaba su pretension con una bolsa llena de doblones, diciendo: «Ruego á Vuestra Excelencia se sirva recibir este tributo y acordarse de su muy humilde servidor», le respondió tendiendo la mano: «Lo recibimos con gusto, á fin de acordarnos mejor de vuestra solicitud».

Cuando habia protegido eficazmente á un individuo, y éste iba á darle las gracias, le tenia siempre este lenguaje: «Hasta ahora, yo he pensado en usted; si no quiere usted que yo le crea ingrato, á usted toca en lo sucesivo pensar en mí».

Ningun obispo salia de Roma para su

residencia sin despedirse de Doña Olimpia, y á ninguno tampoco dejaba ésta marchar sin hablar con él de los productos de su diócesis, y darle á entender que aceptaria una parte de esos productos.

Si el obispo tardaba en remitírselos, hacía que le escribiesen ó le escribía ella misma, invitándole á que le enviara lo que estimase conveniente.

Este recuerdo era una orden, más que una orden una amenaza, y desgraciado el obispo que no hubiese hecho caso de él.

Podria citar en apoyo de lo que cuento cientos de historias irrecusables, porque la narracion de las iniquidades de esta mujer llenaria muchos volúmenes en folio; pero me limitaré á referir aquéllas que he oido de labios de las mismas personas interesadas.

La siguiente es relativa al criado de un prelado, clérigo de cámara, que llevó á Doña Olimpia, de parte de su señor, un regalo, consistente en objetos de marfil,

primorosamente labrados y puestos en una bandeja de porcelana.

Doña Olimpia aceptó políticamente el regalo, y poniendo sobre una mesa los objetos, dejó caer el plato, que se rompió en mil pedazos.

Entonces, volviéndose hácia el criado, le dijo:

—Si hubiera sido de plata, no se hubiese roto.

—Si hubiera sido de plata,—respondió humildemente pero con resolución el criado, recogiendo del suelo los pedazos,—habría pertenecido á Vuestra Excelencia, y no á mi señor.

Conviene advertir que Doña Olimpia poseía una rica colección de vasos, de bandejas, de platos de plata y oro, que servían para adornar su mesa y sus escritorios; objetos que habia reunido reteniendo por su propia autoridad los platos de metal precioso en los cuales le presentaban los regalos.

Aleccionados por la experiencia, y con el fin de salvar al ménos las vajillas, ensayaron los romanos ofrecerle los presentes en platos de porcelana ó en cestitas de mimbre.

Doña Olimpia consideró este ceremonial demasiado libre, y devolvía sin piedad regalos y cestas.

Recuerdo que dos canónigos de San Juan de Letran apostaron, el uno que Doña Olimpia había perdido ya la costumbre de guardar los platos en que se le enviaban las ofrendas, y el otro que seguía reteniendo estos platos.

Teniendo este último que enviar cierta suma al palacio Panfilio, pidió á su colega una bandeja de plata, con la condicion de que si Doña Olimpia la guardaba, tanto peor para él, y que si la devolvía, el otro pagaría la apuesta.

Como era de suponer, Doña Olimpia no devolvió nada, y nuestro crédulo canónigo fué por la bandeja, sin contar con las

bromas del que habia ganado la apuesta, y de cuantos tuvieron conocimiento de la aventura.

Otra anécdota análoga:

Habia en Nápoles un monseñor Sessi, que pretendia un cargo en la corte apostólica, y habia declarado sus pretensiones á la cuñada de Su Santidad, de quien sabia que todo lo dispensaba, acompañando su peticion de pequeños regalos que, decia, serian seguidos de mayores muestras de agradecimiento.

Este monseñor era rico: Doña Olimpia lo supo, y tomó grande interes en su asunto; pero como nuestro pretendiente tratase con ella por medio de procurador, y parecia esperar, para salir de Nápoles, que se le concediera la plaza solicitada, Doña Olimpia, á quien esta manera de negociar no convenia sino á medias, le escribió invitándole á venir á Roma, «en donde hallaria todas las satisfacciones que deseara», y le rogó al propio tiempo que, aprove-

chando la ocasion de su venida, le comprara un magnífico diamante.

Hé aquí la carta:

«Conozco vuestro mérito, lo aprecio y me ocupo actualmente de vos, á pesar de vuestra ausencia.

Vuestros asuntos van á las mil maravillas; sin embargo, sería muy conveniente para vuestros intereses que viniéseis á Roma, en donde estoy segura que hallaríais motivos para estar satisfecho.

Al mismo tiempo, si tuviérais la bondad de comprarme el más hermoso diamante que haya en vuestra ciudad, yo os entregaria el precio á vuestra llegada.

Tengo muy buena opinion de vuestra amabilidad para dudar un instante de que me hareis con diligencia este pequeño servicio. Miétras tanto, creed en la consideracion con que os distingue vuestra afectísima,

OLIMPIA MALDACCHINI PANFILIO.»

Trastornada la cabeza con esta misiva, el prelado salió á la calle, recorrió una por una todas las joyerías de Nápoles, compró un diamante de dos mil doblones de España, lo pagó, hizo su equipaje y salió para Roma, en donde Doña Olimpia le recibió con tanta mayor amabilidad, cuanto que encontró el diamante muy de su agrado, tanto por lo grueso que era como por su brillo.

Habiéndole preguntado cuál era el precio de esta alhaja régia, contestó el prelado que, puesto que ya estaba pagada, su precio importaba poco.

—En ese caso, monseñor, sírvase usted devolverme la carta,—dijo Doña Olimpia con una sonrisa.

A esta inesperada exigencia, monseñor Sessi, que esperaba reclamar luégo, á la muerte del papa, sus doblones, se turbó, cambió de color y concluyó por balbucear que habia perdido la carta.

—Eso no importa,—replicó Doña Olim-

pia;—basta que vuestra señoría me haga un recibo de dos mil doblones.

Cogido en su propio lazo, monseñor Sessi no pudo rehusar y firmó el recibo.

Es verdad que poco tiempo despues obtuvo el cargo que solicitaba.

La anécdota que voy á referir hace *pendant* á la precedente.

Deseaba Doña Olimpia encajes y pasamanerías de oro para terminar la ornamentacion de sus habitaciones, y poco acostumbrada á echar mano á su bolsa cuando se le ocurría satisfacer algun capricho, esperaba ocasion de que le ofrecieran los encajes y pasamanerías.

Esta anhelada ocasion no tardó en presentarse.

Habiendo solicitado su proteccion un abate genoves, le acogió bajo su gracia, y le insinuó inmediatamente cómo obtendria sus favores.

Con gran presteza escribió el abate á su hermano, que se hallaba en Génova, ro-

gándole que le mandara sin tardanza galones y encajes, y cuando llegó el encargo (que importaba más de cien doblones), lo llevó palpitante de esperanza á su destinataria.

Doña Olimpia recibió el presente, admiró su belleza, y preguntó al abate si aquello era fabricado en Génova.

—No, —respondió éste;— los comerciantes genoveses encargan estos géneros á Ginebra.

—¡Ah! —replicó doña Olimpia. — Es pecado que salgan tales trabajos de manos de herejes.

Continuando la conversacion en un tono medio serio, medio festivo, concluyó por despedir al abate, quien pensó suspirando, cuando se encontró en la calle, que sus cien doblones de encajes y pasamanerías no le producirían quizá más que humo.

Y en efecto, no he tenido noticias de que el desgraciado abate haya sido indemnizado.

Admirado de la insaciabilidad de su cuñada, le preguntó una tarde Inocencio sonriendo qué iba á hacer con tantas riquezas. «No las atesoro para mí, replicó ella, sino para los de vuestro linaje.»

Otra vez, queriendo aprovecharse de una suma destinada á la fábrica de San Pedro, y oponiéndose el papa á esta transferencia que lastimaba su conciencia, le dijo ella, casi llorando:

—Cuñado, cuando esteis muerto, la Iglesia no dejará por ello de recibir donativos; pero yo, bien convencida estoy de que no tendré otros bienes que los que me deis vos.

—No lloreis, no lloreis,—exclamó Inocencio, enternecido por aquellas lágrimas de cocodrilo;—hareis todo lo que queráis hacer; quisiera yo poder ofrecer el papado para contentaros.

Parecia en efecto que el anciano pontífice tenia más deseos de complacer á su cuñada, que temor de perder su alma.

Tal conducta, á la vez que daba libre vuelo á Doña Olimpia, hacía á Inocencio odioso al pueblo.

No será fuera de propósito mencionar aquí, en apoyo de lo que hasta ahora he referido, este hecho que ya se ha publicado:

Una mañana, un ayuda de cámara del pontífice, haciendo la cama de Su Santidad, encontró en los pliegues de la cobertera un pendiente con una perla de gran valor.

Asustado de tan peligroso descubrimiento, guardó silencio y puso el pendiente al pié de un crucifijo que estaba en una mesita á la cabecera de la cama.

Habiéndose apercebido Doña Olimpia aquel mismo día de que le faltaba el pendiente, é ignorando dónde lo habria perdido, revolvió toda su casa para encontrarle, suponiendo que se lo habrian robado, y mandó poner presos inmediatamente á varios de su servidumbre.

Queriendo evitar el ayuda de cámara del pontífice que sufriesen algunos inocentes por un crimen imaginario, fué á echarse á los piés de Su Santidad y á confesarle su hallazgo.

El papa le escuchó con aparente calma, le despidió, y tomando la alhaja, la llevó en el acto á su cuñada, á la que refirió lo que el ayuda de cámara acababa de confesarle.

Juzgando Doña Olimpia que habia de ser conocida aquella aventura, y temiendo á la par que pudiera servir de confirmacion de los rumores que desde hacía tiempo corrian, se apoderó de ella tan violenta cólera, que Su Santidad se vió muy apurado para calmarla.

Para neutralizar el efecto que hubiera podido producir esta aventura, se convino entre Inocencio y su querida compañera en ahogar la historia del hallazgo, y en que sirviera para desmentirla el mismo que la habia propagado.

En efecto, el mismo día fué encerrado el ayuda de cámara del pontífice en el castillo de Sant-Angelo, bajo la acusación de haber robado un pendiente á Doña Olimpia Maldacchini Panfilio, y sólo salió de aquella prision al cabo de cuatro meses, porque la Egeria pontificia se *dignó* otorgarle su perdon, habiendo apurado sus economías para pagar á los esbirros de la curia y hasta los gastos de su manutención mientras estuvo preso (1).

(1) Esta anécdota, que los antropólatras sistemáticos de la curia han tratado y tratan de desfigurar, es perfectamente auténtica. En aquel tiempo dió mucho que hablar en Roma, y no hay un solo prelado de la corte, que esté enterado de la historia secreta de los pontífices, que no la cuente riendo, cuando se halla entre amigos de confianza.

X

Miéntras que este escándalo alimentaba las murmuraciones de Roma, otro incidente no ménos escandaloso daba á los secretarios de Pasquino ocasion para aguzar sus sátiras.

Hé aquí su exposicion sumaria:

Decíase que muchos religiosos, declarando que no podian sufrir por más tiempo el celibato, habian ofrecido colectivamente á la cuñada del pontífice cien mil escudos, con tal que les facilitase la dispensa para casarse, y se añadia que Su Excelencia habia aceptado la proposicion.

Sin duda habia exageracion en este rumor en cuanto á la suma ofrecida por los

religiosos; sin embargo, está fuera de toda duda que Doña Olimpia obtuvo para algunos frailes, mediante *quibus*, la autorización de abandonar los hábitos despues de pronunciados sus votos, y que lo mismo consiguió para algunas monjas.

Citaré si se quiere una monja conocida mia, que reside en Lombardía actualmente, de la cual se enamoró, siendo abadesa, un su pariente, quien ofreció á Doña Olimpia buena cantidad de doblones de España para que la devolviese al mundo.

Habiendo aceptado Doña Olimpia, envió al personaje aludido una carta para monseñor Fagnani, el cual le entregó inmediatamente los breves, mediante los que pudo, cuando volvió á su país, casarse con la abadesa su prima, cosa muy propia para poner los cabellos de punta á cualquier persona timorata.

Igualmente entraron deseos de librarse de los votos y de casarse á un dominico llamado Spinetti. Sabiendo éste que para

obtener las dispensas necesarias habia de desembolsar lo ménos mil escudos, pensó que con ciento podia ir á Ginebra, en donde se casaria sin dificultad, y puso en ejecucion su pensamiento.

Este comercio de breves, este tráfico perpetuo en la Dataría y en la Cancillería, excitaba en el más alto grado la indignacion de los fieles, y no habia una sola casa, sin exceptuar la de los Panfilios, en donde no se hablase del asunto, ya con extrañeza, ya para reprobar enérgicamente aquellos escándalos.

Recuerdo que entre los habituales concurrentes más favorecidos á este palacio, habia un abate muy regocijado, al cual se le conocia por sus íntimas relaciones con la cuñada del Santo Padre. Habiendo encontrado este abate en el salon de su protectora á dos teólogos carmelitas, se puso á decir riendo y en voz bastante alta para que le oyera Doña Olimpia:

—Mis reverendos, ¿no sería bueno que

Su Excelencia nos dispensara á todos breves para casarnos?

—Si los padres los desean y me los piden, yo se los facilitaré con mucho gusto,—respondió ella.—En cuanto á vos,—prosiguió en tono festivo, volviéndose al abate,—no os considero tan hastiado de vuestros hábitos, que os crea dispuesto á aventuraros desde ahora por una senda tan difícil.

—Queriendo la esposa que el esposo se consagre enteramente á ella,—dijo el más anciano de los dos carmelitas,—no pueden los religiosos abandonar el servicio de Dios para casarse.

—Recordemos, por otra parte,—añadió el otro,—que Adan, por haber escuchado los consejos de nuestra madre Eva, quebrantó los preceptos divinos; que Salomon, por complacer á las mujeres, adoró los ídolos, y que estos motivos bastan para que las mujeres queden en sus casas y los religiosos en sus claustros.

No habiendo agradado esta prudente réplica á Doña Olimpia, que vió en ella una alusion clara á su situacion personal cerca del pontífice, levantó el sitio Su Excelencia, y despidió friamente á los reverendos.

Esperando obtener más tarde una pingüe herencia, no se cuidaba la familia del papa de denunciar la codicia de su ilustre parienta; al contrario, alentaba esta avaricia y la aplaudia de todas véras.

Era un espectáculo desconsolador el que ofrecia esta mujer, de sesenta años, colmada de dones de fortuna, y que, sin embargo, trabajaba sin descansar, dia y noche, para aumentar sus riquezas; favoreciendo á los que se acercaban á ella con las manos llenas, sin cuidarse de si sus demandas eran justas y honrados sus propósitos, y rechazando sin piedad á los que nada le ofrecian, aunque evidentemente estuvieran de su parte la justicia y los derechos más sagrados é imprescriptibles.

Recuérdase en Roma una pasquinada por la que fueron perseguidas muchas gentes, y que movió al gobierno á dictar contra los secretarios de Pasquino una medida más severa que la tomada al principio de este pontificado.

Consistía esta pasquinada en una pintura en tela, de dos palmos de alto y de tres de ancho, representando á un criado que daba una puñada á un sacerdote que quería entrar en el palacio Panfilio con una bolsa vacía, é introducía de la otra mano en el mismo palacio á un tonsurado cargado con otra bolsa tan repleta que apenas podía con ella.

Debajo del primer eclesiástico, del de la bolsa vacía, se leía en gruesos caracteres: «*Ite, maledicti, in ignem æternum*»; debajo del segundo, el de la bolsa llena: «*Venite, benedicti Patris mei*»; debajo del ayuda de cámara: «*Bene veneritis si portaveritis*»; y debajo de Doña Olimpia, que miraba la escena desde el balcon de su

palacio, y amenazaba al primer sacerdote: «Yo no recibo á ingratos: ¿por qué venis á importunarme?»

Clavado una noche este cuadro en el palacio Panfilio, y visto á la mañana siguiente por el portero, fué arrancado por el mayordomo, quien lo enseñó á su señora, la cual, trémula de cólera, hizo inmediatamente, aunque en vano, activas pesquisas contra sus autores.

Los secretarios del maestro Pasquino tenían tanta audacia como fortuna, y trabajaban impunemente cada día á las barbas de la justicia y del tribunal de la Inquisición.

Recuerdo haber visto esta otra producción suya, que es una continuación de la anterior:

Pasquino preguntaba á Marforio por la puerta del palacio Panfilio, y Marforio respondía: «Querido Pasquino, bien claro se ve que tú no llevas nada, porque la puerta de Doña Olimpia tiene cierto se-

creto, que hace que quien lleva alguna cosa la vea abrirse al punto delante de sí, pero quien no lleva nada, no sabe ni puede hallarla». (*Caro Pasquino, è segno che tu non porti niente, perchè la porta di Donna Olimpia ha un certo segreto, che chi porta veda la porta, ma chi non porta non puo ne sa trovare la porta.*) (1).

Miéntras tanto, Inocencio marchaba á pasos agigantados hácia el sepulcro.

De ochenta años de edad, decrepito, gotoso, casi convertido en un niño, incapaz de soportar el peso de la tiara, sospechando que los españoles, cuyas simpatías se habia enajenado, querian envenenarle, desconfiado y temeroso, creyó que lo mejor que podia hacer era abandonarse enteramente á su cuñada.

La llamó definitivamente, le dió los más

(1) Hay aquí un juego de palabras, basado en una consonancia, que comprenderán fácilmente los que no estén versados en el idioma italiano.

amplios poderes, y la convirtió en soberana absoluta del gobierno.

Desde este momento, Doña Olimpia casi estableció su residencia al lado del pontífice.

Sentada á su lado, acariciando con las suyas las manos del pontífice, sosteniendo sus vacilantes pasos cuando se levantaba, y velando su sueño, apénas se separaba de él una hora cada día.

Habia hecho poner alrededor del lecho anchas cortinas, detras de las cuales se ocultaba cuando Su Santidad daba audiencia á algun embajador, y desde donde podia ver sin ser vista y oír sin ser oída.

Con frecuencia asistia descaradamente á las audiencias, y respondia por el papa, asmático y enfermizo, á los representantes de las cortes extranjeras.

Preparaba las comidas de Su Santidad, las servia ella misma, y no consentia que persona alguna, excepto el cocinero, entrara en la cocina del pontífice.

A las veces hacía llevar una pequeña mesa delante de la cama de su cuñado, y allí comía en compañía de éste, sin que quisiera jamás compartir este honor con ninguno de sus parientes.

No se hablaba más que de ella en el Vaticano.

Todas las cartas, todos los despachos que venían dirigidos al Santo Padre, eran entregados á Doña Olimpia.

Igualmente se entregaban á Su Excelencia los memoriales, de los que daba sumaria cuenta á su cuñado, quien le decía invariablemente: «Haced lo que os plazca».

No se encontraba en las escaleras del palacio apostólico más que gentes cargadas de regalos y de sacos de plata, cuyo destino adivinaba todo el mundo.

Cuando, llegada la noche, hacía esta deplorable mujer una expedición furtiva á su casa, era para guardar en ella lo que había recibido durante el día.



En este caso, cerraba la puerta del dormitorio del pontífice, y se llevaba la llave.

Estos extraños sucesos, conocidos en la corte y en la ciudad, aumentaban la general indignacion y se prestaban extraordinariamente á las pasquinadas, que eran una de las delicias de los romanos; de suerte que llovian éstas como una granizada, sin que el papa supiese ó quisiese saber nada.

Al recobrar su antiguo puesto en el palacio apostólico, Doña Olimpia habia declarado terminantemente á su cuñado que no le convenia sufrir nuevas afrentas, y que veria con profunda pena que Su Santidad hiciera caso de las sátiras que no dejarian aún de dirigirle sus enemigos.

Inocencio le prometió que se mostraria sordo á todo propósito malévolo, y cumplió su palabra.

Tan gratos y dulces le eran los cuidados que le prodigaba su cuñada, que incessantemente repetia, señalándola con los

ojos á todo el que iba á verle: «Ya lo veis, sin ella, ya habria muerto yo» (1).

Un dia, encontrando Doña Olimpia al anciano pontífice despierto en su cama, y notando que la miraba con una sonrisa extraña, preguntó la razon de aquel recibimiento.

Inocencio le tendió las manos, la estrechó contra su pecho y le habló algunos momentos al oido.

(1) Entónces, el 3 de Febrero de 1654, cayó en desgracia el cardenal-patrono, y fué desposeido de sus beneficios y desterrado, habiéndole prohibido Su Santidad que usara en lo sucesivo el nombre de Panfilio.

Al entrar victoriosa en el Vaticano, habia querido Doña Olimpia arrojar ignominiosamente de allí á la persona que detestaba.

Tanto como Inocencio habia mostrado querer á Astalli ántes de esta desgracia, le aborreció luégo, pues dicen los cronistas de la época que, al sentir el papa que se le aproximaba la muerte, manifestó deseos de reconciliarse con sus parientes, con los cardenales Cecchino y Sforza, *pero no con el cardenal Astalli.*

Un camarero, que se hallaba por casualidad en un extremo de la habitacion, vió el movimiento, pero no pudo oír una sola sílaba de lo que decia Su Santidad.

Juzgó, sin embargo, que aquella confianza no era desagradable á Doña Olimpia, porque vió á esta última coger la cabeza de su cuñado y besarla muchas veces.

Este mismo camarero me aseguró haber oído á Su Santidad, una semana ántes, decir á Doña Olimpia, en ocasion en que le ayudaba á vestir: «Querida cuñada, os quiero tanto, que desearia poder daros el papado entero».

Entre la nube de mordaces epigramas á que daba lugar la conducta del papa, hé aquí una pasquinada que hizo mucho ruido.

Seis meses ántes de la muerte de Su Santidad, algunos individuos, á los cuales no se pudo descubrir, borraron una noche en diferentes edificios de Roma el nombre de Inocencio, y pusieron en su

lugar el de Olimpia; de manera que donde se leía la víspera: *Innocentius X, Pontifex maximus*, decia luégo: *Olimpia primus, Pontifex maximus*.

Esta sustitucion se hizo hasta en San Juan de Letran.

En muchos monumentos, los satíricos borraron por completo la inscripcion pontificia, sin duda á causa de la concordancia gramatical, y la sustituyeron con esta otra: «*Olimpia primera, papisa*».

Trascurrió en esto un mes sin que se consiguiera impedir esta raspadura, que se renovaba á medida que era reparada, no lográndose detener á los culpables, á pesar de los esbirros que fueron dedicados á descubrirlos.

Despues de la alteracion de las inscripciones en los edificios públicos, vino la distribucion de tarjetas con este letrero: *Olimpia primus, Pontifex maximus*.

En todas partes se las deslizaba y arrojaba: yo mismo recogí algunas el lunes de

Pascua en Santa María la Mayor, de las cuales di dos á un aleman que me las pidió para enseñarlas en su país á su regreso.

Tan bien conocida era y tan universalmente reprobada la manera de vivir de Inocencio, que á cada momento ofrecia á los ministros luteranos y calvinistas ocasiones de atacar á la Iglesia romana y de demostrar la ilegitimidad de la autoridad del papa.

Y quién sabe si, en virtud del inmenso poder de que dispuso la cuñada de Inocencio, creerán las generaciones futuras que existió en Roma, en el siglo XVII, una *papisa Olimpia*.

Que caiga en manos de algun sabio del año 2500 una de esas tarjetas de que he hablado ántes, y la pasquinada se convertirá en realidad, y los académicos se dedicarán á probar de una manera evidente que una mujer llamada Olimpia ha ocupado la silla de San Pedro.

En nuestros mismos dias hemos visto cosas tan extravagantes como éstas.

Pero reanudemos el hilo de la narracion.

Una mañana, entrando la princesa de Rossano en el dormitorio del papa, halló á su suegra sentada en la cama, acariciando entre las suyas una mano de Su Santidad.

—Santísimo Padre,—le dijo con tono ligeramente irónico y sin manifestarse muy sorprendida,—permitidme que esté celosa por la viva amistad que profesais á Doña Olimpia, y dejad que reclame mi parte.

Inocencio no respondió directamente á la princesa; pero, mirando á Doña Olimpia, se contentó con exclamar en medio de un tierno suspiro:

—La mano que me ha herido, me ha curado tambien.

Si la princesa no hubiera estado enterada desde hacía mucho tiempo de las relaciones de su suegra con el pontífice, es-

ta extraña confesion habria bastado para abrirle los ojos.

Tal temor tenia Doña Olimpia de que se acercasen al papa miéntras ella estaba ausente, que resolvió no abandonar la cabecera del pontífice, ni áun cuando sus hijos estuvieran al lado de Su Santidad.

Era, por otra parte, un excelente pretexto para no salir, el no exponerse á los insultos de los romanos, que ella sabía por experiencia que la aborrecian, tanto por su conducta y por el imperio que ejercia sobre el viejo pontífice, como por los impuestos, con los cuales les agobiaba para llenar sus arcas.

Ya he dado una ligera idea de lo que decian de ella por boca de Pasquino; pero me sería muy difícil contar lo que habrian querido decirle en su propia cara, lo que repetian por mañana y tarde en las plazas públicas.

En los últimos tiempos del pontificado de Inocencio, habiendo tenido doña Olim-

pia la imprudencia de salir por la ciudad en medio del dia, vió en un momento rodeada su carroza por una irritada muchedumbre que la llamaba á gritos p... y asesino del pueblo y de la Iglesia, y que le habria dado un serio disgusto si no se hubiera refugiado aceleradamente en un convento inmediato, desde donde se dirigió en secreto al palacio apostólico.

Por la tarde, á fin de calmar la efervescencia del pueblo, hizo distribuir entre los necesitados unos cien sacos de pan.

Observóse que desde aquel dia se ocultó cuidadosamente á las miradas de los profanos; lo cual era muy prudente, pues tenia ocasion de oír desde las habitaciones pontificales á los pilluelos que entonaban canciones obscenas compuestas contra ella.

Un dia se dirigió el populacho tumultuosamente al palacio Panfilio, que habria saqueado sin remedio, si el papa no hubiese enviado inmediatamente á varios prelados, que á fuerza de promesas y de

algunos puñados de escudos, lograron apaciguar el tumulto.

En el último período de la vida de su cuñado, hizo Doña Olimpia muchas tentativas para aplacar el odio de sus enemigos; pero su avaricia las frustró todas.

Inquietábala la actitud de algunos cardenales, y particularmente la del cardenal Sforza, á quien habia lastimado en diferentes ocasiones, y cuyo natural altivo conocia bien.

El papa habia confiado á este príncipe de la Iglesia la plaza de tesorero, que habia quedado vacante por la fuga del cardenal Antonio Barberini; y como no hubiese convenido al cardenal Sforza depender de Doña Olimpia, vióse obligado á presentar su dimision y á retirarse á Rimini, de donde era obispo.

Al declinar la vida de Inocencio, comprendiendo Doña Olimpia que tenia en él un peligroso enemigo, trató de atraerse á Su Eminencia; pero recibió tan ágrias y

humillantes respuestas, que tuvo que desistir de su propósito (1).

Miéntras tenían lugar estos acontecimientos, el Santo Padre fué acometido de su última enfermedad (1654).

(1) Federico Sforza, de los duques de Segni, conde de Santa Fiore, nacido en Roma el 20 de Enero de 1603, y muerto en la misma ciudad el 24 de Mayo de 1676.

En 1637 le envió Urbano VIII de vice-legado á Avignon, en donde reemplazó al cardenal Antonio Barberini, legado y sobrino del papa.

En 1638 fué encargado por Urbano de llevar á Luis XIII los *fascie benedette*, con ocasion del nacimiento del Delfin, despues Luis XIV.

Poco querido por los Barberini, debia ser protegido por el enemigo de éstos, y eso fué lo que sucedió precisamente. El 6 de Marzo de 1645, Inocencio le nombró cardenal y le asignó diferentes cargos importantes; pero siendo de un natural altivo, gran derrochador y aficionado á ocuparse en los asuntos que se le confiaban, llegó á ser bien pronto uno de los enemigos declarados de la cuñada del papa.

XI

Hácia fines del mes de Setiembre se comenzó á desesperar del estado del pontífice, quien habiendo caído casi por completo en la infancia, no se acordaba ya de nada y cometia todo linaje de extravagancias.

Su cuñada impedía, en cuanto le era posible, que le viese nadie, y cuando algun embajador insistia en ser admitido á la presencia del pontífice, Doña Olimpia rogaba al diplomático que despachase pronto, so pretexto de que Su Santidad estaba fatigado y no habia dormido la noche ántes.

Sin embargo, todo el mundo sabía á

qué atenerse en este punto, y se esperaba de un momento á otro que fuera proclamada la Sede vacante.

Don Camilo Panfilio se trasladó á la corte para dar audiencia en nombre de su tío á los representantes de los príncipes extranjeros, y con él estaba la princesa su esposa, sin mezclarse por esto en los asuntos, por cierto muy secundarios, que despachaba su marido, pues en vista de la situación de Inocencio, todo estaba en suspenso.

Detalle curioso: en aquellos momentos no se encontraba por las escaleras del palacio apostólico sino mujeres amigas ó enemigas de la estrella que declinaba: la princesa de Rossano, la Ludovisi, la Giustiniani, etc.; las unas para obtener el último favor del pontificado agonizante; las otras para preparar su restauración, para echar los cimientos de su futura influencia.

Al ver este enjambre de avispas alre-

dedor del lecho mortuorio de Inocencio, Pasquino no pudo por ménos de decir á Marforio:

*Se tu vuoi fare il ruffiano,
Non ti mancheranno donne in Vaticano.*

(Si quieres hacer el rufian, no te faltarán damas en el Vaticano.)

Diez dias estuvo el pontífice privado de sentido, lo que permitió á Doña Olimpia embolsar más de medio millon de libras por las gracias y beneficios eclesiásticos que vendió á todo el que los solicitaba.

Yo sé de un canónigo que habia solicitado inútilmente durante mucho tiempo una prelatura benefical, para cuya obtencion sólo ofrecia cinco mil escudos, y Doña Olimpia queria ocho mil: aumentó la oferta hasta seis mil escudos, y fué en vano; pero la antevíspera de la muerte de Inocencio quedó sorprendido de que se le llamara á la corte, y de que se le preguntara si persistia en su propósito.

Habiendo contestado que no tenia ya más que cuatro mil escudos, replicó Doña Olimpia que se satisfacía con ellos, y terminado el contrato, el canónigo obtuvo su prelatura.

Habiendo comprado otro sacerdote un beneficio en condiciones análogas, le produjo luego tal disgusto su adquisicion, que fué á rogar á Doña Olimpia que la anulara y que le devolviera su dinero, creo que dos mil escudos.

Doña Olimpia calmó sonriendo sus escrúpulos; le dijo que el papa estaba todavía vivo, que le daría su bendicion, y que los diablos no podrian nada contra lo que él llamaba inocentemente una infernal simonía; que ademas, puesto que lo queria, quedaba roto el contrato, pero le era imposible devolverle el dinero, que habia empleado en obras piadosas.

Los Barberini, al ménos, por codiciosos que se mostrasen bajo el pontificado de su tio, respetaron á la Iglesia aparentemente,

y procuraron enriquecerse por otros medios que por la simonía: si no siempre lo consiguieron, los escándalos de su nepotismo no alcanzaron nunca las proporciones de aquellos otros de que Doña Olimpia ofreció triste espectáculo.

Un caballero de las Marcas tuvo la curiosidad de formar la lista de las simonías de esta mujer.

Asustado y temiendo perder la fe que en la Iglesia tenía, abandonó sus investigaciones, despues de haber registrado en la sola provincia de las Marcas trescientas treinta y seis ventas de beneficios eclesiásticos.

Aseguraban los confesores que muchos católicos se separaban de la Iglesia por no tener que habérselas con sacerdotes simoniacos, y que muchos otros fieles, ménos instruidos ó ménos escrupulosos, concluían por aceptar la simonía como cosa natural y legítima.

El clero de Francia no sabía ya qué

contestar á los burlones y acerbos ataques de los protestantes contra la Iglesia romana, y, consecuencia lógica, las simonías se multiplicaban igualmente en este país.

Un obispo aleman, que tenia en su diócesis gran número de luteranos, cuya principal ocupacion era hablar contra el catolicismo, á causa de lo que sucedia en Roma, escribió al sacro colegio de cardenales «que si no terminaban las simonías de Doña Olimpia, estaba expuesto á perder su obispado, y la Iglesia católica sus fieles».

Esta carta llegó tres dias ántes de la muerte de Inocencio, y el cardenal Francisco Barberini, que la abrió, se propuso ocultarla por entónces á sus colegas.

La España, que ha pasado siempre por la nacion más religiosa despues de Italia, manifestó tambien su descontento por la conducta del papa, y muchos de sus obispos llegaron á convocar sínodos para ata-

jar allí la simonía, contra la que se quejaban los españoles.

Por fin plugo á Dios Todopoderoso libertar á su Iglesia y consolar á los piadosos eclesiásticos y á la atribulada cristiandad, llamando á Inocencio á su tribunal supremo.

Su Santidad espiró el 7 de Enero de 1655, á la edad de ochenta y dos años, despues de un pontificado de diez años, tres meses y veintitres dias.

Pontífice digno de mejor memoria, si su cuñada no hubiera dispuesto de él á su antojo.

Yo tendria ahora ocasion para juzgar sus actos; pero paz á su alma, y que la esponja del olvido se pase sobre su reinado.

En las dos últimas noches de su lenta agonía, sus parientes trasportaron al palacio Panfilio los más preciosos objetos de las habitaciones pontificias.

Esta traslacion, que habria impedido el pueblo, á tener conocimiento de ella, se

verificó sin incidente alguno, y fué el último hecho de la familia (1).

(1) Mientras espiraba Inocencio, su cuñada, su ídolo, le saqueaba, se llevaba precipitadamente á su casa el dinero, la vajilla y hasta los muebles, hasta la ropa blanca que se hallaba en las habitaciones del Vaticano y del Quirinal.

La vispera de su muerte, el anciano pontífice estaba completamente despojado, y no le quedaba ni una cuchara, ni un plato, ni un vestido.

Sólo le habia dejado la camisa que tenia puesta, y la envoltura que le cubria.

Tres ó cuatro horas ántes de exhalar el último suspiro, adornaba todavía su cámara un candelabro de cobre, que bien pronto fué reemplazado por otro grosero de madera.

Despues de referir este despojo *in extremis* y el robo de dos cajas de escudos ocultas bajo el lecho del pontífice, se expresa Gigli en estos términos en sus interesantes crónicas:

«El cadáver de Inocencio estuvo expuesto durante tres dias, sin que nadie pensara en darle sepultura.

»Se mandó decir á Doña Olimpia si queria subvenir á los gastos del ataúd y de la mortaja, y respondió que ella era una pobre viuda.

»Los demas parientes no dieron señales de vida.

»El cadáver fué trasladado á una pieza en donde

Cuando su cuñado hubo cerrado los ojos, salió Doña Olimpia del Quirinal, en cuyo palacio murió Inocencio, abandonando el cadáver á la voluntad de Dios, y se fué inmediatamente á su palacio en compañía de su hijo, despues de haber dado cuenta del fallecimiento al sacro colegio y á los embajadores, y de entregar las llaves de la cámara, como era costumbre en tales casos (1).

los albañiles guardaban sus herramientas, y compadecido uno de estos albañiles, compró una vela, la encendió y la puso al lado del cadáver.

»En aquella pieza habia muchas ratas, y habiendo hecho uno esta observacion, añadiendo que podrian venir á roer el cadáver, el albañil pagó con su dinero á un individuo para que velase al papa.

»Al dia siguiente, el mayordomo, monseñor Scotti, compró un ataúd de pino, y monseñor Segni, ex-canónigo de San Pedro, ex-prelado palatino, destituido y desterrado por Doña Olimpia, devolviendo bien por mal, dió cinco escudos para el entierro.»

(1) Cuando el palacio de Letran vino en ruinas, los papas fueron á vivir al Vaticano. Mas habiéndose considerado luégo que este palacio era malsano en la

Aconteció á las veces que los parientes de un pontífice ocultaran su muerte durante dos ó tres dias, sobre todo cuando moria el papa ántes que ellos hubieran tenido tiempo de arreglar sus asuntos; pero Doña Olimpia no tuvo necesidad de recurrir á este expediente, puesto que su fortuna se hallaba asegurada desde hacía tiempo.

La fúnebre noticia causó en Roma un sentimiento de universal regocijo.

Los romanos tienen la costumbre de

época de los calores, comenzó la curia, bajo el pontificado de Gregorio XIII, en 1574, á construir otra residencia apostólica en la cumbre del Quirinal, sobre las ruinas de las termas de Constantino.

Esta residencia, embellecida sucesivamente hasta Pio VIII, sirvió casi tanto como el Vaticano.

Los papas lo habitaron con frecuencia, sobre todo durante la primavera.

Pio IX ha pasado en él el primer período de su pontificado, y allí cogió Víctor Manuel la terrible enfermedad que en pocos dias le llevó al sepulcro; lo que parece indicar que sus condiciones de salubridad no son las mejores.

festejar la muerte de los papas, como festejan su exaltacion.

El contento de perder un mal soberano, el placer de disfrutar las amplias libertades que lleva consigo el interregno, y la esperanza de tener un mejor papa, son los principales motivos de esta alegría, objeto constante de admiracion para los extranjeros que la presencian.

Los cardenales se asocian igualmente, si no de una manera ostensible, *in petto* al ménos, á la general alegría, en la esperanza de ser elegidos ó de elegir un papa favorable á sus intereses y á sus ambiciones; pero sus familias y sus amigos no sienten la misma alegría, no se dan punto de reposo y se forjan mil ilusiones.

La muerte de un papa es en Roma uno de los acontecimientos más curiosos que se puede presenciar; y la de Inocencio no dejó nada que desear bajo este punto de vista, pues hubo quien dió gracias á Dios por la libertad de la Iglesia.

Se creía generalmente que el pueblo entraría á saco en el palacio de la papisa.

En toda la semana que siguió á la muerte de su cuñado, pasó Doña Olimpia por terribles trances, se mantuvo rigurosamente oculta y hacía que le diesen cuenta exacta, por mañana y tarde, de las disposiciones de los romanos y del aspecto que presentaba el cónclave; porque si temia los excesos del pueblo, no le importaba ménos la eleccion de un cardenal enemigo suyo.

Respecto al saqueo de su palacio, las cosas se presentaron para ella mejor que lo esperaba, y si lo abandonó, fué tan sólo por miedo.

En cuanto al cónclave, Doña Olimpia, atormentada de inquietudes, sin saber la suerte que le estaba reservada y no atreviéndose á contar con las alianzas que habia celebrado hábilmente con las primeras familias de Roma, con los Ludovisi, con los Giustiniani y con los mismos Barbe-

rini, procuró atraer á su causa á algunos cardenales cuyo apoyo consideraba necesario, entre otros á los Barberini y al cardenal de Médicis, hechura de Inocencio, quienes, por sus influencias en el sacro colegio y el papel político que habian desempeñado, le parecian los más poderosos y por consecuencia los más temibles.

Por desgracia le dieron á entender claramente que no se cuidaban de sus ofrecimientos y que los dejara en paz.

Los cardenales estuvieron reunidos en cónclave poco tiempo relativamente (1).

Y digo relativamente, porque era una empresa difícil y escabrosa elegir á un hombre capaz de levantar á la Iglesia y de cicatrizar sus heridas.

Por fortuna, Dios iluminó á los augustos electores, que fijaron bien pronto sus miradas en el cardenal Chigi.

Las muestras de júbilo con que la opi-

(1) Cerca de tres meses.

nion pública ratificó esta eleccion, excedieron á todas las esperanzas.

El sucesor de Inocencio X fué elegido por unanimidad, cosa muy rara en los cónclaves.

El único hostil á la candidatura, el cardenal Rossetti, que habia jurado cortarse la mano ántes que dar su voto al candidato afortunado, concluyó por adherirse á la opinion de sus colegas.

Al serle notificada su eleccion, el cardenal Chigi se postró de rodillas, derramó lágrimas, aceptó y, finalmente, declaró que tomaba el nombre de Alejandro VII (1).

(1) Todavía vamos á copiar de Gigli las siguientes líneas sobre los últimos dias de Inocencio: «...El 16 de Marzo de 1654 arrojó un cálculo, y el 23 fué al consistorio en una litera con ruedas para *abrir la boca* á los nuevos cardenales; el 26 intervino en la congregacion del Santo Oficio, conducido en la misma litera, de la cual se servia asimismo para ir y venir en sus habitaciones.

»Restablecido un poco, el 5 de Junio fué á San Martino, á la que declaró ciudad.

Uno de los primeros que se apresuraron á solicitar del nuevo papa una audiencia para cumplimentarle, fué el príncipe

»El 16 de Junio se disgustó con D. Camilo, á quien separó del generalato, y con Ludovisi y Gustiniani, maridos de las hermanas de D. Camilo.

»El 14 de Diciembre fué por última vez á la tertulia de Doña Olimpia.

»Después del 15 de Setiembre, iba su cuñada todas las tardes á buscarle en silla de manos, y cada vez le sacaba dinero.

»El 15 de Diciembre se confesó con el padre jesuita Pablo Oliva, á quien dió tres mil escudos de oro; se reconcilió con sus parientes y con los cardenales Cecchino y Sforza, pero no con el cardenal Astalli (véase la nota de la página 211); hizo que el subdatario, monseñor Bertucci, distribuyese algunos beneficios; llamó á su lado á los miembros del sacro colegio, felicitó á muchos, sobre todo al cardenal Chigi, á quien designó como el que más grato le sería tener por sucesor, y pidió perdón á todos.

»Quiso dar el capelo á su pequeño sobrino Juan Bautista; pero habiéndosele dicho que no había ejemplo de que se hubiera nombrado cardenal á un niño de siete años, desistió de su propósito.»

Cuando el cardenal Chigi fué nombrado papa, tenía cincuenta y seis años.

D. Camilo, á cuyos deseos accedió Alejandro con sumo gusto. No atreviéndose Doña Olimpia á seguir el ejemplo de su hijo, se contentó con enviar su mayordomo al nuevo pontífice, para ofrecerle sus respetuosas felicitaciones.

Sin embargo, poco despues se aventuró á encargár al cardenal Azzolini que viese á Su Santidad.

Su Eminencia debia explorar las intenciones del papa respecto á Doña Olimpia, y asegurar al sucesor de su cuñado que ella se congratulaba de su exaltacion, que no cesaba de felicitarse por haberle *recomendado* á Inocencio X por sus talentos y por sus virtudes (1).

(1) Alejandro VII era hechura de Inocencio. Se ha visto en una nota que representó á la Santa Sede en Munster, en 1648, en las negociaciones para la paz. En este tiempo tuvo la habilidad de resolver todas las dificultades, de contentar á la vez al emperador de Alemania y al papa. Cuando volvió á Roma fué nombrado secretario de Estado en recompensa de

Muy medianamente lisonjeado por estas palinodias, por estos recuerdos de antigua proteccion, Alejandro respondió con frialdad suma al cardenal, y las cosas quedaron en tal estado.

sus servicios diplomáticos, y despues, en 1652, se le nombró cardenal, con el título de Santa María del Pópulo.

Doña Olimpia podia decir, sin duda alguna, que no habia sido ajena al encumbramiento de este personaje; pero esto no debia serle á él muy grato.

De cualquier manera que sea, era difícil á un protegido de Inocencio, á un papa recomendado por Inocencio al sacro colegio, tratar sin piedad á la carne de la carne de su protector.

Así pues, Alejandro se mostró dispuesto desde el principio á aplicar devotamente á Doña Olimpia las palabras de Cristo sobre la Magdalena: «El que se halle libre de pecado, que le tire la primera piedra».

XII

El nuevo papa despreciaba y aborrecía desde hacía mucho tiempo á Doña Olimpia, y sin duda se lo habria demostrado muy pronto, si no hubiera temido parecer demasiado severo al principio de su reinado.

La compacta legion de descontentos del anterior pontificado adivinó su pensamiento, y se propuso facilitarle el castigo que queria imponer al ex-tirano de faldas.

Estos descontentos tenían una ocasion tanto más propicia para realizar sus deseos, cuanto que Alejandro, al informarse de los asuntos concernientes á la Iglesia y al Estado, descubria cada dia actos de culpabilidad imputables á la cuñada de su predecesor.

La Dataría, en particular, estaba sumida en un lodazal increíble; la simonía y el peculado la habian gangrenado.

Todos los gobiernos de provincia y de ciudad habian sido vendidos; la caja estaba vacía; el escándalo, el desorden y la inmoralidad salian por todos los poros de aquella importantísima administracion.

El papa ordenó una informacion general para conocer exactamente las depredaciones y los abusos de poder denunciados, encargándola á los ministros, á los principales magistrados y á los inquisidores secretos.

Para defenderse, puso Doña Olimpia en juego todos los medios de que disponia; envió á su hijo cerca de Alejandro para suplicarle que no prestara oidos á las calumnias contra ella propaladas; apeló á la bondad de Su Santidad; protestó de su inocencia, de su adhesion, etc.; pero todo fué en vano.

Alejandro contestó á D. Camilo: «Que

vuestra madre se persuada de que le haremos justicia».

La informacion dió resultados de grandísima importancia.

Ademas de los abusos que se descubrian en los documentos oficiales, el Santo Padre, la comision informadora y los inquisidores en particular, recibian diariamente peticiones y memorias acusadoras. Era aquél tal diluvio de manifestaciones de indignacion, que Doña Olimpia tuvo miedo, y suplicó á sus parientes que vinieran en su auxilio.

Cediendo á sus ruegos y lágrimas, consintió á su vez el cardenal Barberini en interesarse por ella; pero Su Santidad le recibió con tan severa reserva, que hubo de limitarse á suplicar la clemencia.

«Como príncipe, trataré á Doña Olimpia con justicia, replicó Alejandro; como pontífice, la trataré con clemencia, aunque ella haya obrado siempre sin clemencia y sin justicia.»

En vista de esta respuesta, nada tranquilizadora por cierto, el cardenal aconsejó á Doña Olimpia que consagrara todos sus esfuerzos á justificar sus actos pasados, tanto más cuanto que la intencion de Su Santidad, como todo el mundo veia, era hacerle dar cuentas, especialmente de las sumas que habia sustraído á la Iglesia ó en nombre de la Iglesia.

Sus parientes, tan interesados como ella en la conservacion de sus inmensas riquezas, le ofrecieron eficaz concurso, sobre todo la princesa de Rossano, á pesar del odio verdaderamente femenino que le tenia.

Es verdad que bien valia un pequeño sacrificio la salvacion de riquezas, cuya mayor parte debia pertenecer luégo á sus hijos.

Auxiliada y alentada por su familia y por las gentes que la rodeaban, Doña Olimpia salió de su abatimiento; y creyendo que lograria más fácilmente ablandar al

papa si hablaba con él, solicitó el honor de ser admitida á besarle los piés.

Alejandro le opuso un firmísimo *non possumus*, y declaró al mismo tiempo que no concedería jamás audiencia á las mujeres, sino en caso de absoluta necesidad.

Preténdese que añadió: «Bastante ha visto ya Doña Olimpia al pontífice, para que tenga necesidad de verle en lo sucesivo» (1).

(1) En Abril de 1655, inmediatamente despues de la eleccion de Alejandro VII,—leemos en las crónicas de la época,—envió Doña Olimpia al papa vasos de oro, y mandó á decirle que se consideraria muy dichosa si fuera admitida á besarle los piés.

El Santo Padre le devolvió el regalo, dándole las gracias, y le manifestó al propio tiempo que no se molestara en ir á verle, puesto que el palacio apostólico no era lugar en donde debieran presentarse las mujeres.

El 7 del mismo mes le hizo saber que queria que terminase sin demora la construccion de la iglesia de Santa Ines, en la plaza Navona.

El embellecimiento de esta plaza habia sido comen-

Los inquisidores secretos, encargados de la informacion de que he hablado ántes, continuaban descubriendo una infinidad de malversaciones dignas de las más severas penas personales y pecuniarias: por otra parte, las quejas de los prelados oprimidos, los gritos de indignacion de las personas honradas perseguidas, de los inocentes lastimados durante el pontificado anterior, en su libertad, en sus afeciones y en sus propiedades, por negarse á satisfacer la codicia de la cuñada del papa, se elevaban por todas partes como lastimeros clamores.

Cuando Alejandro VII salia, el pueblo rodeaba su carroza y le pedia justicia.

No tardaron en decir en voz alta los impacientes que la opinion pública tenia

zado por Inocencio y por Doña Olimpia, tanto para deslumbrar á los romanos, como para perpetuar el nombre de la familia Panfilio, y hermostear el palacio Panfilio, construido á un lado de esta plaza.

derecho á una satisfaccion, y que no habia necesidad de tantas formas de proceso para condenar y castigar á una culpable cuyos crímenes estaban probados mil y mil veces.

Esta persistencia de los romanos en solicitar su ruina, movió á Doña Olimpia á celebrar un consejo de familia.

Opinaron unos en dicho consejo que abandonara inmediatamente la ciudad y se retirase á veranear á las tierras de algun sobrino suyo, y otros se pronunciaron por un viaje á Loreto, so pretexto de devocion. D. Camilo se expresó de muy otra manera: «*Il pazzo fugge e la casa abbrugia*. El loco se salva y la casa arde, dijo á su madre; quedaos aquí, no os inquieteis por nada, pensad en vuestra salud, que nosotros pensaremos en vuestra fortuna y en vuestra seguridad».

Su opinion prevaleció.

El consejo termino por una colacion, de la que se negó á tomar parte, alegan-

do sus costumbres, el cardenal Barberini, que era uno de los principales asistentes.

El papa se encargó de poner de acuerdo á los miembros del conciliábulo del palacio Panfilio, enviando á Doña Olimpia un curial de la Dataría, si no me es infiel la memoria, para intimar á Su Excelencia la órden de salir de Roma en el plazo de tres dias y de ir á Viterbo, de donde le estaba prohibido moverse sin autorizacion.

Primero habia pensado Alejandro en desterrarla á Orvieto, ciudad distante de Roma cerca de ochenta millas (1), y luego cambió de opinion por consideraciones particulares; pero el pueblo creyó que habia salido para esta última ciudad, y no para Viterbo (2).

(1) Noventa y cinco kilómetros.

(2) Esta persuasion parece que estuvo muy acreditada, pues la hallamos consignada en estas líneas del diario de Gigli: «Alejandro VII envió un prelado palatino á Doña Olimpia, para ordenarle que saliese de Roma en el término de tres dias, que se presen-

Doña Olimpia recibió la notificación de su destierro con una turbación que no pudo disimular; sin embargo, después de haber reflexionado y de reconocer quizá que hubiera podido sucederle algo peor, tomó un aire de resignación, y dijo á todos los que quisieron oírle que daba gracias al Señor por haberle deparado un juez cuya santa vida era garantía de equidad, y que se sometía con tanta más confianza á su justicia, cuanto que se consideraba inocente.

Estas hipócritas protestas, que todo el mundo acogió como se merecían, no le impidieron enviar segunda vez á ver al

tara en Orvieto en aquella semana, y que no saliera de esta ciudad sin autorización de Su Santidad.

»Después de haber intentado inútilmente dejar sin efecto aquella orden, con ayuda del cardenal Barberini, salió dos días después, dirigiéndose á Orvieto, en donde murió de peste.

»El príncipe D. Camilo, su hijo, heredó sus riquezas, y fué á habitar su palacio, que había amueblado con magnificencia.»

papa, sin más éxito que la primera, al cardenal Barberini.

Su Santidad se limitó á contestar friamente á Su Eminencia:

—Señor cardenal, serémos más bondadoso con Doña Olimpia que ella lo ha sido con la casa Barberini.

—Beatísimo Padre, deseo que Vuestra Santidad perdone á Doña Olimpia, como mi familia, á quien tanto ha ofendido ésta, la ha perdonado,—replicó Su Eminencia, herido por el apóstrofe.

—Si la habeis perdonado,—prosiguió el pontífice sin alterarse,—es porque vuestro interes os aconsejaba el olvido; pero nós no podemos conceder un perdon que sería un perpetuo remordimiento en nuestra conciencia.

El cardenal guardó silencio y se despidió de Su Santidad en el momento en que llegaba D. Camilo al palacio apostólico para solicitar una audiencia.

«Decid al príncipe, contestó el papa al

prelado que le trasmitió la súplica, que hemos resuelto no conceder audiencia á ninguno de su familia ántes que su madre haya obedecido nuestras órdenes.»

Ante una resolucion tan claramente formulada, se resignó Doña Olimpia, temiendo nuevas complicaciones, y dos dias despues salia de Roma en el más riguroso incógnito.

Por la tarde se detuvo en Monte-Rosi, lugar poco distante de Roma, en donde recibió la visita de casi todos sus parientes y amigos íntimos, entre ellos los cardenales Gualtieri y Azzolino, que la exhortaron á que tuviese valor, y le aseguraron que todo se arreglaría con el tiempo.

Su hijo queria acompañarla hasta Viterbo, pero ella le disuadió, juzgando que su presencia sería más útil en Roma, y continuó sola su viaje.

XIII

Cuando D. Camilo regresó á la ciudad, los pilluelos siguieron su coche, cantando coplas y pasquinadas groseras contra su madre.

Era aquélla una muestra de la conducta que los *popolani* habrían observado con Doña Olimpia, si hubiera salido públicamente de Roma.

El destierro de Doña Olimpia fué durante una semana el objeto de todas las conversaciones, y entónces el papa, despues de oír en consistorio el parecer de los cardenales, decidió que el proceso incoado entrara en una fase decisiva.

En vista de esto, D. Camilo solicitó del papa con mayor empeño una audiencia, que obtuvo al cabo de unos dias, merced á

los numerosos resortes que para ello tocó.

Cuando estuvo en presencia del soberano pontífice, defendió la causa de su madre, y dijo entre otras cosas que si cada papa fuera á castigar las pretendidas faltas de los parientes de su predecesor, la Iglesia de Dios estaria sin cesar llena de litigios, en los que hallarian los herejes materia inagotable para hablar contra la autoridad pontificia.

«Es un error, príncipe, contestó Alejandro con tono severo; los herejes se escandalizarian mucho más si supieran que dejábamos impunes los delitos, que vos teneis á bien llamar pretendidas faltas.»

Y le despidió.

En Roma fué generalmente censurado el inconveniente lenguaje del príncipe, inconveniencia que era mucho más sensible tratándose del nuevo papa, quien se habia pronunciado enérgicamente contra el nepotismo, y habia jurado el dia despues de su exaltacion no conceder á sus

parientes ninguna parte en los asuntos del gobierno, para que no pudieran reproducirse los escándalos del reinado de Inocencio X (1).

(1) Como hace observar nuestro cronista, de acuerdo en esto con gran número de historiadores, nadie condenó el nepotismo con más energía que Alejandro VII, cuando sólo era cardenal; pero Muratori, tan condescendiente con las flaquezas de los papas sus contemporáneos, dice que estos sentimientos no se manifestaron bajo la tiara.

En 1656, Alejandro llamó á su lado á su hermano D. Mario Chigi y á los hijos de éste, y les confió la direccion de los negocios públicos, renovándose en mayor escala los escandalosos abusos del pontificado de Urbano VIII.

Cuando Alejandro murió, en 1667, D. Mario y los suyos habian aumentado once nuevos impuestos sobre los antiguos, cuyas rentas percibian, como es de suponer.

El nepotismo era una institucion endémica en Roma, siendo permanente con una ú otra máscara en el palacio apostólico; y como los católicos, con sus ofrendas y sus dineros, pagaban en parte los gastos de la curia papal, resultaba que los mismos católicos eran los que casi siempre hacian todos los gastos del nepotismo romano.

El proceso de Doña Olimpia tomaba extraordinarias proporciones, y amenazaba eternizarse; por lo cual resolvió Alejandro sujetar á los que lo retardaban, obligando á la culpable á devolver á la Iglesia las sumas que habia reunido, y que los inquisidores secretos habian llegado á descubrir despues de verificadas las primeras liquidaciones.

En consecuencia, se le envió un curial para intimarla:

1.º A dar explicaciones, so pena de excomunion, sobre los beneficios eclesiásticos que habia vendido, y sobre las simonías que se le imputaban;

2.º A confesar la cifra exacta del dinero que habia cogido de la Dataría, ya por su propia autoridad, ya amenazando á los funcionarios de aquella administracion, cuando vacilaban en condescender á su insaciable codicia;

3.º A rendir cuentas de los beneficios que habian quedado vacantes durante un

tiempo más ó ménos largo, y cuyas rentas afirmaban los ecónomos que le habian remitido puntualmente;

4.º A dar explicaciones sobre las sumas estafadas á tantos prelados, á tantos clérigos y laicos en posesion de un grado, de un empleo ó de una prebenda;

5.º A declarar que habia acaparado la mayor parte de los granos del Estado de la Iglesia para revenderlos á un precio exorbitante, ó mandarlos á otros países, principalmente á Nápoles, durante la revolucion de Masaniello;

6.º A restituir el importe de los gastos superfluos hechos por ella ó por su órden, de los fondos sustraídos á la Iglesia;

7.º A dar aclaraciones al Santo Oficio sobre las contribuciones, gabelas y cargas extraordinarias impuestas á instancia suya, con gran detrimento de los pueblos, y cuyos productos declaraban los perceptores haber depositado en las cajas de Doña Olimpia;

8.º A devolver las piedras preciosas que habia sustraído de las diversas iglesias de Roma ó de provincias y áun de la misma del Vaticano.

Esta significacion conminatoria terminaba con la promesa, ó mejor dicho, con la amenaza de probar á Doña Olimpia que ademas de esta malversacion de las rentas ordinarias de la Iglesia, habia embolsado indebidamente *dos millones y medio de escudos de oro*, cuya restitucion le exigia Su Santidad (1).

(1) Las casas de moneda pontificias no comenaron á acuñar *escudos de oro* hasta el reinado de Clemente VII, en el año 1531.

Esta moneda, que en el Estado pontificio fué una imitacion del escudo de oro frances, cambió con frecuencia de precio. En tiempo de Inocencio X, valia ciento ochenta y cuatro bayacos y un cuatrino, cerca de nueve pesetas cincuenta céntimos.

Teniendo en cuenta la diferencia que hay entre el valor de la moneda en nuestra época y el que tenia en el siglo XVII, hallaremos que los dos millones quinientos mil escudos de oro que Alejandro VII re-

Segun acreditados rumores, el papa fué puesto al corriente de las depredaciones de Doña Olimpia por el colaborador y cómplice de esta mujer, monseñor Fagnani, cuya conducta en este asunto fué bien poco digna.

Temiendo la familia Panfilio perder la magnífica herencia que esperaba con tanta emocion como impaciencia, desplegó una actividad sin igual para disculpar á Doña Olimpia.

Por su órden, uno de los abogados de más fama de la ciudad escribió una Memoria en la cual trató de demostrar que los fundamentos de las acusaciones acumuladas contra la noble parienta de Inocencio X eran verdaderos sueños; pero

clamaba á Doña Olimpia como primera restitucion, representarian hoy por lo ménos tres millones quinientos mil, ó sea cerca de treinta y cinco millones de pesetas.

Júzguese por estas cifras de las prevaricaciones de la cuñada de Inocencio X.

queriendo probar demasiado, no probó nada, y su embolismo no tuvo otro resultado que exasperar al público y á la curia y agravar la situación, ya bastante crítica, de aquella á quien se vanagloriaba de salvar.

En tanto, la peste, que habia hecho terribles estragos en Nápoles, se declaró en Roma (1).

Inmediatamente suspendieron sus tra-

(1) La peste de que aquí se habla desoló la Italia durante dos años.

De Cerdeña, en donde habia causado en algunos meses doscientas ochenta y cinco mil víctimas, pasó á Nápoles á principios del año 1656.

A pesar de las precauciones tomadas para circunscribirla, estalló con gran violencia en Roma en aquel mismo año, y arrebató á la ciudad veintidos mil habitantes.

La cifra total de las víctimas que hizo en los Estados pontificios pasa de ciento sesenta mil.

Siguiendo su lúgubre marcha, en 1657 llegó á Génova, en donde perecieron setenta mil personas.

Por esta peste perdió la península la quinta parte de su población.

bajos los tribunales, el cuerpo diplomático salió de la ciudad, se paralizó el comercio, los palacios quedaron desiertos, y el papa, absorto con el pensamiento de poner un remedio á aquel azote, dejó dormir el proceso Maldacchini.

Don Camilo, como todo el mundo, se fué al campo; pero ántes de irse quiso intentar un último esfuerzo, y habiendo pedido otra audiencia que le fué concedida, habló de nuevo *pro domo sua*.

«No es esta hora de hablar de vuestra madre, le respondió Su Santidad; pensad en vos, en vuestra mujer, en vuestros hijos, y que Doña Olimpia piense en ella; despues verémos.»

Miéntras dormia la justicia de los hombres, velaba la de Dios: de Roma se extendió la peste á Viterbo, y fué á llamar á la puerta del palacio de Doña Olimpia.

Aterrorizada la triste mujer, suplicó al pontífice que la autorizara para refugiarse en el castillo de San Martino, que era de

su propiedad, y se hallaba á poca distancia de Viterbo, lo cual le fué concedido (1).

No la salvó esta huida; el azote la habia señalado como una de sus víctimas, y persiguiéndola como un juez implacable, á pesar de cuanto ella hiciera para impedir que la alcanzara, la alcanzó al cabo en el retiro donde se habia refugiado, buscando su salvacion.

Su muerte fué digno coronamiento de su vida; ningun eclesiástico la asistió en su última hora, y su cadáver estuvo insepulto por muchos dias. Nadie pensó en ella ni la tuvo piedad.

Pasquino, que no respeta á los muertos más que á los vivos, cantó su partida al infierno en algunos versos tan libres como sangrientos, que creo deber abstenerme de reproducir aquí.

Se pretende que Doña Olimpia dejó á

(1) Inocencio X habia hecho á Doña Olimpia princesa de San Martino.

sus herederos más de dos millones de escudos de oro, sin contar las tierras, los inmuebles y una infinidad de objetos de arte.

El príncipe D. Camilo, su hijo, tomó inmediatamente posesion de su palacio de la plaza Navona, uno de los más hermosos de la ciudad eterna, y de sus piedras preciosas, y lo dispuso todo para trasladar su cadáver desde San Martino á Roma, á la iglesia de Santa Ines.

Las circunstancias en que acaeció la muerte de Doña Olimpia, y las diligencias hechas por la familia Panfilio para cortar el comenzado proceso, desarmaron á Su Santidad, é hicieron cesar las investigaciones.

Se murmuró, se lanzaron sangrientos epigramas contra el príncipe, se inventaron canciones contra el sacerdote que pronunció la oracion fúnebre de Doña Olimpia, oracion en que se hacian de esta mujer estupendos elogios, y luégo todo concluyó.

En medio del silencio general, tuvo

Pasquino un remordimiento: creyendo necesario explicar su mutismo, fingió un día que volvía del otro mundo, en donde afirmaba haber visto á Inocencio X, lamentándose delante de la puerta del purgatorio de que no le querían abrir porque no tenía ni un bayaco para pagar su entrada, á pesar de las reiteradas protestas de que, si sus bolsillos estaban vacíos, era porque todo lo había dado á su cuñada.

Añadía Pasquino que mientras el viejo pontífice se lamentaba de esta dolorosa afrenta, Doña Olimpia era recibida muy cortesmente en el purgatorio, cuyos guardianes sabían que había dejado en la tierra una gran cantidad de dinero para decir misas por su alma.

La muerte de la cuñada de Inocencio X no fué seguida de ningún acto hostil contra la familia Panfilio; aunque es cierto que Alejandro VII modificaba cada día sus ideas sobre el nepotismo; que había llamado cerca de sí á sus parientes, y les

colmaba de títulos, de honores y riquezas, y que seguía, en fin, las huellas de sus predecesores.

Debo añadir que sólo se había decidido á abandonar el proceso intentado contra Doña Olimpia mediante la entrega de un millon de escudos que le habían dado para él y los suyos los herederos de aquélla.

Esta venta, que no fué desmentida por nadie, reavivó por un instante el descontento de la opinion pública, que á la sazón no excusaba al nuevo papa más que á los Panfilios.

En efecto, aquello á nadie satisfizo, como no fuera á Alejandro VII.

Los más intencionados epigramas corrieron por la ciudad y por la corte.

El cardenal Sforza repetía á todo el que quería oírle que el dinero de Doña Olimpia había pasado de una malhechora á un bandido, frase que llegó á oídos del pontífice.

El cardenal Macalano tampoco tenía

reparo en decir su opinion sobre el arreglo habido entre el Santo Padre y los Panfilios; pero como abrigaba la esperanza de llegar á ser papa despues de la muerte de Alejandro, cuyos achaques parecian anunciar un corto reinado (1), lo hacía con más recato, dedicándose sobre todo á excitar por bajo cuerda la opinion de los monjes de su órden (Santo Domingo), y á aplaudir discretamente las sátiras y pasquinadas que éstos componian contra Su Santidad y contra la difunta, sátiras y pasquinadas que propagaban tanto más fácil é impunemente, cuanto que estaban garantidas por la Inquisicion (2).

(1) Las previsiones de este cardenal no se cumplieron, pues Alejandro reinó doce años, un mes y quince dias, es decir, cerca de dos años más que su predecesor.

(2) Sabido es que desde su creacion, ó por lo ménos desde su organizacion regular hasta nuestros dias, ha funcionado la Inquisicion dirigida exclusivamente por los dominicos.

Pero aquí hago punto, porque ya he cumplido mi propósito, y nada podría decir de aquí en adelante que se refiriera directamente á la historia de Doña Olimpia, principal objeto de esta narracion.

Adios, lector amigo; haga el cielo que quedes satisfecho de mi trabajo: sólo el amor á la verdad ha guiado mi pluma; guárdame un recuerdo en la memoria, y procura vivir feliz.

FIN.

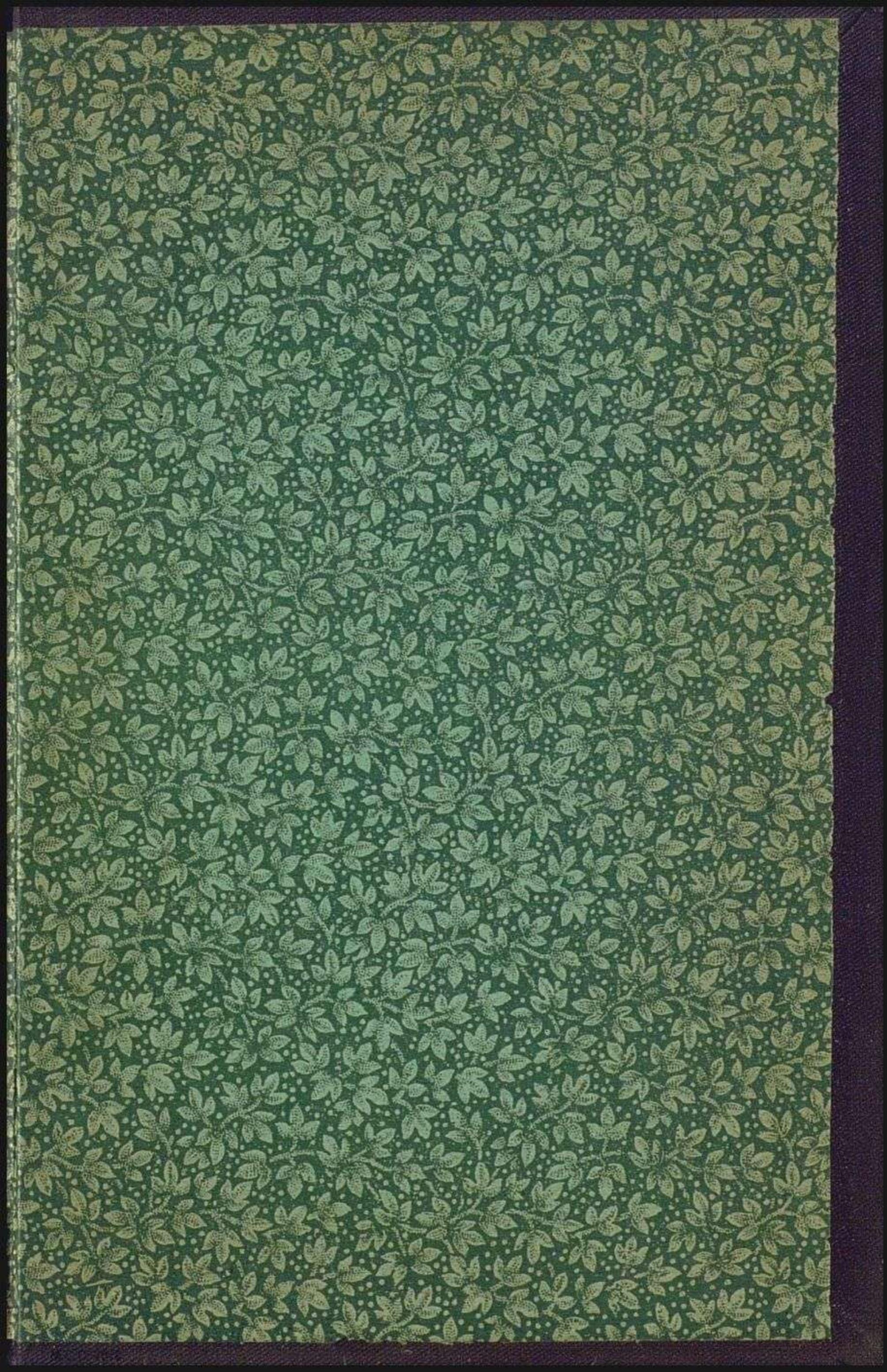
ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Prólogo.	I
Retrato de Doña Olimpia.	XIII
Advertencia del manuscrito.	XXXV
Vida de Doña Olimpia Maldacchini Panfilio.	37
Retrato de Inocencio X.	125

ERRATA.

En la página xxxi, líneas 8 y 16, donde dice *mason*, léase *albañil*.





DUBARRY

LA CUÑADA

DE UN PAPA

D

3206

punto á nepotismo y *mal governo*, el nuevo *Gerarca* era capaz de aventajar en mucho á los anteriores papas.

Tenia Inocencio una cuñada, *Doña Olimpia Maildalchini* ó *Maldacchini*, por la que sentia una pasion de anciano, y de la cual llegó á ser instrumento.

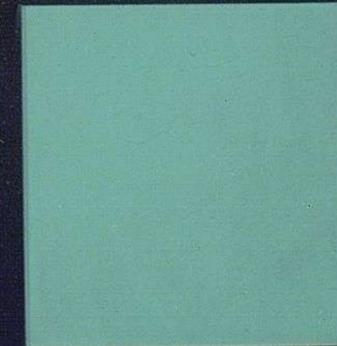
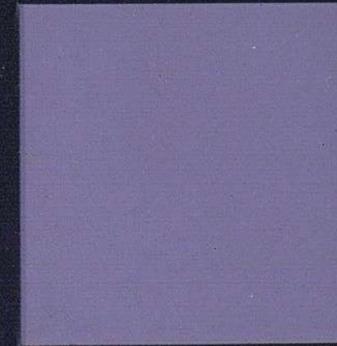
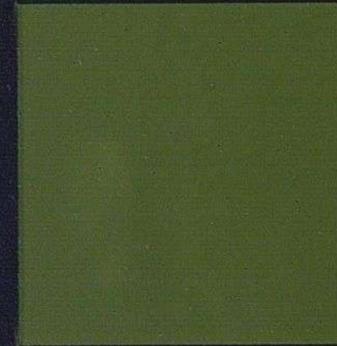
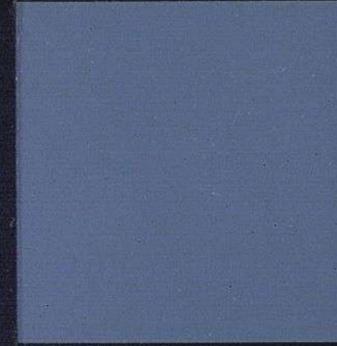
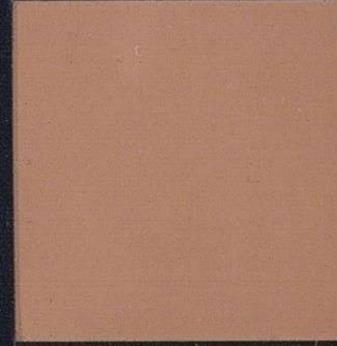
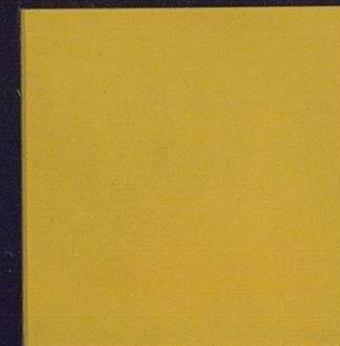
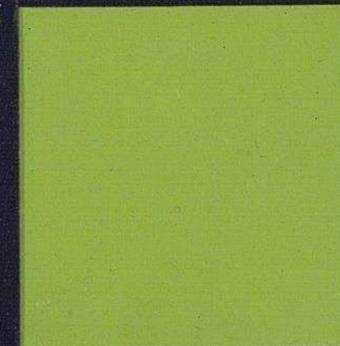
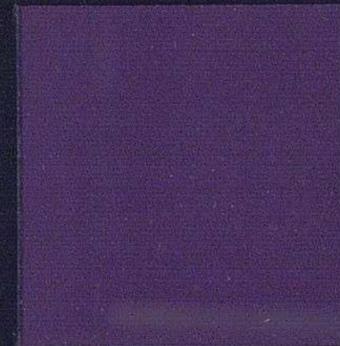
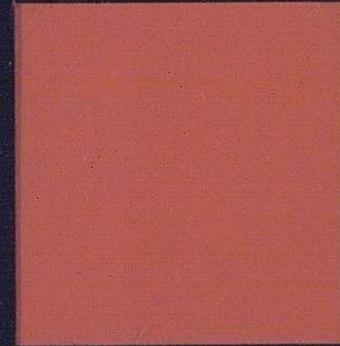
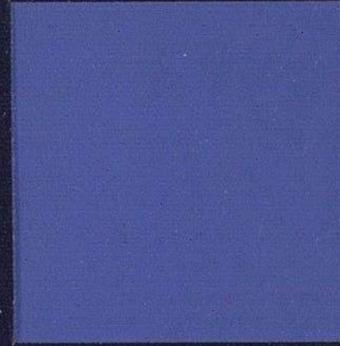
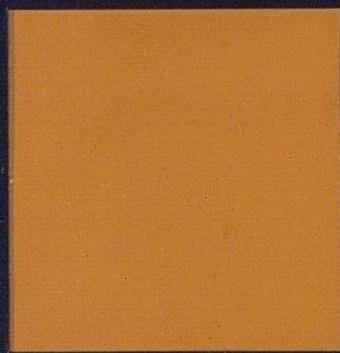
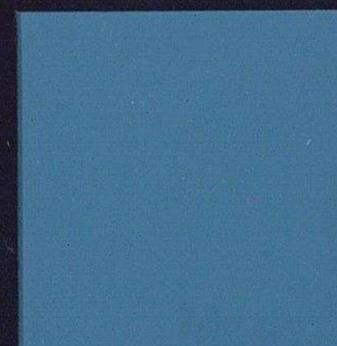
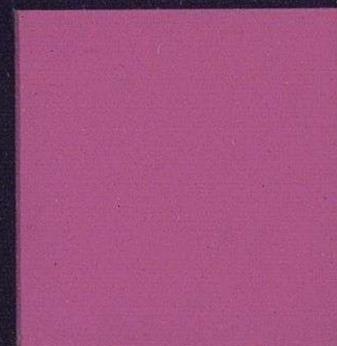
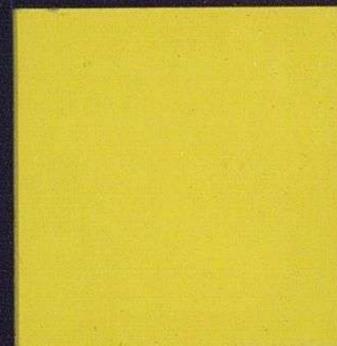
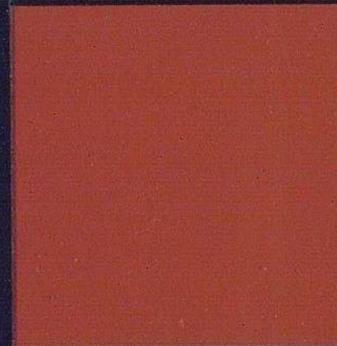
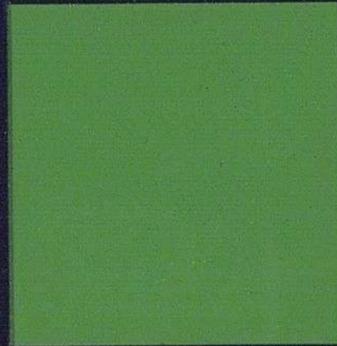
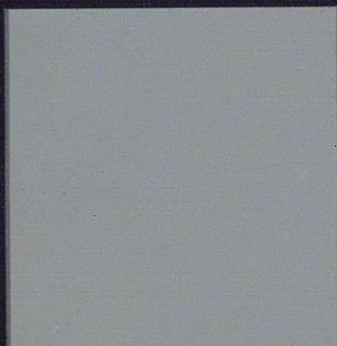
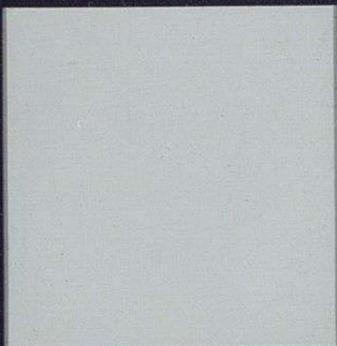
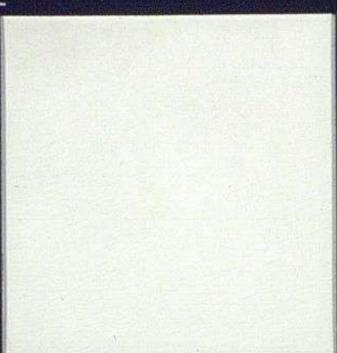
Dotada de un entendimiento superior, y conociendo á fondo la curia apostólica, habia empleado Doña Olimpia todo su talento y toda su astucia en favor de su cuñado, que, gracias á ella, pasando sucesivamente por todos los grados de la jerarquía eclesiástica, habia llegado á ocupar la silla del príncipe de los apóstoles.

«Yo os he elevado, le dijo ella entónces; sin mí habríais continuado siendo monseñor toda vuestra vida; sois hechura mia, todo me lo debéis: partamos.»

É Inocencio compartió con ella el poder.

No queremos referir en todos sus detalles el reinado relativamente nulo de este pontífice, reinado cuyo más notable

x-rite



colorchecker CLASSIC